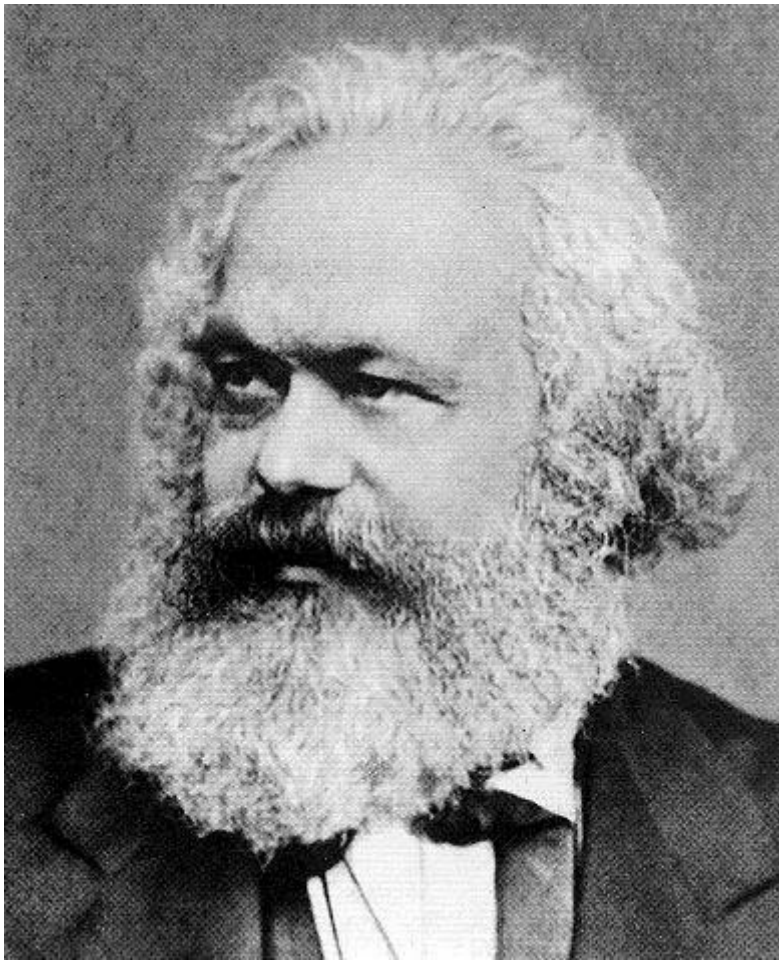


LA CRISIS

Karl Marx

1848-1875



En 1978 Roger Dangeville, infatigable traductor y editor de Marx y Engels durante los años sesenta y setenta, publicó en la editorial Union Générale d'Éditions (en su colección 10/18) una compilación de textos de Marx bajo el título *La crise*. Recientemente el Groupe Bolchevik ha reeditado esta obra tan necesaria en estos momentos. Desde [Germinal – núcleo en defensa del marxismo](#) ofrecemos esta compilación no exhaustiva pero sí más completa que las que existen en estos momentos en el mercado. Como siempre, los textos de Marx dedicados al estudio científico del capitalismo son de difícil lectura, pero si se quiere profundizar en el análisis de la actual crisis mundial no queda más remedio que zambullirse en el estudio científico de las causas de ella. Todo revolucionario debe, hoy más que nunca, dedicar una parte de su tiempo al estudio y la formación.

En nuestra página web (<http://grupgerminal.org/>) encontraréis algunos textos complementarios para facilitar la comprensión de la lectura de esta compilación. [Bases económicas del marxismo](#), [Las crisis del modo de producción capitalista](#), [Lenin: el imperialismo, fase superior del capitalismo \(extractos\)](#), [El marxismo y su método](#), [El Capital, Volumen I, \(extractos por Otto Rühle\)](#), de Trotsky [A noventa años del Manifiesto Comunista](#), y [El marxismo y nuestra época](#) y de K. Kautsky [Las tres fuentes del marxismo](#), en [Cuadernos de formación marxista](#). En el apartado de Artículos de otros grupos también encontraréis varios artículos analizando la actual crisis económica. Por último, al igual que hace el Groupe Bolchevik en su reedición, os aconsejamos la lectura de [Trabajo asalariado y capital](#) y [Salario, precio y ganancia](#) de Marx que están disponibles en la página en [castellano del Marxists Internet Archive](#).

Tanto las referencias cronológicas como el léxico de nombre propios y de los principales términos son aportaciones del Groupe Bolchevik a su reedición. Por nuestra parte hemos anexo unos pocos epígrafes, que hemos resaltado en la titulación señalándolos como “anexo”.

Índice

Introducción a la reedición del Groupe Bolchevik	4
Referencias cronológicas.....	5
Un fenómeno históricamente inédito	6
Capitalismo, producción, necesidades humanas y crisis (anexo)	6
La destrucción de capital por las crisis (XVII.6)	7
La incoherencia de la negación de la sobreproducción de mercancías con la aceptación de la sobreproducción de capital (XVII.7)	9
Posibilidad de una crisis inherente a las contradicciones internas de la mercancía y el dinero (XVII.8)	11
La relación entre la producción y el consumo bajo las condiciones del capitalismo (XVII.9).....	14
La posibilidad de la crisis se convierte realidad. La crisis, como manifestación de todas las contradicciones de la economía burguesa (XVII.10)	15
Las formas de la crisis (XVII.11)	18
Contradicciones entre la producción y el consumo bajo las condiciones del capitalismo. La superproducción de los artículos de consumo más importantes tiende a convertirse en superproducción general (XVII.12)	20
Discordancia entre la ampliación de la producción y la ampliación del mercado (XVII.13).....	24
La contradicción entre el incontenible desarrollo de las fuerzas productivas y el carácter limitado del consumo, como base de la superproducción. La teoría sobre la imposibilidad de una superproducción general es una teoría apologética (XVII.14).....	26
La explicación por el subconsumo no es más que una tautología	30
Las contradicciones internas de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia	30
Los factores que contrarrestan la baja de la tasa de beneficio	33
De la sobreacumulación de capital a su desvalorización parcial	35
La crisis crea las condiciones de la recuperación	38
La productividad y el empleo	41
La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones capitalistas	43
El papel del crédito en la producción capitalista	45
Crédito y crisis (anexo)	49
La ley más importante de la economía capitalista	50
La solución a las crisis, el socialismo (anexo)	51
Léxico de nombres propios y de los principales términos	53

Introducción a la reedición del Groupe Bolchevik

A menudo los críticos de Marx ironizan sobre la ausencia en su obra de una teoría de las crisis y le reprochan, al respecto, plantear de forma ecléctica numerosas explicaciones, como el subconsumo de la clase obrera, el desequilibrio entre las ramas de la producción, el estrangulamiento de las ganancias a causa de la subida de los salarios, el parasitismo de las finanzas sobre el capital productivo, etc. Ciertamente, Marx no redactó ninguna obra sobre la crisis económica. Sin embargo, algunos de los artículos de actualidad que escribió para la prensa de la época y todos sus trabajos económicos abordaron la crisis. A pesar de la limitada experiencia de las crisis en su época, Marx anticipó la distinción entre, por una parte, las crisis sectoriales, coyunturales y locales y, por la otra parte, la gran crisis general y mundial. Concibió, así, que cada crisis económica es específica y reclama, por tanto, un estudio particular, pero basado en una verdadera teoría general de las contradicciones del capitalismo que llevan, ineluctablemente, a la catástrofe.

El eje de su análisis es inmanente al modo de producción capitalista (no parte de acontecimientos externos para explicar la crisis). Marx parte de la producción (y no del consumo, por más importante que éste sea) y de la extracción de plusvalía o supervalor (y no del ulterior reparto de la plusvalía social entre las fracciones de la clase capitalista). Frente a la clase obrera, el conjunto de la clase explotadora intenta romper la resistencia de los trabajadores y aumentar la explotación; ante la competencia de las otras empresas, cada capitalista individual intenta bajar su costo de producción. El aumento del capital constante (compra de medios de producción) en detrimento de la parte del capital variable (compra de fuerza de trabajo) es el principal medio para lograr estos dos objetivos. Sea cual sea el éxito inicial de tal o tal empresa frente a las otras, sea cual sea la eficacia provisional en contra de las tendencias, el resultado es, tarde o temprano, una baja en la tasa de ganancia. Entonces puede producirse una ofensiva capitalista contra los salarios directos e indirectos, un crac financiero (de la Bolsa, de la banca, del cambio de moneda...), una insuficiencia en la demanda, una regresión proteccionista, etc. Sin embargo, no se trata la verdadera causa de las crisis económicas sino más bien de momentos particulares de una u otra crisis, expresando todos ellos la sobreacumulación de capital en relación con la plusvalía total, en ese momento insuficiente. La verdadera barrera del capital es el mismo capital.

Referencias cronológicas

- 1817:** David Ricardo publica *Principios de economía política*.
- 1818:** Nacimiento de Karl Marx.
- 1820:** Nacimiento de Friedrich Engels.
- 1825:** Crisis económica iniciada en Gran Bretaña.
- 1837:** Crisis económica iniciada en Gran Bretaña.
- 1838:** Movimiento cartista en Gran Bretaña.
- 1847:** *Miseria de la filosofía*, polémica contra Proudhon. Crisis económica iniciada en Gran Bretaña.
- 1848:** *Manifiesto Comunista*, el programa de la Liga de los Comunistas. *Discurso sobre el libre cambio*, una conferencia que se opone al proteccionismo. Revoluciones en Europa.
- 1850:** Lucha de fracciones en el seno de la Liga de los Comunistas. La de Augusto Willich insiste en preparar la insurrección a pesar de la derrota de las revoluciones de 1848-1849; la de Marx preconiza esperar la próxima crisis económica mundial, inevitable según él.
- 1851:** Marx comienza un completo estudio del capitalismo, *La economía*, sólo una parte de ella será acaba y publicada en vida de Marx; otra parte, bastante más importante, quedará en estado de manuscritos; otra parte no fue nunca redactada (entre otras, la crisis, el estado, etc.)
- 1857:** Crisis económica iniciada en Estados Unidos.
- 1859:** *Contribución a la crítica de la economía política*, exposición del materialismo histórico (en su prefacio) y esbozo de *El Capital*.
- 1861:** Guerra civil en Estados Unidos.
- 1864:** Fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional). Marx redacta los estatutos y el llamamiento inaugural.
- 1865:** *Salario, precio y beneficio*, un informe al Consejo General de la AIT que resume los descubrimientos científicos de Marx sobre la economía capitalista.
- 1866:** Crisis económica iniciada en Gran Bretaña.
- 1867:** *El Capital*, Libro Primero.
- 1870:** Guerra entre Francia y Prusia.
- 1873:** Crisis económica iniciada en Alemania y Austria.
- 1877:** Marx redacta la parte económica de la polémica de Engels contra Eugen Dühring. El *Anti-Dühring* presenta una síntesis del “marxismo” de la época.
- 1882:** Crisis económica iniciada en Francia.
- 1883:** Muerte de Marx.
- 1885:** Friedrich Engels edita el Libro Segundo de *El Capital* a partir de los manuscritos de Marx.
- 1890:** Engels edita el Libro Tercero de *El Capital* a partir de manuscritos de Marx.
- 1905-1910:** Karl Kautsky edita el Libro Cuarto de *El Capital* (o *Teorías sobre la plusvalía*) a partir de manuscritos de Marx.
- 1923:** David Riazanov descubre los manuscritos de Marx de 1857-1858: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador)* (en alemán: *Grundrisse*). Su detención en 1930, seguida de su ejecución por orden de Stalin en 1938, difiere la publicación.

Un fenómeno históricamente inédito

Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que en cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; se diría que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilada, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que estorba su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan con dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado estrechas para abarcar la riqueza por ellas engendrada.

¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistando nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.

(*Manifiesto Comunista*, 1848)

Capitalismo, producción, necesidades humanas y crisis (anexo)

Hay producción para la producción, producción como fin en sí, desde que el trabajo está sometido formalmente al capital, desde que el fin inmediato de la producción es producir *cuanto más plusvalor posible* y el valor de cambio del producto deviene el objetivo decisivo. Pero, esta tendencia, inherente a la relación capitalista, no se realiza, de una manera adecuada, y no deviene, también tecnológicamente, una condición necesaria, más que a partir del momento en el que se ha desarrollado el *modo de producción específicamente capitalista*, dicho de otra manera, la *subsunción real del trabajo al capital*.

[...] Esta producción no está trabada por limitaciones fijadas previamente y determinadas por las necesidades. Es en esto en lo que se distingue de los anteriores modos de producción, si se quiere, éste es su lado positivo. Sin embargo, su carácter antagónico impone, a la producción, *límites* que ésta constantemente busca superar: de ahí las crisis, la sobreproducción, etc. Lo que constituye su carácter negativo o antagónico, es que se efectúa chocando con los *productores* y sin consideración para con ellos, no siendo éstos más que simples medios de producir, mientras que la riqueza material, devenida un fin en sí, se desarrolla en oposición al hombre y a costa de él. La *productividad del trabajo* significa el *máximo de productos con el mínimo de trabajo*, dicho de otra forma, mercancías al mejor precio posible. En el modo de producción capitalista esto deviene una *ley*, independientemente de la

voluntad del capitalista. En la práctica, esa ley implica otra: las necesidades no determinan el nivel de la producción, sino que, por el contrario, la masa de productos es fijada por el nivel, siempre creciente, prescrito por el modo de producción. Ahora bien, el fin de éste es que cada producto contenga el máximo de *trabajo no pagado* posible, lo que no puede realizarse más que produciendo para la producción.

(*El Capital. Sexto capítulo inédito*, 7.d. “Subsunción real del trabajo al capital”)

La destrucción de capital por las crisis (XVII.6)

En el sistema capitalista, el proceso de acumulación del capital puede llevar a una sobreproducción. Este proceso de sobreproducción es la base inmanente de los fenómenos propios de las crisis. La medida de esta sobreproducción la da el propio capital, es decir, la acumulación sin límite del capital constante y el desmedido instinto de enriquecimiento y capitalización de los capitalistas; no la da, en modo alguno, el consumo, de por sí limitado, ya que la mayoría de la población, formada por la población obrera, sólo puede aumentar su consumo dentro de límites muy estrechos; y, además, a medida que se desarrolla el capitalismo, la demanda de trabajo disminuye en términos relativos, aunque aumente en términos absolutos. Partiendo del supuesto de la sobreproducción del capital constante, es decir, de la existencia de una producción superior a la requerida para reponer el capital invertido, la producción sobrante o la acumulación, no plantea mayor dificultad en las ramas que producen maquinaria, materias primas, etc.: siempre que exista el trabajo sobrante necesario, los capitalistas encontrarán en el mercado todos los medios precisos para transformar su dinero sobrante en nuevo capital para sus empresas. El reparto de los capitales entre los distintos sectores de la economía se hace mediante un proceso de permanente compensación; la persistencia de este proceso indica que se da una desproporción constante que el proceso de compensación va corrigiendo, no pocas veces, de modo violento. Añádase a esto que estas compensaciones suelen ser fortuitas.

Aquí, consideraremos tan sólo las formas por las que pasa el capital a lo largo de sus sucesivos desarrollos. No tendremos en cuenta, por lo tanto, todas las condiciones reales con arreglo a las cuales opera el proceso de producción. Consideraremos, por ejemplo, que las mercancías se venden por su valor y no tendremos en cuenta la competencia entre capitales, la existencia del crédito, ni tampoco la estructura efectiva de la sociedad. Esta estructura, en efecto, en modo alguno se reduce a las clases de los obreros y de los capitalistas industriales. Como no existe identidad entre los consumidores (cuyas rentas son, en parte, secundarias, derivadas de la ganancia y el salario, y no primitivas) y los productores, pues la primera categoría es mucho más amplia que la segunda, el modo cómo gastan sus ingresos y la cuantía de éstos provocan grandes modificaciones en la economía y, por lo tanto, en el proceso de circulación y reproducción del capital. Por otro lado, el dinero, considerado en su función como medio de pago, lleva siempre aparejada la posibilidad de la crisis. Esta conclusión es aún más evidente si se considera la naturaleza general del capital, incluso sin necesidad de sopesar las condiciones reales y los parámetros del proceso real de producción.

La concepción del simplista Say adoptada por Ricardo ya que procede propiamente de James Mill (sobre ella volveremos cuando tratemos de esta deplorable figura), según la cual no es posible que se dé *sobreproducción* alguna, por lo menos no la *supersaturación general de mercancías*, obedece a la idea de que se cambian *productos por productos*, o, como dijo Mill, que existe un “equilibrio metafísico entre vendedores y compradores”. Esta idea del equilibrio también se ha atribuido a una producción determinada únicamente por la demanda o incluso a una equivalencia entre *oferta y demanda*. Esta misma tesis es la que adopta Ricardo, y expone en la forma que le es tan cara, a saber, que *cualquier cantidad de capital* en cualquier país siempre puede invertirse productivamente.

“El señor Say [dice Ricardo en el capítulo XXI, “Efectos de la acumulación sobre la ganancia y el interés”] ha... puesto satisfactoriamente en claro que no existe ningún volumen de capital que no pueda emplearse en una país, *ya que la demanda sólo se halla limitada por la producción*. Nadie produce sino con el propósito de consumir o

*de vender y sólo vende con la intención de comprar cualquier mercancía que encierra para él una utilidad directa o pueda servirle para la futura producción. Al producir, se convierte, por tanto, necesariamente o en consumidor de sus propios bienes o en comprador y consumidor de las mercancías de cualquier otro. No es posible suponer que ignore durante largo tiempo cuáles son las mercancías que puede producir más ventajosamente para alcanzar el propósito que persigue, que es la posesión de otros bienes, razón por la cual no es probable que produzca continuamente [aquí no se trata, naturalmente, de la vida eterna] una mercancía para la cual no hay demanda” (David Ricardo, *On the Principles...* Londres, 1821, páginas 339 y siguientes)*

Ricardo, que trata siempre de ser consecuente, se da cuenta de que la autoridad en que se apoya, Say, le juega aquí una mala pasada. Y, en nota al citado pasaje, observa:

“¿Es lo que sigue perfectamente conciliable con el propósito de Say? ‘Cuanto más abunden los capitales disponibles en proporción al grado de su empleo, más descenderá el tipo de interés en los préstamos de capital’ (Say, *Traité d’économie politique...*, París 1814, volumen II, página 108). Si en un país puede emplearse capital de cualquier magnitud que ella sea, ¿cómo es posible afirmar que abunda en proporción al grado de su empleo?” (l.c. página 340, nota)

Por el momento aquí sólo diremos que en la reproducción, como en la acumulación del capital, no se trata sólo de reponer el capital en la misma escala anterior o en una escala ampliada (gracias a la acumulación), la *misma* masa de valores de uso que constituye el capital, sino de reponer el *valor* del capital invertido con una tasa de ganancia. De modo que, si en virtud de alguna circunstancia o combinación de circunstancias, los precios comerciales de las mercancías (de todas o de la mayoría de ellas, es indiferente) descienden muy por debajo de sus precios de producción, la reproducción del capital se contraerá todo lo posible y la acumulación se estancará. La transformación en capital de la plusvalía acumulada en forma de dinero (oro o billetes de banco) sólo generaría pérdidas. Ese dinero se quedará, por tanto, ocioso en los bancos como un tesoro o inmovilizado en forma de dinero-crédito. Este mismo estancamiento también podría producirse por las causas contrarias: por no darse los *supuestos reales* de la reproducción (por ejemplo, cuando se encarecen los cereales o cuando no se acumula en los medios de producción suficiente capital constante). Entonces, la reproducción se estanca y la circulación del capital, como consecuencia, se paraliza. Las compras y las ventas se inmovilizan recíprocamente y el capital inactivo se presenta bajo la forma de dinero ocioso. Este mismo fenómeno (que suele anunciar las crisis) también puede darse cuando se acelera la producción de capital sobrante y su transformación en capital productivo aumenta de tal modo la demanda de medios de producción que los productores no dan abasto y aumentan considerablemente sus precios. En este caso, el tipo de interés desciende considerablemente, mientras puede aumentar la ganancia, dando lugar a arriesgadas especulaciones. El estancamiento de la reproducción disminuye el capital variable, baja los salarios y reduce la masa de trabajo empleado. Y esta reducción repercute, a su vez, sobre los precios y provoca una nueva baja de éstos.

Jamás hay que olvidar que, al referimos al valor en la producción capitalista, no se trata directamente del valor de uso sino del valor de cambio y, especialmente, del incremento de la plusvalía. Este es el motivo y motor de la producción capitalista, y no deja de ser una extraña visión de las cosas el que, para obviar las contradicciones internas de la producción capitalista, se niegue su mismo fundamento al sostener que su producción está destinada al consumo inmediato de los productores.

Además, como el proceso de circulación del capital no es flor de un día, sino que se extiende en el tiempo, cuando el capital vuelve a su punto de salida, los precios de mercado deben nivelarse con los de producción, aún cuando en el transcurso se den grandes cambios en los *mercados* o en la productividad del trabajo y, por consiguiente, también en el *valor real* de las mercancías. Es evidente, por tanto, que entre el punto de salida (del capital invertido) y el momento de su retorno, se han podido dar no pocas catástrofes y generarse elementos de crisis que no pueden, en modo alguno, despacharse aduciendo la lamentable idea de que los productos se cambian por otros productos. La *comparación* del valor de una mercancía en un momento dado con el valor de esa misma mercancía en un momento posterior, comparación que el señor

Bailey reputa como una fantasía escolástica, constituye, en verdad, el principio básico del proceso de circulación del capital.

Cuando se habla de la *destrucción de capital* por las crisis, hay que distinguir dos cosas:

1.- Cuando el proceso de reproducción se estanca y el proceso de trabajo se ralentiza o se paraliza en parte, se destruye realmente capital. La maquinaria que no se emplea, no es capital. El trabajo no aprovechado, equivale a una producción perdida. Las materias primas que yacen baldías, no son capital. Los edificios no usados o por terminar, al igual que la maquinaria apenas construida o las mercancías que se pudren en los almacenes: todo esto es destrucción de capital. El estancamiento del proceso de reproducción se refiere, por tanto, a todos los medios de producción que no se usan como tal. Tanto su valor de uso como su valor de cambio se hundien.

2.- Pero la *destrucción de capital* por las crisis significa también la depreciación de *volumen de valor*, lo que impide su posterior uso por el proceso de reproducción como capital con el mismo valor. Es el efecto ruinoso de la caída de los precios de las mercancías. No se destruyen valores de uso: lo que uno pierde, lo gana otro. Pero, consideradas como masas de valor que actúan como capitales, al quedarse en unas mismas manos, no logran renovarse como *capital*: el viejo capitalista quiebra.

Si el valor de sus mercancías, con cuya venta podía reproducir su capital, era inicialmente de 12.000 libras, de las cuales 2.000 libras representaban la ganancia, y ahora ese valor baja a 6.000 libras, este capital no podrá hacer frente a las obligaciones por él contraídas y, aun suponiendo que no tenga ninguna obligación, no podrá, con 6.000 libras, mantener la dimensión de su negocio en la escala anterior, salvo que los precios de las mercancías vuelvan a subir al nivel de sus precios de producción. Un capital de 6.000 libras ha sido, pues, destruido, aunque el comprador de estas mercancías, por haberlas comprado a la mitad de su precio de producción, pueda, cuando los negocios vuelvan a reanimarse, salir bien parado e incluso obtener una ganancia. Gran parte del capital nominal de las empresas, es decir, del *valor de cambio* del capital existente, queda destruida para siempre, aunque esta destrucción, puesto que no afecta al valor de uso, pueda alimentar la nueva reproducción. Es en estos momentos cuando el que dispone de liquidez se enriquece a costa de los capitalistas industriales. En el lo que concierne a la caída de capital puramente ficticio, bonos del tesoro, acciones, etc., se tratará tan sólo de transferencia de riqueza de unas manos a otras, siempre que esa caída no lleve a la bancarrota del estado o a la quiebra de las sociedades por acciones y no entorpezca la reproducción del capital, y siempre que no socave el crédito de los capitalistas industriales que poseen esos valores financieros. Esta caída puede favorecer la reproducción en la medida en que los advenedizos en cuyas manos caen estas acciones y estos valores son, por lo general, más emprendedores que quienes anteriormente los poseían.

La incoherencia de la negación de la sobreproducción de mercancías con la aceptación de la sobreproducción de capital (XVII.7)

Ricardo es siempre, cuando él mismo tiene conciencia de ello, consecuente. Por eso, en él, la tesis de que no puede haber *superproducción* de mercancías es idéntica a la que de que no puede darse plétora o superabundancia de capital.

“En un país no puede acumularse ningún volumen de capital que no sea posible emplear productivamente, mientras los salarios, como consecuencia del alza de precios de los artículos de primera necesidad no sean tan altos y, como consecuencia de ello, dejen un margen tan pequeño para la ganancia del capital, que el acicate de la acumulación ya no funciones” (David Ricardo, *On the Principles...* Londres 1821, página 340) “De donde se sigue... que la demanda es ilimitada, que no hay límites al empleo de capital, mientras éste arroje una ganancia, y que, *por muy abundante que pueda ser el capital, la baja de la ganancia* no puede tener más explicación satisfactoria que el alza de los salarios y que, además, podríamos añadir, la única causa satisfactoria y estable del alza de los salarios radica en la creciente dificultad con que se tropiece

para obtener los medios de vida y los artículos de primera necesidad para un número cada vez mayor de trabajadores” (*l.c.*, páginas 347 y siguientes).

¿Qué habría dicho, entonces, Ricardo de la estupidez de sus sucesores que niegan la superproducción bajo una forma (como supersaturación general de mercancías en el mercado) y, en cambio, bajo la otra forma, como superproducción de capital, plétora de capital, superabundancia de capital, no sólo la reconocen, sino que la convierten en un punto esencial de sus doctrinas?

Ningún economista responsable del período postricardiano niega la plétora de capital. Lejos de ellos, todos explican las crisis partiendo de esto (cuando no recurren a historias de crédito). Por tanto, todos reconocen la superproducción bajo una forma y la niegan bajo la otra. Se trata, pues, sencillamente, de ver cómo se comportan entre sí las dos formas de la superproducción, la forma en que estos autores la niegan y la forma en que la aseguran.

El propio Ricardo, no sabía, en rigor, nada de las crisis, de las crisis generales, de las crisis del mercado mundial, nacidas del proceso mismo de producción. Podía explicarse la crisis de 1800 a 1815 a base del encarecimiento del trigo como consecuencia de las malas cosechas, la depreciación del papel-moneda, la depreciación de las mercancías coloniales, etc., ya que, en virtud del bloque continental, el mercado se había contraído violentamente, por causas políticas, y no por causas económicas. También pudo explicarse la crisis de 1815 en parte por una mala cosecha, por la penuria de trigo, y en parte por la baja de los precios de este cereal, ya que habían dejado de operar por el paso de la guerra a la paz y de los consiguientes “súbitos cambios operados en los canales del comercio”, las causas que según su propia teoría, tenían que impulsar al alza los precios del trigo durante la guerra y del bloqueo de Inglaterra por el continente. (Véase en su *Principles*, capítulo XIX: “Sobre los súbitos cambios operados en los canales del comercio”.)

Los fenómenos históricos posteriores, especialmente la periodicidad casi regular de las crisis del mercado mundial ya no permitían a los sucesores de Ricardo negar los hechos o interpretarlos como hechos puramente fortuitos. En vez de ello inventaron (prescindiendo de los que todo lo explican a base del crédito, para salir diciendo después que ellos mismos tienen que dar por supuesta la superabundancia de capital) la bonita distinción entre plétora de capital y sobreproducción. En contra de la segunda mantenían en pie las frases y buenas razones de Ricardo y A. Smith, a la par que trataban de deducir de la primera los fenómenos por lo demás para ellos inexplicables. Por ejemplo, Wilson explica algunas crisis por la plétora de capital fijo y otras por la plétora de capital circulante. La plétora de capital mismo es sostenida por los mejores economistas (como Fullarton) y a tal punto se ha convertido ya en un prejuicio arraigado, que la frase figura incluso como algo evidente por sí mismo hasta en el compendio del erudito señor Roscher.

Cabe, pues, preguntarse, ¿qué es plétora de capital y en qué se distingue de la sobreproducción?

Es de justicia, ciertamente, consignar que otros economistas, como Ure, Corbet, etc., consideran que la sobreproducción constituye la *situación regular de la gran industria*, en lo que al interior de los países se refiere y que, por tanto, sólo acarrea crisis *bajo ciertas circunstancias*, en las que se contrae también el mercado exterior.

Según los mismos economistas, capital es igual a dinero o mercancías. Por tanto, superproducción de capital igual a superproducción de dinero o de mercancías. Y, sin embargo, estos dos fenómenos (se nos dice) nada tiene que ver el uno con el otro. Ni siquiera la superproducción de dinero, ya que éste es para ellos una mercancía, razón por la cual todo el fenómeno se reduce a la superproducción de mercancías, que dichos autores reconocen bajo un nombre y niegan bajo el otro. Y sí, además, se dice que el capital superproducido o circulante es el capital fijo, la razón de ello está en que las mercancías, aquí, no son tomadas en consideración bajo este concepto simple, sino en su concepto de capital. Con lo cual se reconoce a su vez, por otra parte, que en la producción capitalista y en fenómenos (por ejemplo superproducción) no se trata de la relación simple en que el producto se manifiesta como *mercancía*, sino de las determinaciones sociales de ella, en las que es algo *más* y además algo distinto que mercancía.

En términos generales, siempre y cuando que la frase de plétora de capital en vez de *superproducción* sea algo más que una frase retórica a que se recurre o una ausencia de ideas

carentes de toda conciencia que reconoce como existente y necesario al mismo fenómeno en la medida en que se dice *a*, pero se la niega tan pronto se menciona *b*; si, en realidad, por tanto, sólo se manifiestan escrúpulos y reparos acerca de la *designación* del fenómeno, pero no acerca del fenómeno mismo ni se trata tampoco de rehuir la dificultad de explicarlo recurriendo al ardid de negarlo bajo una forma (con un nombre) en que va en contra de sus prejuicios, para reconocerlo solamente en la otra forma en que no significa nada; prescindiendo de todas estas facetas, el paso de la frase “*superproducción de mercancías*” a la de “*plétora de capital*” representa, en realidad, un *progreso*. ¿En qué consiste éste? En que aquí los productores no se enfrentan simplemente como poseedores de mercancías sino como capitalistas.

Posibilidad de una crisis inherente a las contradicciones internas de la mercancía y el dinero (XVII.8)

En las crisis del mercado mundial, las contradicciones y los antagonismos de la producción capitalista estallan. Los defensores de este sistema, en vez de analizar en qué consisten los elementos que entran en conflicto, se limitan a negar la catástrofe misma y, no obstante la repetición periódica, persisten en afirmar que si la producción se ajustara a lo que señalan los libros, nunca habría crisis. Estos discursos falsean los hechos económicos más evidentes y, sobre todo, hacen hincapié en la unidad del sistema, obviando sus contradicciones.

La compra y la venta (es decir, el movimiento de metamorfosis de la mercancía) viene a ser una unidad de dos procesos o, más bien, un proceso formado por dos fases contrapuestas. Se presenta, por tanto, como la unidad de estas dos fases, pero este proceso es también una separación de las dos fases, separación que permite su recíproca autonomización. Ahora bien, como la compra y la venta forman un todo, entonces la autonomización de los dos momentos se *manifiesta* necesariamente de modo violento, como un acto destructor. En la crisis, precisamente, se pone de manifiesto esta unidad, esta unidad de los contrarios. La autonomía de los dos momentos que forman una unidad, pero que se oponen entre ellos, queda destruida violentamente. La crisis es así la manifestación de la unidad de los dos momentos autonomizados y opuestos. No habría crisis sin esta unidad interior de elementos que, a priori; parecen indiferentes entre sí. Pero, según dicen los economistas apologeticos, no puede producirse *ninguna crisis* porque existe la unidad. Esto sólo significa una cosa, y es que la unidad de los contrarios excluiría la contradicción.

Para demostrar que la producción capitalista no puede conducir a crisis generales, se niegan todas las condiciones y limitaciones, es decir, todos los principios y diferencias específicas; en definitiva, se niega la misma *producción capitalista* y se pretende demostrar que, si el régimen capitalista de producción, en lugar de ser una forma específica de producción social con sus propias características fuera un modo de producción que se remitiera a sus orígenes primigenios, los antagonismos y contradicciones que la distingue dejarían de existir y, por lo tanto, no habría crisis en las que puedan estallar.

“Los productos [dice Ricardo, según Say] se venden siempre por productos o servicios; el dinero es solamente el medio para efectuar el cambio”.

En primer lugar, la *mercancía*, al interior de la cual se da el antagonismo entre valor de cambio y valor de uso, se ve convertida así en un mero producto (valor de uso) y, con ello, el intercambio de mercancías se convierte en simple trueque de productos: un simple intercambio de valores de uso. Es como remontarse a la etapa anterior a la producción capitalista, incluso anterior a la producción de mercancías. Se niega el fenómeno más complejo de la producción capitalista, es decir, la crisis del mercado mundial, al negar la condición primordial de la producción capitalista, a saber: que los productos tienen que ser mercancías, es decir, tienen un precio y recorren el proceso de metamorfosis de las mercancías. En vez de hablar de trabajo asalariado, se habla de “servicios”, palabra que prescinde de la finalidad específica del trabajo asalariado y de su uso para incrementar el valor de cambio de las mercancías mediante la generación de plusvalía. Es decir, se ignora el mecanismo en virtud del cual las mercancías y el dinero se transforman en capital. En la noción de “servicios”, el trabajo requerido para prestar el servicio se considera tan sólo por su *valor de uso*, cuando este valor es, en verdad,

absolutamente secundario en la producción capitalista. De la misma manera, en la palabra “producto” se obvia la esencia misma de la “mercancía” y la contradicción inherente a la misma. Planteado así el problema, es lógico que el *dinero* se conciba como un simple intermediario en el intercambio de productos y no como una modalidad sustancial y necesaria del valor de cambio de la mercancía. De la misma manera que se transforma la esencia de la mercancía reduciéndola a su valor de uso, se niega que el *dinero* pueda adoptar una forma esencial y *sustantiva* en el proceso de metamorfosis de la mercancía; es más, conviene negarlo.

Es decir, se obvian las crisis con argumentos que ignoran o niegan las características básicas de la producción capitalista: que los productos existen en cuanto mercancías, que la mercancía es al mismo tiempo producto y dinero, que este desdoblamiento se manifiesta en el intercambio de las mercancías, que existe una relación entre el dinero o las mercancías y el trabajo asalariado.

Los economistas que (como John Stuart Mill) pretenden explicar las crisis partiendo simplemente de la *posibilidad* de crisis inscrita en la metamorfosis de las mercancías (como el desdoblamiento de la compra y la venta) no andan mejor encaminados. Explicar la posibilidad de la crisis no significa explicar su realidad, y menos explicar *por qué* las fases del proceso chocan entre sí de tal modo que su unidad intrínseca sólo pueda restablecerse por medio de una crisis, por medio de un proceso violento. El *desdoblamiento* se manifiesta sin duda en las crisis: es su forma elemental. Pero pretender *explicar* la crisis basándose en su forma elemental es tanto como explicarla exponiendo su existencia bajo su forma más abstracta, es tanto como explicar la crisis por la crisis misma.

“Nadie [dice Ricardo] produce sino con el propósito de consumir o de vender y nadie vende sino con la intención de comprar cualquier otra mercancía que encierre para él una utilidad directa o que pueda servirle para la futura producción. Al producir, se convertirá, por tanto, necesariamente, en consumidor de sus propios bienes o en comprador y consumidor de las mercancías de otro. No es posible suponer que ignore durante largo tiempo cuáles son las mercancías que puede producir más ventajosamente para alcanzar el propósito que persigue, que es la posesión de otros bienes, razón por la cual no es probable que produzca continuamente una mercancía para la cual no hay demanda.” (*l.c.*, páginas 339 y siguientes)

Esto no son sino chácharas infantiles, propias de un Say, pero indignas de un Ricardo. En primer lugar, ningún capitalista produce para consumir su producto. Tratándose de la producción capitalista, podríamos afirmar con toda seguridad que “nadie produce para consumir lo producido”, aun cuando emplee una parte de su producto como insumo industrial. Nos estamos refiriendo aquí al consumo privado, del que se suele omitir el hecho de que el producto es una mercancía, lo que significa también olvidar la división social del trabajo. En los regímenes en los que los hombres producen para sí mismos, en efecto, no hay crisis, pero tampoco hay producción capitalista. No tenemos noticia de que en la antigüedad, con su producción esclavista, hubiera crisis, aunque sí hubiera productores que quebraran. La primera parte de la alternativa planteada por Ricardo es absurda. Y la segunda también. Quien produce no puede optar entre vender o no vender; necesariamente, tiene que *vender*. Lo que ocurre en las crisis es precisamente que no puede vender o sólo logra hacerlo al precio de costo o incluso con pérdida real ¿Qué sentido tiene entonces, para el productor como para nosotros, que haya producido para vender? Se trata, justamente, de entender qué se opone a su loable intención.

Además:

“Nadie vende sino con la intención de comprar cualquier otra mercancía que pueda serle inmediatamente útil o contribuir a la futura producción”.

¡Qué descripción tan amable de las relaciones burguesas! Ricardo olvida incluso que alguien puede tener que *vender* para *pagar* sus deudas y que estas ventas forzosas desempeñan un papel muy relevante en las crisis. El propósito inmediato del capitalista al vender es convertir su mercancía o, mejor dicho, su capital-mercancía, en *capital-dinero*, y *realizar* así la ganancia. Este ingreso o renta (y el subsiguiente consumo) no es para él el motivo de la venta, como sí le ocurre al que vende *mercancías* con el objetivo de transformarlas en productos para su propia subsistencia. Esto no es lo que caracteriza la producción capitalista: en este modo de

producción, la renta no es el objetivo determinante, sino que se *vende* por vender, es decir, para transformar una mercancía en dinero.

Durante la crisis, es posible que el que vende se sienta satisfecho por el mero hecho de *vender*, sin tener en mente una subsiguiente compra. Sin embargo, para que el valor realizado funcione de nuevo como capital, tiene que volver a recorrer el proceso de reproducción, es decir, cambiarse de nuevo por trabajo y mercancías. Pero la crisis es, precisamente, el momento en que el proceso de reproducción se altera y destruye. Esta alteración no puede explicarse diciendo que no se produce en los momentos en que no hay crisis. No cabe la menor duda de que, como señala Ricardo, nadie “produce continuamente una mercancía para la cual no hay demanda”. Pero una hipótesis tan absurda no se la plantea nadie y, además, nada tiene que ver con lo que aquí estamos tratando. Sí tiene razón Ricardo cuando sostiene que “la posesión de otros productos no constituye el fin de la producción capitalista; lo que ésta se propone es la apropiación de valor, de dinero, de riqueza abstracta”.

También Ricardo retoma la tesis del “equilibrio metafísico de las compras y las ventas”; un equilibrio que, *sólo* tiene en cuenta la unidad y no el desdoblamiento en los procesos de compra y de venta. De ahí también la afirmación de Ricardo (inspirada en de James Mill):

“Puede producirse *determinada* mercancía en exceso y cabe que su sobreoferta en el mercado no permita recuperar todo capital invertido en producirla; pero esto no puede ocurrir con todas las mercancías...” (*l.c.*, páginas 341 y siguientes)

El dinero no es simplemente “el instrumento por medio del cual se realiza el intercambio”, sino que es también el instrumento por medio del cual el intercambio de un producto por otro se desdobra en dos actos, independientes entre sí y separados el uno del otro en el espacio y en el tiempo. El error de Ricardo, en su concepción del dinero, radica en que considera la *determinación* cuantitativa del valor de cambio, es decir, el tiempo de trabajo, pero omite su *determinación cualitativa*, a saber, la circunstancia de que el trabajo individual, por medio de su enajenación, se considera necesariamente como un trabajo general abstracto, como un trabajo general social. Ricardo considera el dinero tan sólo como un medio de circulación. Y considera el valor de cambio tan sólo como una forma evanescente, como un aspecto formal de la producción burguesa o capitalista. Esto explica el que para él, la producción capitalista no sea un modo específico de producción, sino el modo de producción por excelencia.

Decir que sólo de *determinadas* mercancías, y no de *todas*, puede haber un exceso de oferta, esto es, que la sobreproducción sólo puede ser parcial es un argumento falaz. Ante todo, si se considera tan sólo la naturaleza de las mercancías, nada impide que *todas las mercancías* tengan sobreoferta y que, por tanto, se ofrezcan por debajo de su precio de producción. Nos referimos, en efecto, al momento de la crisis, cuando todas las mercancías, exceptuando el *dinero*, sobreabundan. La necesidad de que la mercancía se transforme en dinero, vale para todas las mercancías. Y si una determinada mercancía puede tener dificultad en realizar esta metamorfosis, *todas* pueden tener esta misma dificultad. La naturaleza general de la metamorfosis de las mercancías (que implica tanto el desdoblamiento de la compra y la venta como su unidad), lejos de excluir la *posibilidad* de una sobreoferta generalizada, entraña esa posibilidad.

Tras el razonamiento de Ricardo y otros autores encontramos no sólo la relación entre *compra* y *venta*, sino también entre *oferta* y *demanda*, que analizaremos cuando estudiemos la competencia entre los capitales. Como dice Mill, si la compra es venta y la venta es compra, entonces la demanda es oferta y la oferta, demanda, pero estas dos también pueden desdoblarse y enfrentarse al autonomizarse. La oferta de todas las mercancías puede, en un momento dado, exceder la demanda de todas las *mercancías*, porque la demanda de la *mercancía general*, es decir, el dinero, el valor de cambio, es superior a la demanda de todas las distintas mercancías o porque el momento en que la mercancía se transforma en dinero (cuando realiza su valor de cambio) prevalece sobre el momento de retransformar la mercancía en valor de uso.

Para analizar más atenta y concretamente la relación entre oferta y demanda, conviene hablar de *producción* y *consumo*. Nuevamente, habría que hablar de la unidad de estos dos momentos, una unidad efectiva y que se manifiesta con violencia en la crisis, frente al *desdoblamiento* y el *antagonismo*, que también existen y que, además, caracterizan la producción burguesa.

Por lo que se refiere a la oposición entre sobreproducción parcial y sobreproducción universal, y cuando se pretende afirmar la primera para negar a la segunda, conviene observar lo siguiente:

1.- Las crisis suelen ir precedidas de una inflación general de precios en todos los artículos provenientes de la producción capitalista. Todos estos productos, por tanto, se ven involucrados en el consiguiente *crash* o desplome y sus precios caen a los niveles anteriores a la crisis. Esta caída de precios produce una sobreoferta sobre el mercado y, por tanto, una nueva caída de los precios, incluso por debajo del precio de producción. El mercado puede entonces absorber el exceso de oferta que no habría podido absorber a los precios iniciales. El exceso de mercancías es siempre relativo, es decir, su volumen varía con el precio de las mercancías, pero los precios con los que las mercancías serán finalmente absorbidas serán ruinosos para los productores y los comerciantes.

2.- Para que una crisis sea general (y también, por tanto, la superproducción) basta con que se extienda a los artículos comerciales más importantes.

La relación entre la producción y el consumo bajo las condiciones del capitalismo (XVII.9)

Veamos cómo Ricardo intenta descartar razonadamente el fenómeno de la saturación general del mercado.

“Puede producirse un exceso de determinada mercancía y cabe que la plétora de ella en el mercado no permita que se cubra el capital invertido en producirla; pero esto no puede ocurrir con todas las mercancías. La demanda de trigo se halla limitada por los molineros llamados a consumirlo, la de calzado y ropa por las personas que deben usarlos; pero si una comunidad o parte de ella puede disponer de la cantidad de trigo o de calzado y ropa que está en condiciones de consumir o desea consumir, *no podemos decir lo mismo de cualquier mercancía creada por la naturaleza o por la actividad industrial*. Hay quienes consumirían más vino si pudieran conseguirlo. Y hay quienes disponen de bastante vino, pero desearían aumentar la cantidad de sus muebles o mejorar su calidad. A otros les gustaría embellecer sus fincas o agrandar sus casas. El deseo de lograr todo esto o parte de ello alienta en todos los corazones; *lo único que para ello hace falta son los medios, y sólo hay un camino para conseguirlos: incrementar la producción.*” (l.c., páginas 341 y siguientes)

¿Cabe razonamiento más pueril que éste? Esto dice implícitamente: puede ocurrir que de una determinada mercancía se produzca más de lo que puede consumirse. Pero esto no puede ocurrir con *todas* las mercancías, pues las necesidades que se satisfacen por medio de las mercancías son ilimitadas, y es imposible que todas estas necesidades se satisfagan por igual. Antes al contrario, la satisfacción de una necesidad hace aparecer latente, por decirlo así, otra, y la satisfacción de esas necesidades requiere medios suplementarios, y estos medios suplementarios sólo se consiguen aumentando la producción.

¿Qué sentido tiene todo esto? En tiempos de sobreproducción, una parte considerable de la nación (especialmente la clase obrera) está menos abastecida que nunca de trigo, calzado, etc., y no digamos de vino o muebles. Si sólo pudiese existir sobreproducción una vez cubiertas las necesidades de la nación, aunque sólo fueran las más elementales, no se habría producido en la historia de la sociedad burguesa, no ya una crisis general de sobreproducción, sino ni siquiera una crisis parcial. El hecho de que, por ejemplo, haya sobre-oferta en el mercado de zapatos, vestidos, vinos o productos coloniales ¿significa que tengan satisfechas sus necesidades de zapatos, percales, etc., ni siquiera las dos terceras partes de la nación? No, la sobreproducción no tiene nada que ver con las necesidades absolutas. Se refiere, única y exclusivamente, a las necesidades relativas, a la demanda solvente. En este sentido, no existe sobreproducción ni absoluta, ni parcial y estas dos nociones no son contradictorias.

Pero Ricardo diría entonces: “Si hay tanta gente necesitada de zapatos o vestidos, ¿por qué no consiguen los medios para adquirirlos produciendo algo con lo cual puedan comprar calzado y telas?”. ¿No sería más sencillo decir: por qué no producen ellos mismos los zapatos y

las telas? Lo que resulta más llamativo de la sobreproducción es que los productores reales de las mercancías que saturan el mercado, los obreros, sufren escasez de las mismas. No cabe, por tanto, decir que deberían producir objetos para poseerlos por cuanto, habiéndolos producido, carecen de ellos. Tampoco cabe afirmar que la sobreoferta se debe a una falta de demanda. De modo que si la sobreproducción parcial no puede explicarse por una sobreoferta que satura la demanda, tampoco podrá explicarse la sobreproducción aduciendo que existen necesidades no satisfechas respecto a muchas de las mercancías ofrecidas en el mercado.

Sigamos con el ejemplo del fabricante de ropa. Mientras la producción y venta de mercancías permita la reproducción sin interrupción y la acumulación de capital, es perfectamente posible que los obreros que las fabrican puedan acceder a ellas, que con su salario las adquieran. Estos obreros se convierten así, y cada vez más, en consumidores de parte de lo que fabrican.

La posibilidad de la crisis se convierte realidad. La crisis, como manifestación de todas las contradicciones de la economía burguesa (XVII.10)

Antes de avanzar un solo paso más, recordemos lo siguiente: mediante el desdoblamiento del proceso de producción directo y del proceso de circulación, vuelve a desarrollarse y se desarrolla más la *posibilidad* de la crisis, que se había manifestado con motivo de la *simple metamorfosis* de la mercancía. Tan pronto como esos dos procesos dejan de entrelazarse fluidamente y el uno se sustantiva con respecto al otro, surge la crisis.

En la metamorfosis de las mercancías la posibilidad de la crisis se presenta así: en primer lugar, la mercancía (que existe de un modo real como valor de uso e idealmente, en el precio, como valor de cambio) necesita convertirse en dinero: M - D. Resuelta la dificultad de la venta, entonces, la compra, D - M, no plantea ninguna dificultad, puesto que el dinero puede cambiarse directamente por cualquier cosa. El valor de uso de la mercancía, es decir, la utilidad del trabajo contenido en ella, es algo que hay que dar por supuesto, pues de lo contrario no sería una mercancía. Asimismo se da por supuesto que el valor individual de la mercancía es igual a su valor social, es decir, al tiempo de trabajo socialmente *necesario* para producirla. La posibilidad de la crisis, tal como se revela en la forma simple de la metamorfosis, aparece, por tanto, simplemente porque las diferentes formas (las fases) que recorre en su proceso son, por un lado, formas y fases que se complementan necesariamente y, por otro, formas y fases que, a pesar de su necesaria cohesión intrínseca, llevan una existencia indiferente la una respecto a la otra, existen desconectadas en el tiempo y en el espacio, son formas y fases del proceso independientes, separables y separadas entre sí. La posibilidad de la crisis se da por tanto, exclusivamente, en la disociación de la venta y la compra. Es bajo la forma de mercancía como la mercancía debe superar las dificultades, y una vez se transforma en dinero habrá superado las dificultades. Si la mercancía puede, cuando compra y venta coinciden, retirarse de la circulación sin que sea bajo la forma dinero o puede aplazar su retroconversión en mercancía (como ocurre con el trueque), entonces, según nuestras hipótesis, desaparecería la *posibilidad* de la crisis. Suponemos, en efecto, que la mercancía es, para otros poseedores de mercancías, un *valor de uso*. Bajo la forma del trueque directo, la mercancía solamente deja de ser intercambiable por dos motivos: cuando no posee valor de uso o cuando, por la otra parte, no se ofrecen otros valores de uso susceptibles de cambiarse por ella. Sólo estas dos condiciones imposibilitan el intercambio: que una de las partes produzca productos *inútiles* o que la otra parte no ofrezca nada *útil* con lo que poder hacer un intercambio. En ambos supuestos, no hay trueque posible. Ahora bien, *cuando se opera un cambio*, no estarán disociados sus momentos: el comprador será vendedor y el vendedor comprador. Desaparecerá, por tanto, el momento crítico, propio de la forma del intercambio, cuando se trata de circulación. Y cuando decimos que la forma simple de la metamorfosis lleva consigo la posibilidad de la crisis, sólo estamos diciendo que incluso en esta forma simple existe la posibilidad de la escisión y disociación de unos momentos que son esencialmente complementarios.

Esto afecta también al contenido. En el comercio de trueque directo, el grueso de la producción está destinado, por parte del productor, a la satisfacción de sus propias necesidades

o, según se va desarrollando la división del trabajo, a la satisfacción de las necesidades de otros productores de las que tenga noticia. Lo que se intercambia como mercancía es el sobrante, y el que el sobrante se intercambie o no no es esencial. Por el contrario, en la *producción de mercancías*, la transformación del producto en dinero, su venta, es condición *sine qua non*. La producción directa para la satisfacción de las propias necesidades desaparece. Si no se logra vender, aparece la crisis. La dificultad de convertir la *mercancía* (producto específico del trabajo individual) en dinero (en su término contrario: en trabajo abstracto general, social), radica en que el *dinero* no se manifiesta como producto específico del trabajo individual y en que, por tanto, el que ha vendido y, por tanto, posee la mercancía bajo forma de dinero no está obligado a comprar inmediatamente y transformar su dinero en productos del trabajo individual. En el trueque esta diferencia no existe. Aquí, la persona no puede comprar si no es vendedor, ni vender si no es comprador. La dificultad del vendedor en transformar su mercancía en dinero (si la misma tiene valor de uso) estriba en que el comprador puede diferir la transformación de su dinero en mercancía. La dificultad de transformar la mercancía en dinero, es decir de vender, se debe a que una vez transformada la mercancía en dinero, ese dinero no necesita transformarse inmediatamente en mercancía, es decir, que la *venta* y la *compra* pueden disociarse. Como hemos dicho, esta *forma* lleva implícita la *posibilidad* de la *crisis*, es decir, la posibilidad de que las dos fases que se complementan entre sí y son inseparables se disocien y que ello obligue a enlazarlas por la fuerza, a deshacer con violencia su respectiva autonomización. En realidad, la crisis no es otra cosa que el restablecimiento violento de la unidad entre las fases del proceso de producción que se han disociado la una frente de la otra.

La posibilidad general, abstracta, de la crisis es, sencillamente, la *forma más abstracta* de crisis, una crisis sin contenido, sin móvil intrínseco. Puede ocurrir que la venta y la compra se disocien: aquí está la causa potencial de la crisis, en el momento crítico, para la mercancía, de su coordinación. Puede ocurrir también que venta y compra se articulen con fluidez. Se confirma así que la *forma más abstracta de la crisis* (es decir, su posibilidad formal) es la *metamorfosis de la mercancía* misma. En esta metamorfosis, coinciden, en la unidad de la mercancía, la contradicción entre valor de cambio y valor de uso y también la subsiguiente contradicción entre dinero y mercancía. Ahora bien, lo que convierte en crisis esta posibilidad de ella no se contiene en esta forma misma; se contiene solamente en el hecho de que se da *la forma* para una crisis

Esto es, en el análisis de la economía burguesa, lo más relevante: las crisis del mercado mundial deben comprenderse como una convergencia y eliminación violentas de todas las contradicciones de la economía burguesa. Los distintos aspectos que se condensan en estas crisis, por tanto, se manifestarán y desarrollarán en todas las esferas de la economía burguesa, y cuanto más ahondemos en ella, más tendremos que investigar, por una parte, nuevos aspectos de esta contradicción y que poner de manifiesto, por otra parte, la persistencia de las formas abstractas en las más concretas.

Podemos, así, afirmar que la primera forma de la crisis es la metamorfosis de la mercancía, la disociación de la compra y la venta.

En su segunda forma, la crisis nace de la función del dinero como medio de pago, donde el dinero actúa en dos momentos distintos y separados en el tiempo, en dos funciones diferentes. Estas dos formas son ambas totalmente abstractas, aunque la segunda sea más concreta que la primera.

Por otro lado, al analizar el *proceso de reproducción* del capital (proceso que coincide con el de su circulación) hay que demostrar que las mencionadas formas sencillamente no hacen sino repetirse o, mejor dicho, que es aquí donde cobran un contenido, una base sobre la cual pueden manifestarse.

Fijémonos en el recorrido del capital desde el momento en que abandona, como mercancía, el proceso de producción, para volver a surgir de él como mercancía. Si hacemos caso omiso aquí de todas las demás determinaciones intrínsecas, vemos que todo el capital-mercancías así como cada una de las mercancías que lo forman, tienen necesariamente que recorrer el ciclo M - D - M, es decir, el proceso de la metamorfosis de la mercancía. La posibilidad general de la crisis implícita en esta forma (la disociación de la compra y la venta), *también* está presente en la circulación del capital, ya sea bajo forma de mercancía o no. De la

concatenación de las metamorfosis de las mercancías unas con otras se desprende, además, que una mercancía se convierte en dinero porque la otra se retroconvierte de la forma dinero en la forma mercancía. Por tanto, la disociación de la compra y la venta se manifiesta aquí, más desarrollada, de tal modo, que a la conversión de un capital desde la forma mercancía a la forma dinero tiene necesariamente que corresponder la retroconversión del otro capital desde la forma dinero a la forma mercancía; a la primera metamorfosis de un capital tiene necesariamente que corresponder la segunda del otro, un capital tiene que abandonar el proceso de producción y el otro retornar a él. Este entrelazamiento y concatenación de los procesos de reproducción o circulación de diferentes capitales es necesario, de una parte, por la división del trabajo y es, de otra parte, contingente, con lo que se amplía la determinación intrínseca de la crisis.

En segundo lugar, por lo que se refiere a la posibilidad de la crisis nacida del dinero como *medio de pago*, el capital ofrece una base mucho más real para la realización de esta posibilidad. Por ejemplo, el tejedor tiene que cubrir todo el capital constante cuyos elementos han sido suministrados por el hilandero, el cultivador del lino, el fabricante de maquinaria, el productor de hierro y madera, el extractor de carbón, etc. En la medida en que éstos producen el capital constante que sólo entra en la producción de capital constante sin incorporarse a la mercancía final, al tejido, estos productores reconstituyen sus condiciones de producción mediante el intercambio de capital. Supongamos que el tejedor venda su mercancía al *comerciante* por 1.000 libras, pero no en metálico, sino por medio de una letra de cambio, de tal modo que el dinero figura como medio de pago. Y que el vendedor, a su vez, endose la letra al *banquero*, ya sea para pagar con ello una deuda o para que se la descuenta. El agricultor que vende el lino al fabricante de hilados se lo vende también contra una letra de cambio, y lo mismo el fabricante de hilados al tejedor, el fabricante de maquinaria al tejedor, el productor de madera y hierro al fabricante de maquinaria, etc. Pues bien, si el comerciante no paga la mercancía, el tejedor no podrá cobrar la letra y se producirá un impago en cadena; ninguno de los productores podrá cobrar y no pudiendo hacer efectivo el valor de sus mercancías, no podrán reponer la parte correspondiente al capital constante. Y habrá nacido una crisis general. Se trata, simplemente, de la realización de la *posibilidad de crisis* que trae consigo el dinero como medio de pago; pero vemos también, cómo dentro de la producción capitalista las interacciones entre créditos y las obligaciones recíprocas, y entre compra y venta pueden hacer que la posibilidad de crisis se convierta en realidad.

Bajo cualquier circunstancia, no hay crisis si la compra y la venta no se escinden ni deben ser reunificadas por la fuerza, ni si el dinero funciona como medio de pago de modo que los créditos se cancelen recíprocamente deshaciendo así las contradicciones en el uso del dinero como medio de pago. Sólo hay crisis si la compra y la venta se disocian y entran en contradicción o si se manifiestan las contradicciones intrínsecas al uso del dinero como medio de pago; dicho de otro modo, sólo hay crisis si ésta se manifiesta en su forma simple: contradicción entre compra y venta y contradicciones del dinero como medio de pago. Son éstas tan sólo *formas* simples, posibilidades de las crisis, formas abstractas de la crisis real. La existencia de la crisis se manifiesta en ellas como en sus formas más simples y, en este sentido, con su contenido más simple, por cuanto que esta forma misma es su contenido más simple. Pero no es aún un contenido *fundamentado*. La circulación monetaria simple e incluso la circulación del dinero como medio de pago (y ambas surgen mucho antes de que aparezca la producción capitalista, sin generar por sí mismas crisis) pueden darse y se dan realmente sin crisis. Y no es, por tanto, posible comprender tan sólo a partir de estas formas simples por qué las mismas manifiestan su lado crítico y por qué la contradicción que potencialmente contienen se manifiesta de repente en la realidad.

A la luz de esto se comprende la enorme simpleza de los economistas, cuando, no pudiendo ya deshacer racionalmente los fenómenos de la sobreproducción y de las crisis, se contentan con el hecho de que aquellas formas sólo llevan implícita la posibilidad de que se produzcan *crisis*; siendo, por tanto, *fortuito* el que éstas lleguen a producirse en realidad, lo que equivale a considerar el hecho mismo de que se produzcan como simple obra del *azar*.

Las contradicciones (y, por tanto, las posibilidades de crisis) implícitas en la circulación de las mercancías y en la circulación del dinero se reproducen por sí mismas en el capital, ya

que, en realidad, la circulación de mercancías y del dinero sólo se desarrolla sobre la base del capital.

Se trata ahora de comprender el desarrollo ulterior de la crisis potencial (pues la crisis real sólo puede analizarse partiendo del funcionamiento real de la producción capitalista, de la competencia y del crédito) en la medida en que nace de las características de las formas del capital, que le son propias en cuanto tal capital y no se radican en su mera existencia como mercancía o dinero.

El simple *proceso directo de producción* del capital no puede de por sí añadir nada nuevo a la comprensión de esta cuestión. De ahí que en la sección primera sobre el capital (el proceso *directo* de producción) no se agregue ningún elemento nuevo de crisis. La crisis *se halla ya implícita* en él, puesto que el proceso de producción es apropiación y, por tanto, producción de plusvalía. Pero no puede manifestarse en el mismo proceso de producción, ya que en él no se trata de la *realización* del valor simplemente reproducido, sino de la plusvalía.

Sólo puede ponerse de manifiesto en el *proceso de circulación*, que es de por sí, al mismo tiempo; *proceso de reproducción*.

Asimismo conviene advertir aquí, que debe analizarse el proceso de circulación o el proceso de reproducción del capital antes de analizar el capital en su conjunto (*capital y ganancia*) pues debemos comprender no sólo cómo el capital produce sino cómo es producido el capital. El movimiento real tiene como punto de partida el capital existente, es decir, la base ya desarrollada de la producción capitalista, que nace de sí misma y se presupone a sí misma. De ahí que el proceso de reproducción del capital y las posibilidades de crisis más importantes en este proceso sólo se aborden en parte en el libro II y se completen en el capítulo que versa sobre “*el capital y la ganancia*”.

El proceso completo de circulación o de reproducción del capital es la unidad de su fase de producción y de su fase de circulación, un proceso completo que recorre estos dos procesos como sus fases. Aquí va implícita otra posibilidad, otra forma abstracta de la crisis. Por eso los economistas que descartan la crisis sólo consideran la unidad de las dos fases. Si existiesen separadamente, sin formar una unidad, no sería posible, en efecto, restablecer su unidad por la fuerza, es decir, no habría crisis. Si formasen una unidad, sin poder disociarse, no se podrían separar por la fuerza, es decir, tampoco habría la crisis. La crisis es el restablecimiento violento de la unidad de unos elementos que se han hecho autónomos, o también la separación violenta de elementos que están fundamentalmente unidos.

Las formas de la crisis (XVII.11)

1.- La *posibilidad* general de las crisis va implícita en el proceso mismo de la *metamorfosis del capital*, y de una doble manera: en la medida en que el dinero funciona, por una parte, como *medio de circulación*, lo que implica la separación temporal de la *compra* y la *venta*, y, de otra parte, en cuanto funciona como medio de pago, ya sea como medida del valor o como realización del valor (dos funciones ésta que operan en momentos distintos). Si el valor cambia en el intervalo, es decir, si la mercancía en el momento de venderse no vale tanto como valía en el momento en que el dinero actuaba como medida de su valor entonces la venta de la mercancía no permite al vendedor saldar su deuda (si tenía previsto hacerlo con el importe de esa venta) lo que imposibilitará que se realicen todos los pagos subsiguientes que, en cadena, dependían de ese importe no cobrado. Por otro lado, si la mercancía no logra venderse *en un determinado plazo* de tiempo, aunque su valor no cambie el *dinero* no podrá actuar como *medio de pago* pues para ello tenía que hacerlo *dentro de ese plazo determinado* y como esta suma de dinero debía servir para saldar toda una serie de transacciones y obligaciones recíprocas, la *insolvencia* afectará no sólo a un punto concreto de la cadena, sino a muchos: surge la *crisis*.

Estas son las *posibilidades formales* de las crisis. La primera (cambia el valor de la mercancía) puede darse sin la segunda (es decir, puede haber crisis sin crédito, sin que el dinero funcione como medio de pago). En cambio, la segunda no puede darse sin la primera, es decir, sin que compra y venta se disocien. En este último caso, la crisis aparece no sólo porque una mercancía no logra venderse, también por no venderse dentro de un plazo determinado. La crisis nace entonces, y con características propias, no porque la mercancía *no se venda* sino por la *no*

realización de toda una serie de pagos que depende de esa venta y de que la misma se consuma en un plazo determinado. Es ésta la *forma propiamente dicha de las crisis financieras y monetarias*.

Si la crisis estalla cuando se produce una disociación entre la compra y la venta, la crisis se desarrolla como *crisis monetaria* tan pronto como el dinero se use como *medio de pago*, y en esta *segunda forma*, la crisis se manifiesta tan pronto como se presente la *primera*. De modo que, cuando se analiza por qué la *posibilidad* general de la crisis se convierte en *realidad* o cuando se investigan las *condiciones* de las crisis, resulta completamente superfluo preocuparse de aquellas crisis que surgen del uso del dinero como *medio de pago*. Precisamente por esto son tan aficionados los economistas en insistir en esta forma *evidente por sí misma* como *causa* de las crisis. En la medida en que el desarrollo del dinero como medio de pago coincide con el desarrollo del crédito y del exceso de crédito, habrá que analizar las causas de este último, cosa que de momento no haremos aquí.

2.- Cuando las crisis obedecen a *cambios en los precios* y a las *revoluciones de precios*, que no se corresponden con *alteraciones en el valor* de las mercancías, las crisis no pueden explicarse analizando el capital en general, pues este análisis parte del supuesto de que *precio y valor coinciden*.

3. La *posibilidad general* de las crisis es la metamorfosis formal del mismo capital, es decir, la disociación de la compra y la venta en el tiempo y en el espacio. Pero esta posibilidad general no es la *causa* de la crisis, pues no es la *forma más general* de la *crisis*, o sea la crisis en su *expresión más general*. No se puede decir que la *forma abstracta de la crisis* sea la *causa* de ésta. Es investigando la causa cuando se comprende por qué su forma abstracta, la forma de su posibilidad, se convierte de posibilidad en *realidad*.

4. *Las condiciones generales* de las crisis, en la medida en que no dependen de las *oscilaciones en los precios*, se deban o no al crédito, (oscilaciones de los precios presuntamente distintas de las oscilaciones en el valor), deben buscarse en las condiciones generales de la producción capitalista.

Así planteado el problema, descubrimos como *factores de una crisis*: primero, la *reconversión* del capital-dinero en *capital productivo*; segundo, el cambio de valor de los elementos del capital productivo, especialmente de las *materias primas* (por ejemplo, cuando por una mala cosecha, aumentan su valor). Se trata en ambos casos de un problema de *valor* no de precios.

Primera fase: Reconversión del dinero en capital. Se presupone un determinado nivel de *producción o reproducción*. El capital fijo (medios de producción) puede, aquí, considerarse como dado, permanente y no incorporado al *proceso de valorización*. La reproducción de las materias primas no depende solamente del trabajo invertido en ellas, sino de su productividad, relacionada con las *condiciones naturales*: un clima adverso puede hacer que con una misma cantidad de trabajo la cosecha sea menor y su valor aumente. *Sube, por tanto, el valor de la materia prima*, desciende su *volumen* o se ve desajustada la *proporción* en que el dinero tenía que reconvertirse en las *distintas partes integrantes* del capital para continuar la producción en la escala anterior. Debe invertirse más en *materias primas*, queda menos dinero para el *trabajo* de los asalariados y no es posible absorber el mismo volumen de obreros que antes. En primer lugar, *físicamente*, porque hay escasez de materia prima y, *en segundo lugar*, porque hay que invertir en materia prima *una parte mayor del valor* del producto y, por consiguiente, puede invertirse menos en *capital variable*. La reproducción no puede repetirse en su nivel anterior. Una parte del *capital fijo* se quedará parada y parte de los obreros se quedarán en la calle. La *tasa de ganancia* descenderá, pues aumentará el valor del capital constante con respecto al variable y el capital variable invertido habrá sido menor. Los gastos fijos (intereses, alquileres, etc.) anticipados a cuenta de la tasa de ganancia y de explotación del trabajo *seguirán siendo los mismos* pero ya *no podrán pagarse* en su totalidad. Por tanto, crisis. Crisis de trabajo y crisis de capital. Se trata, aquí, de una *alteración del proceso de reproducción* determinada por la subida de valor de uno de los elementos del capital constante que debe reponerse en detrimento de los otros. Y se opera, además, aunque la *tasa de ganancia* disminuya, un *encarecimiento del producto*. Si este producto entra como medio de producción en otra esfera de producción, su encarecimiento provocará ahí el mismo desajuste en la reproducción. Si entra en el consumo

general, como medio de subsistencia, puede ocurrir una de dos cosas según *forme o no parte del consumo de los obreros*. En el primer caso, sus efectos coincidirán con una alteración del *capital variable*, de la que hablaremos más adelante. En los casos en que forme parte del *consumo general*, esto puede traducirse (si no disminuye el consumo del producto) en una bajada de la demanda de otros productos, *entorpeciendo* con ello su *reconversión* en dinero en la extensión correspondiente a su valor; también quedará alterada *la otra fase* de su reproducción, es decir, no ya la *reconversión* del dinero en capital productivo, sino la *reconversión* de la mercancía en dinero. En todos los casos, en una rama productiva disminuirá el *volumen de las ganancias* y la masa de los salarios, y con ellas una parte de los *ingresos necesarios* para la venta de mercancías en otras ramas de producción.

Esta insuficiencia de materias primas también puede darse sin que influyan las *cosechas* ni la *productividad natural* del trabajo. En efecto, si se invierte en maquinaria, etc.; *una parte excesiva de la plusvalía*, del *capital sobrante*, resultará que las materias primas, que serían suficientes en el *anterior nivel de producción*, no lo serán en el *nuevo*. Esto se da cuando hay, por tanto, un reparto *desproporcionado* del *capital sobrante* entre los diversos elementos de la producción. Estamos ante un caso de *sobreproducción de capital fijo* que genera los mismos fenómenos que el caso anterior. Las crisis surgen así o de una *sobreproducción del capital fijo* o de la correspondiente *infraproducción del capital circulante*.

Teniendo en cuenta que ambos capitales están formados por mercancías, nada hay más absurdo que esos economistas que niegan la existencia de la *sobreproducción de mercancías* pero sí admiten la *sobreproducción del capital fijo*.

5. *Las crisis que nacen de perturbaciones en la primera fase de la reproducción*, es decir, durante la transformación de la mercancía en dinero o *trastornos en la venta* de mercancías. En las crisis de la primera clase, nacidas del encarecimiento de las materias primas, la crisis surge de los trastornos que se presentan durante la circulación del capital en el *retorno* de los elementos del capital productivo.

Contradicciones entre la producción y el consumo bajo las condiciones del capitalismo. La superproducción de los artículos de consumo más importantes tiende a convertirse en superproducción general (XVII.12)

Antes de abordar ahora las nuevas formas de la crisis, volvamos a la cita de Ricardo

“Puede producirse un exceso de determinada mercancía y cabe que la plétora de ella en el mercado no permita que se cubra el capital invertido en producirla; pero esto no puede ocurrir con todas las mercancías.”

Mientras el tejedor siga reproduciendo y acumulando, sus obreros también comprarán una parte de su producción, gastarán en telas una parte del salario. Mientras el tejedor produzca, los obreros podrán comprar parte de la producción, es decir le permitirán al tejedor vender parte de su producción. El obrero sólo puede comprar (incorporarse a la demanda) mercancías destinadas al consumo individual, ya que no puede transformar su trabajo en valor al no disponer por sí mismo de las condiciones necesarias (instrumentos de trabajo y materias primas) para su realización. Esto excluye de la condición de consumidores-compradores a la mayoría de los productores, es decir, a los obreros ahí donde la producción es de tipo capitalista. No comprarán ninguna materia prima, ningún medio de producción; tan sólo comprarán mercancías destinadas a su consumo individual inmediato. Por eso no hay nada más ridículo que hablar de la identidad de productores y consumidores, ya que en no pocas ramas de la industria (todas las que no producen directamente artículos de consumo) la masa de los hombres que participan directamente en la producción queda excluida de la *compra* de sus propios productos. No son nunca, *directamente*, consumidores o compradores del grueso de su propia producción, aunque paguen parte del valor de la misma a través de los artículos de consumo que sí compran. Aquí se manifiesta también la ambigüedad de la palabra *consumidor* y el absurdo de equipararla con la de *comprador*. Desde un punto de vista industrial, son sin duda los obreros los que consumen la maquinaria y las materias primas, los que las absorben en el proceso de trabajo. Pero no las absorben para sí mismos; no son, por tanto, *compradores* de las mismas. La maquinaria y las

materias primas no son, para ellos, valores de uso, mercancías, sino condiciones objetivas de un proceso del que los propios obreros forman también parte, como condiciones subjetivas.

Podría pensarse que su patrón los está representando cuando compra los medios de producción y las materias primas. Pero lo hace de manera distinta a cómo lo harían los propios obreros. El patrón, en efecto, vende también una cantidad de mercancía que representa el plusvalor, el trabajo no pagado. Los obreros tan sólo necesitarían vender una cantidad de mercancía que les permita reproducir el valor invertido en la producción (el valor medio de los medios de producción, de las materias prima y de los salarios). El patrón necesita un mercado más amplio del que necesitarían los obreros y, por otro lado, sólo depende de él, y no de los obreros, considerar si las condiciones del mercado son convenientemente favorables o no para acometer la reproducción del capital.

Los obreros, por tanto, son productores sin ser consumidores (aun cuando no se interrumpa o entorpezca el proceso de producción) respecto a todos los artículos que no se consumen individualmente, sino industrialmente.

Así pues, nada más absurdo que afirmar, para descartar la crisis, que los consumidores (compradores) y los productores (vendedores) son, en la producción capitalista, idénticos. Lejos de ello, son dos categorías completamente distintas. Analizando, por ejemplo, el proceso de reproducción, esta identidad sólo vale para uno entre 3.000 productores, es decir, vale para los capitalistas. Asimismo es falso afirmar, a la inversa, que los consumidores son productores. El terrateniente que renta sus bienes inmuebles no produce y, sin embargo, consume. Y lo mismo ocurre con los propietarios de capital financiero.

Las frases apoloéticas a que recurren para descartar las crisis tienen su importancia por cuanto logran demostrar, precisamente, lo contrario de lo que pretenden. Para negar la crisis, afirman la existencia de una unidad allí donde en realidad existe antagonismo y contradicción. Esos discursos demuestran que si las contradicciones, que niegan en sus fantasías, no existieran, entonces no habría crisis, pero lo cierto es que las crisis se dan porque existen esas contradicciones. Cualquiera de sus argumentos para negar la crisis es una negación fantaseada de una contradicción, de una contradicción real que es causa de la crisis. El empeño en descartar imaginativamente las contradicciones constituye, al mismo tiempo, el reconocimiento de las contradicciones existentes en la realidad y que, según los buenos y piadosos deseos, *no deberían* existir.

Lo que en realidad producen los obreros es plusvalía. Mientras la produzcan, tendrán algo que consumir. Tan pronto como dejen de producirla, su consumo terminará. Pero no son, ni mucho menos, sujetos de consumo porque produzcan un equivalente de lo que consumen. Lejos de ello, tan pronto como producen solamente este equivalente, su consumo termina, no tienen equivalente que consumir. Una de dos: o dejan de trabajar o trabajan a tiempo reducido, en cuyo caso, su salario descenderá. En el segundo caso (cuando la fase de la producción sigue siendo la misma), no consumen equivalente alguno de lo que producen. Y no carecen de estos medios precisamente porque no produzcan bastante, sino porque sólo pueden apropiarse una parte excesivamente pequeña de lo que producen.

Reducir la cuestión a una relación entre consumidores y productores, significa olvidar que el trabajador asalariado y el capitalista son dos tipos completamente distintos de productores (por no hablar de los consumidores que no producen nada). Una vez más se niega la *contradicción*, la formalización de una contradicción que existe realmente en la producción. La simple relación entre obrero asalariado y capitalista implica:

1.- Que la mayoría de los productores (los obreros) son no consumidores (no compradores) de una parte grandísima de su producto, a saber: de los medios de producción y de las materias primas;

2. Que la mayoría de los productores, los obreros, sólo pueden consumir un equivalente de lo que produce su trabajo siempre y cuando produzcan más de este equivalente: una plusvalía o un producto excedente. Tienen que producir siempre más (ser siempre *superproductores*), es decir, por encima de sus propias necesidades, para poder ser consumidores o compradores dentro de los límites de sus necesidades. Para esta clase de productores, la unidad entre producción y consumo está faleada de entrada.

Cuando Ricardo sostiene que el único límite con que tropieza la *demanda* es la misma producción y que ésta está limitada por el capital, está diciendo en verdad que, una vez descartadas las falsas hipótesis, la producción capitalista sólo está limitada por el capital. Pero “capital” incluye en este caso también la fuerza de trabajo incorporada a él (comprada por él) como una de sus condiciones de producción. Cabe preguntarse si el capital, como tal, es también el límite del consumo. Lo es, sin duda, de un modo negativo, por cuanto no puede consumirse más de lo que se produce. Pero lo que interesa es saber si puede ser de modo positivo, es decir, si puede y debe consumirse todo lo que se produce. La tesis de Ricardo, debidamente analizada, dice precisamente lo contrario de lo que parece decir, a saber: que la producción no se desarrolla teniendo en cuenta los límites existentes del consumo, sino que está limitada sólo por el propio capital. Y esto constituye, ciertamente, una de las características del régimen capitalista de producción.

Por consiguiente, según nuestra hipótesis, podemos decir que el mercado está saturado, por ejemplo, de telas, si éstas son invendibles en parte o en su totalidad o también si sólo se venden muy por debajo de su precio o, mejor dicho, de su valor (usamos la palabra “valor”, porque, al estudiar la circulación o el proceso de reproducción del capital, nos referiremos al valor, y no al precio de producción y, menos aún, al precio de mercado).

Por lo demás, analizando el problema en su conjunto, es evidente que en determinadas ramas se produce en exceso, *lo que permite* que en otras haya infraproducción; que las crisis parciales pueden obedecer a una *producción desproporcionada* (la *producción proporcionada* es siempre resultado de una *producción desproporcionada* sometida a la competencia). Una forma general de esta producción desproporcionada puede ser la sobreproducción de capital fijo y, también, una sobreproducción de capital circulante. Así como para las mercancías es condición que se vendan por su valor, que es solamente la cantidad de trabajo socialmente necesario contenido en ellas, así también para toda una esfera de producción del capital es necesario que del tiempo total de trabajo de la sociedad se dedique a esta esfera especial solamente la parte necesaria, solamente el tiempo de trabajo que se requiere para satisfacer la necesidad social (la demanda). Si se emplea más, aunque cada mercancía sólo contenga el tiempo de trabajo necesario, la suma de ellas encerrará más del tiempo de trabajo socialmente necesario, exactamente lo mismo que, aunque cada mercancía de por sí tenga valor de uso, la suma de ellas, bajo los supuestos de que se arranca, pierde una parte de su valor de uso.

No hablamos aquí de la crisis cuando ésta se deba a una producción desproporcionada, es decir, a una desproporción en la distribución del trabajo social entre las distintas ramas de producción. Este problema sólo puede plantearse al tratar la competencia entre capitales. Ya sabemos que el alza o la caída del valor comercial como resultado de esta desproporción determina el retraimiento y transferencia del capital de una rama de producción a otra (la migración del capital). Sin embargo, esta compensación lleva ya implícita lo contrario de la compensación misma y puede estar en el origen de una crisis que vendrá a ser, ella misma, una forma de compensación. Ricardo reconoce este tipo de crisis.

Al tratar del proceso de producción, hemos visto que todo el empeño de la producción capitalista está en acaparar la mayor cantidad posible de trabajo excedente, es decir, en materializar con un capital dado el mayor tiempo posible de trabajo directo. Esto lo logra ya sea alargando el tiempo de trabajo, acortando el tiempo de trabajo necesario o desarrollando la productividad del trabajo (organización y división del trabajo, maquinaria, etc.); en definitiva, produciendo en gran escala, produciendo en masa. La producción capitalista lleva, pues, inherente, como algo sustancial, la producción, sin tener en cuenta los límites del mercado.

Supongamos que el modo técnico de producción se mantiene invariable, incluso durante un tiempo cuando se amplía la producción. La masa de las mercancías producidas aumenta entonces al emplearse más capital, y no porque se emplee de modo más productivo. Pero el aumento puramente cuantitativo del capital implica, también, el aumento de su capacidad productiva. Si el aumento cuantitativo del capital es consecuencia del desarrollo de su capacidad productiva, ésta, a su vez, crece partiendo de una base más amplia y desarrollada de capital. Es una relación de mutua interdependencia la que se establece. La reproducción sobre una base más amplia (la acumulación), aun cuando originariamente sólo se presente como una ampliación cuantitativa de la producción (como una producción con más capital, pero realizada

en las mismas condiciones de producción), al llegar a cierto punto aparece también cualitativamente como un mayor rendimiento de las condiciones en que se desarrolla la reproducción. Y esto trae como consecuencia el aumento del volumen de productos, no ya sólo en proporción simple al crecimiento del capital en la reproducción ampliada, en la acumulación.

Volvamos a nuestro ejemplo de los tejidos. La paralización de un mercado saturado por una sobreoferta de telas, entorpece la reproducción del capital del fabricante de tejidos. El trastorno afecta en primer término a sus obreros: reducen o anulan su nivel de consumo, no ya sólo de telas sino de otros artículos que formaban parte de su consumo. Siguen teniendo necesidad de vestidos, pero no pueden comprarlos, al carecer de los medios necesarios para ello; y no disponen de esos medios porque no pueden seguir produciendo, y no pueden seguir produciendo porque han producido demasiado, porque en el mercado se ha acumulado una cantidad excesiva de telas. Los consejos de Ricardo, de “ampliar su producción” o “producir algo distinto” de nada les sirven. Estos obreros representan ahora una parte de la superpoblación momentánea, superpoblación de obreros, en nuestro ejemplo, de productores de tejidos.

Pero, además de estos obreros que trabajan directamente para el capital invertido en esta rama textil, la paralización del proceso de reproducción de esta industria afectará también a toda una serie de productores: hilanderos, cultivadores de algodón, fabricantes de husos y telares, productores de hierro y de carbón, etc. Todos estos productores verán entorpecido igualmente su proceso de reproducción, pues la reproducción del tejido es condición determinante de su propia reproducción. Este fenómeno se dará aun cuando estas otras ramas no haya *superproducción*, es decir, no produzcan en mayores proporciones de las que una próspera industria textil exija y justifique. Todas estas industrias tienen en común que no consumen sus ingresos (salarios y ganancias) en su propio producto, sino en las esferas que producen artículos de consumo (entre ellos, telas). Así, caen tanto el consumo como la demanda de telas, precisamente porque hay demasiadas en el mercado. Y caen también la demanda y el consumo de todas aquellas otras mercancías en que, siendo artículos de consumo, se invierten los ingresos de estos productores *indirectos* de telas. Los medios de que disponen para comprar telas y otros artículos de consumo menguan, todo por existir en el mercado demasiadas telas. Y esto afecta también a las demás mercancías que son artículos de consumo, que, de repente, se encuentran en una situación de sobreproducción *relativa*, al reducirse los medios necesarios para adquirirlas y, por tanto, su demanda. Es decir, que aunque en estas ramas de producción no se produzca en exceso, es como si también en ellas hubiera sobreproducción.

Si la sobreproducción no afecta solamente a los tejidos de algodón, sino también a los de lino, seda y lana, se comprende que la sobreproducción de estos artículos de gran consumo provoca una sobreproducción general (*relativa*) que afecta, en mayor o menor medida, a todo el mercado. Por un lado, exceso de todas las condiciones de reproducción y exceso de todas las clases de mercancías no vendidas en el mercado; por otro, capitalistas en bancarrota y masas obreras carentes de todo, en la miseria.

Sin embargo, este argumento es doble sentido. Si resulta fácil comprender cómo la superproducción en unos cuantos artículos de consumo fundamentales acarrea necesariamente una superproducción más o menos general ello no quiere decir, ni mucho menos, que se comprenda cómo puede desatarse la superproducción en estos artículos. El *fenómeno* de la sobreproducción general nace de la interdependencia entre los obreros que trabajan directamente en estas industrias textiles y los que trabajan en todas las ramas industriales que producen en las distintas fases preliminares sus condiciones de producción, su capital constante. Para estas segundas industrias, la sobreproducción es un efecto. Pero ¿cuál es la causa de la sobreproducción en las primeras? Las segundas seguirán produciendo mientras las primeras sigan desarrollando su producción, y esta continuidad de la producción parece asegurar la progresión general del ingreso, y con ello también un incremento de su propio consumo.

Discordancia entre la ampliación de la producción y la ampliación del mercado (XVII.13)

La producción aumenta de año en año por dos razones: primero, porque aumenta constantemente el capital invertido en la producción y, segundo, porque este capital se aplica siempre de un modo cada vez más productivo; durante la reproducción y la acumulación se van introduciendo continuamente pequeñas mejoras que acaban modificando toda la escala de la producción. Se produce una secuencia de mejoras, un desarrollo acumulativo de las fuerzas productivas. Al decir que la producción en permanente aumento necesita un mercado en expansión continua y que la producción se desarrolla más rápidamente que el mercado, sólo se está formulando de otra forma (más concreta) el fenómeno, pero no se está explicando. De hecho, el mercado se extiende más lentamente que la producción; es decir, durante el ciclo que recorre el capital en su reproducción (un ciclo en el que no se reproduce simplemente, sino que se reproduce en escala ampliada, describiendo no un círculo, sino una espiral), llega un momento en que el mercado resulta demasiado estrecho para la producción. Esto ocurre al final del ciclo y significa que el mercado está saturado de mercancías: el fenómeno de la sobreproducción se manifiesta entonces de manera evidente. Si el mercado hubiera acompañado el incremento de la producción, no habría sobreoferta, no habría sobreproducción.

Sin embargo, con el simple reconocimiento de que el mercado debe ampliarse con la producción se habría reconocido también, por otra parte, la posibilidad de una superproducción, ya que el mercado se halla geográficamente delimitado al exterior, el mercado interior aparece delimitado frente a un mercado que es interior y exterior y este último, a su vez, frente al mercado mundial, el cual, aunque pueda volver a delimitarse en todo momento, es de por sí susceptible de ampliación. Si, por tanto, se concede que el mercado debe ampliarse, que no debe desatarse una superproducción, hay que conceder asimismo que la superproducción puede desatarse, pues, como el mercado y la producción son dos campos indiferentes el uno con respecto al otro, cabe la posibilidad de que la ampliación de uno de los *no* se compagine con la del otro, de que los límites del mercado no se extiendan con la rapidez suficiente para la producción o de que nuevos mercados (nuevas expansiones del mercado) puedan verse rápidamente arrollados por la producción, de tal modo que el mercado ampliado siga constituyendo una restricción al igual que antes el más estrecho.

De ahí que Ricardo, consecuente consigo mismo, niegue la necesidad de que el *mercado se amplíe* al ampliarse la producción y crecer el capital. Según él, todo el capital existente en un país puede invertirse ventajosamente en el propio país. Por eso Ricardo polemiza con quien le inspiró sus ideas económicas (aunque las contrastara con su habitual sentido común): Adam Smith. Smith no llegó a conocer el fenómeno de la sobreproducción ni las crisis nacidas de la sobreproducción. Conocía únicamente las crisis crediticias y monetarias, que el sistema crediticio y bancario lleva por sí mismo aparejadas. En realidad, Smith veía en la acumulación del capital un aumento indiscutible de la riqueza nacional y del bienestar general. Por otro lado, concebía el desarrollo del mercado interior hacia el mercado exterior, colonial y mundial como prueba de una sobreproducción, por así decir, relativa (en sí) en el mercado interior. Vale la pena citar aquí la polémica de Ricardo contra Smith:

“Cuando los comerciantes invierten su capital en el comercio exterior o en el negocio de la importación, lo hacen siempre por su libre voluntad, y nunca bajo presión; lo hacen porque sus ganancias son, en aquellas ramas, un poco mayores que en el comercio interior. Adam Smith hace notar con razón que “la apetencia de alimento en cualquier ser humano está limitada por la capacidad de asimilación del estómago del hombre [Smith se equivoca aquí, al excluir los artículos de lujo de la agricultura] pero la apetencia de cosas agradables y bellas en la vivienda, de vestidos, muebles y menaje doméstico no parece encontrar ninguna clase de límites o restricciones”. Por tanto [concluye Ricardo], la naturaleza es la que felizmente se encarga de poner límites infranqueables a la magnitud del capital que puede invertirse en la agricultura, en un momento dado.”

¿Es que no hay pueblos que exportan productos agrícolas? ¿Como si, a pesar de la naturaleza, no se pudiera invertir en la agricultura todo el capital posible para producir, en

Inglaterra por ejemplo, melones, higos, uvas, flores, aves, caza, etc. (véase, por ejemplo, el capital que los romanos invirtieron solamente en piscicultura)! ¡Y como si las materias primas para la industria no se produjeran por medio del capital agrícola!

La naturaleza no ha puesto límite alguno a la magnitud del capital que puede emplearse para producir “las cosas agradables y bellas” de la vida.

¡Como si la naturaleza tuviera algo que ver con esto! Pero sigamos reproduciendo las palabras de Ricardo:

“El hombre aspira a procurarse estos placeres en la mayor abundancia posible, y si se dedica al comercio exterior o a la importación es, sencillamente, porque de este modo logra mejor su finalidad que produciendo en el país. Sin embargo, si por circunstancias especiales nos viésemos en la imposibilidad de invertir capitales en el comercio exterior, los invertiríamos dentro del país, aunque fuese con menores ventajas; y no existiendo ningún límite que ponga coto a la apetencia de “cosas agradables y bellas de la vida, los vestidos, el mobiliario y el ornato”, no puede haber tampoco ningún límite para el capital que pueda invertirse en procurarse estos placeres fuera de aquellos que circunscriben nuestra capacidad para mantener a los obreros llamados a producir los artículos destinados a satisfacerlos. Adam Smith habla del comercio internacional como si se este comercio no resultara de una libre elección sino de la necesidad de usar un capital que, de lo contrario, quedaría ocioso, como si el capital para el comercio interior pudiera desbordarse si no se le ponen límites. Según él, “si el capital de un país crece en tal proporción que no pueda, emplearse todo en atender el consumo y en mantener el trabajo productivo de ese país”, el sobrante se derramará necesariamente sobre el comercio internacional y se dedicará a cumplir las mismas funciones en otros países.”

Pero ¿acaso esa parte del trabajo productivo de Gran Bretaña no podría emplearse en fabricar otra clase de mercancías, para las que exista una demanda creciente en el país? Y, caso de que esto no fuese posible, ¿no podríamos emplear esa capacidad productiva, aunque fuese con menos ventaja, en fabricar esos artículos traídos de fuera del país o, cuando menos, sucedáneos de los mismos? Suponiendo que necesitásemos terciopelo, ¿no podríamos fabricarlo? o, de no lo lograrlo, ¿más paño o cualquier otro objeto apetecible en nuestro país? Fabricamos mercancías y con ellas compramos en el extranjero otras, porque de este modo podemos obtener una cantidad mayor de éstas que si las fabricásemos dentro del país. Tan pronto como nos viésemos privados de este comercio, empezariamos a fabricar esas mercancías nosotros mismos. Esta opinión de Smith difiere de todas sus teorías generales sobre el asunto.

“Cuando un país extranjero puede abastecernos de una mercancía a menor precio del que a nosotros nos cuesta fabricarla, es mejor comprársela, destinando a ello una parte del producto de nuestra propia industria, empleada así de un modo ventajoso para nosotros. Como la industria general de un país está siempre en proporción al capital empleado en ella, esto no la hará disminuir, sino que la empujará simplemente a encontrar el camino en que pueda sacarle mayor ventaja. [...]

Por tanto, aquellos que disponen de más medios de subsistencia de los que ellos mismos pueden consumir están siempre dispuestos a cambiar el sobrante o, lo que es lo mismo, su precio por cosas de otra clase. Lo que aún queda después de satisfacer las necesidades limitadas, se entrega para la satisfacción de aquellas apetencias que no parecen colmarse nunca ni tener límite. Los pobres, para poder comer, se aplican a satisfacer estos caprichos de los ricos, y con objeto de asegurarse mejor su vida rivalizan entre sí en cuanto a la baratura y la perfección de sus trabajos. El número de obreros crece al crecer la cantidad de medios de subsistencia o al aumentar y mejorar progresivamente el cultivo de la tierra, y como la naturaleza de sus actividades, la más extensa división del trabajo, la cantidad de materiales que los obreros pueden trabajar, crece en una proporción mucho mayor que el número de éstos. De este modo surge la demanda de toda clase de materiales susceptibles de ser empleados por el ingenio humano, ya sea para utilidad o para adorno, en la edificación, el vestido, el mobiliario o el ornato, de los fósiles y minerales que descansan en las entrañas de la tierra, de los metales finos y las piedras preciosas.

De estas concepciones se desprende que no existe ningún límite para la demanda, para la inversión de capital, siempre y cuando ésta rinda una ganancia y que, por muy abundante que el capital pueda ser, la única razón adecuada para explicar la baja de la ganancia es la subida de los salarios, pudiendo también añadir que la única causa adecuada y permanente del alza de los salarios está en la dificultad cada vez mayor de procurar medios de subsistencia y artículos de primera necesidad a un número cada vez mayor de trabajadores.”

La contradicción entre el incontenible desarrollo de las fuerzas productivas y el carácter limitado del consumo, como base de la superproducción. La teoría sobre la imposibilidad de una superproducción general es una teoría apologética (XVII.14)

El término de *sobreproducción* induce, de por sí, a error. Es indudable que mientras no queden satisfechas las necesidades más apremiantes, ni siquiera las más elementales, de una gran parte de la sociedad, no puede hablarse en modo alguno de una *sobreproducción de productos*, como si la masa de productos fuese excesiva en relación a las necesidades que se trata de cubrir. Hay que hablar, por el contrario, que, a base de la producción capitalista, en este sentido, existe constantemente *subproducción*. El límite de la producción es la ganancia del capitalista y no son, en modo alguno, las necesidades de los productores. Debe afirmarse que, dentro del régimen de producción capitalista, la producción es, en este sentido, inferior y no superior a lo que debiera ser. Pero una cosa es la sobreproducción de productos y otra muy distinta la sobreproducción de *mercancías*. Cuando Ricardo afirma que la forma mercancía es indiferente para el producto, que la *circulación de mercancías* sólo se distingue formalmente del trueque, que el valor de cambio no es más que una forma evanescente del intercambio de materias y que el dinero es, por tanto, un simple medio formal de circulación, lo que Ricardo dice, en rigor, es que el modo de producción burgués es el modo de producción absoluto y también, por consiguiente, el modo de producción sin determinación específica precisa y lo determinado en él, por tanto, algo puramente formal. Por eso no pude reconocer tampoco que el modo burgués de producción entraña un límite para el libre desarrollo de las fuerzas productivas, límite que se pone de manifiesto en las crisis y, entre otras cosas, en la *superproducción*, que es el fenómeno fundamental de las crisis.

De las tesis que cita, aprueba y retoma de Smith, Ricardo deduce que la “apetencia” desmedida de valores de uso de toda clase se satisface siempre en la medida en que se reduce más o menos la masa de los productores a consumir lo estrictamente necesario, es decir, en la medida en que esta gran masa de productores queda más o menos excluida del consumo de las riquezas, de lo que se sale del marco de lo estrictamente necesario.

Esto ya era así, y en mayor grado aun, en la Antigüedad, con su producción esclavista. Pero los antiguos no tenían en mente convertir el producto sobrante en capital o, si lo pensaban, lo hacían en muy menor medida. La abundancia de tesoros que acumulaban da fe de la gran cantidad de producto sobrante que quedaba baldío en la Antigüedad. Además, destinaban una gran parte del producto sobrante a gastos improductivos: obras de arte, monumentos religiosos, obras públicas, etc. Su producción no pretendía ni buscaba la liberación y despliegue de las fuerzas materiales productivas, la división del trabajo, la maquinaria, el uso de las fuerzas naturales y de la ciencia en la producción privada. En general, los antiguos no superaron la etapa del trabajo artesano. Por eso la riqueza que creaban para el consumo privado era relativamente pequeña, aunque nos parezca grande por estar concentrada en pocas manos, las cuales, por lo demás, no sabían qué hacer con ella. Por tanto, no existía la sobreproducción, pero sí existía el *superconsumo* entre los ricos, superconsumo que en los últimos tiempos de Roma y de Grecia degeneró en despilfarros insensatos. Los pocos comerciantes que había vivían, en parte, a expensas de unas naciones sustancialmente pobres. La moderna sobreproducción se basa en el desarrollo incesante de las fuerzas productivas y, por tanto, de la producción en masa, basada, por un lado, en las necesidades de consumo de la masa de los productores y, por otro, en el límite que representa la ganancia del capitalista.

Todas las dificultades, que Ricardo y otros autores ven en la sobreproducción, derivan de que consideran la producción burguesa bien como un régimen de producción en el que no existe ninguna distinción entre la compra y la venta (comercio directo), o bien como una producción social a través de la cual la sociedad distribuye sus medios de producción y sus fuerzas productivas con arreglo a un plan preestablecido respecto al grado y medida en que se satisfacen sus distintas necesidades, correspondiendo a cada rama de producción la *parte alícuota* del capital social precisa para satisfacer la necesidad a que esa rama responde. Esta ficción obedece, pura y simplemente, a una incapacidad para concebir la forma específica de la producción burguesa, y esta incapacidad responde, a su vez, al afán de ver en la producción burguesa la producción sin más. Exactamente lo mismo que quienes creen en una determinada religión ven en ella la religión pura y simple, considerando *falsas* todas las demás religiones.

Cabría preguntarse más bien, a la inversa: ¿cómo es posible que, tomando como base la producción capitalista, en que cada cual trabaja para sí y el trabajo específico es, al mismo tiempo, su reverso, trabajo general abstracto, y se representa necesariamente bajo esta forma de trabajo social, se establezcan la nivelación y la cohesión indispensables entre las diversas esferas de producción, la medida y la proporción entre ellas, más que mediante la constante superación de una desarmonía constante? Y así se reconoce, además, cuando se habla de las compensaciones de la competencia, las cuales presuponen que existe algo que compensar y que, por tanto, la armonía es siempre el resultado de un movimiento de superación de la desarmonía existente.

He aquí también por qué Ricardo reconoce que el mercado puede estar saturado de determinadas mercancías. Lo que *tiene por imposible es que el mercado esté saturado de manera general y simultánea*: no niega la posibilidad de la sobreproducción en una determinada esfera de producción, pero sí la niega como fenómeno que se dé simultáneamente en todas las ramas de producción; es decir, sostiene la imposibilidad de una sobreproducción general. Esta afirmación debe hacerse siempre con precaución pues, en momento, de sobreproducción general, la sobreproducción en determinadas ramas puede ser tan sólo un *efecto* de la sobreproducción de los productos de mayor venta, de modo que sería en rigor una sobreproducción *relativa* que se da como consecuencia de una sobreproducción en otras ramas.

Pero los economistas burgueses hacen el razonamiento inverso. La sobreproducción de productos de mayor venta (los únicos que tenderían a la sobreproducción activa, por producirse en masa y con métodos industriales) sólo se daría por existir sobreproducción en los productos con tendencia a la sobreproducción pasiva o relativa. Según esto, la sobreproducción existe, precisamente, porque no es *general*. Es decir, sostienen la idea de la *relatividad* de la sobreproducción: la sobreproducción real de algunas ramas de producción determina la de otras. No existe sobreproducción general, porque de existir, todas las ramas de producción mantendrían la misma proporción entre sí, por tanto, sobreproducción general equivaldría a producción proporcionada, lo que excluye la sobreproducción. Y esto lo alegan esos economistas como argumento contra la sobreproducción general. Como, según esto, una sobreproducción general en términos absolutos no sería tal sobreproducción, sino el desarrollo normal de la capacidad productiva en todas las ramas de producción, deducen que no puede existir una *verdadera sobreproducción* universal. En definitiva, habría sobreproducción precisamente porque la sobreproducción no puede ser universal.

Analizando de cerca este lamentable sofisma, vemos que se reduce a lo siguiente: suponiendo que existe sobreproducción de hierro, de telas, de seda, de paño, etc., no podrá decirse, por ejemplo, que hay sobreproducción de estos artículos porque haya infraproducción de carbón pues la sobreproducción de hierro, etc., supone también la sobreproducción de carbón, del mismo modo que la sobreproducción de tejidos supone la de hilados. Sí cabría, en cambio, la posibilidad de una sobreproducción de hilados con respecto a los tejidos, de hierro con respecto a la maquinaria, etc., lo que no sería sino un caso de sobreproducción relativa de capital constante. No puede, por tanto, hablarse de infraproducción de aquellos productos cuya sobreproducción está implícita desde el momento en que entran como elementos, materias primas, materias auxiliares, en aquellos otros productos (componentes producidos en exceso y con una sobreoferta tal que el capital invertido no puede recuperarse) o como medios de producción cuya sobreproducción positiva constituye precisamente el fenómeno a explicar. Pero

quedaría por explicar el caso de los productos que ni son los de mayor venta ni forman parte (como productos intermedios) del proceso de producción de otras ramas, por lo que su nivel de producción no está ligado al nivel de producción de productos finales. Por otro lado, nada impide que un producto intermedio, más allá de estar ligado al nivel de producción de unos productos finales, se sobreproduzca, dándose una sobreproducción dentro de la sobreproducción principal: así, por ejemplo, aunque se produzca la cantidad de carbón necesaria para alimentar todas las industrias en las que el carbón es condición necesaria de producción, podría darse una sobreproducción de carbón mayor a la implícita en la sobreproducción de hierro, de hilados, etc. Esto, no sólo es posible, sino que es muy probable. En efecto, la producción de carbón, la de hilados y la de cualquier otra rama que sea condición previa y fase preliminar para la producción en otra rama de un producto terminado no se atiende a la demanda inmediata para una producción directa y una reproducción proporcionada, sino a una estimación del ritmo de crecimiento que pueda alcanzar la producción, y no cabe duda de que el cálculo estimativo puede ser superior a la demanda real. Sin embargo, esos economistas pretenden buscar la raíz de la *sobreproducción* en el hecho de que no se produzca bastante, de que exista *infraproducción* de otros artículos, ya sea, por ejemplo, por malas cosechas, pero también por *infraproducción* de pianos, piedras preciosas, etc.

Lo absurdo del sofisma queda aún más patente cuando se pretende, como han hecho Say y otros autores, darle una lectura internacional. Se dice, por ejemplo, que no es que Inglaterra *produzca de más*, sino que Italia *produce de menos* y que si Italia, primero, tuviese capital suficiente para suplir el capital inglés que importó en forma de mercancías y si, luego, invirtiese ese capital para producir bienes solicitados por el capital inglés, no habría sobreproducción. Según este razonamiento no habría ninguna sobreproducción *real* en Inglaterra (respecto a la producción real en Italia) sino sólo una *infraproducción imaginaria de Italia*; imaginaria, por cuanto el razonamiento presupone que Italia tendría un capital y un desarrollo de la capacidad productiva que no tiene; imaginaria, también, porque parte de la premisa, también utópica, de que este capital inexistente en Italia sería invertido precisamente para que la oferta inglesa y la demanda italiana coincidan, para que la producción inglesa y la italiana se complementen. Dicho de otra manera: no habría sobreproducción si la oferta y la demanda se compensan y si el capital se distribuye de manera adecuada entre todas las ramas de producción, de modo que la producción de un artículo traiga consigo el consumo de otro, es decir, su propio consumo. En definitiva: no habría sobreproducción si la sobreproducción no existiese. Pero como la producción capitalista sólo puede aflojar las riendas en algunas ramas y bajo determinadas condiciones, la producción capitalista dejaría de existir, en realidad, si tuviese que desarrollarse por igual y al mismo tiempo en todas sus ramas. Y como la sobreproducción se da en términos absolutos en estas ramas, se da también, relativamente, en las ramas en las que no se sobreproduce.

Pretender explicar la sobreproducción de una rama por la *infraproducción* de otra equivale, sencillamente, a decir que no habría sobreproducción si la producción fuese proporcionada. Es decir, si hubiese equilibrio entre oferta y demanda. O, también, si todas las ramas de producción usaran y desarrollaran las mismas posibilidades de la producción capitalista (división del trabajo, maquinaria, exportación, producción en masa, etc.) y, además, si todos los países que comercian entre sí tuvieran la misma capacidad de producción (de productos distintos pero complementarios). Dicho en términos más abstractos aún: no existiría sobreproducción en una rama o país si la sobreproducción afectase a todas las ramas o países por igual. Pero, al no ser el capital lo suficientemente grande para sobreproducir en esta escala universal, se dan sobreproducciones parciales.

Veamos más de cerca esta fantasía.

Se admite que pueda haber sobreproducción en cada rama específica. Pero la única razón que, al parecer, impide que haya una sobreproducción simultánea en todas las ramas es el hecho de que unas mercancías se cambian por otras; es decir, nuevamente, la premisa del trueque. Sin embargo, esta premisa queda descartada tan pronto como el comercio de mercancías deja de basarse en el trueque, es decir, cuando el vendedor de una mercancía no es necesariamente, al mismo tiempo, comprador de otra. Esta premisa, por tanto, prescinde del

dinero para obviar así que no se trata de un intercambio de productos, sino de la circulación de mercancías, con su intrínseca disociación entre compra y venta.

Como sabemos, la circulación del capital implica *posibilidad* de trastornos. Por ejemplo, en la reversión del dinero a sus condiciones de producción: no se trata sólo de volver a convertir el dinero en los mismos (o parecidos) valores de uso, sino que para que el proceso de reproducción se repita, es esencial que estos valores de uso puedan obtenerse por su antiguo valor (y tanto mejor, naturalmente, por un valor más bajo). Puede ocurrir, sin embargo, que la parte más significativa de estos elementos de reproducción, la formada por las materias primas, aumente por dos causas: porque los medios de producción aumenten en proporción más rápida que la cantidad disponible de materias primas y por el carácter variable de las cosechas. El clima, en efecto, como señala acertadamente John Tooke, tiene una gran importancia en la industria moderna (lo mismo cabe decir de la relación entre salarios y productos de subsistencia). La reconversión del dinero en mercancías, al igual que la transformación de la mercancía en dinero, puede así tropezarse con dificultades y suscitar posibilidades de crisis. Si sólo se considera la circulación simple y no la circulación de capital, esta dificultad no se da. (Existen, además, toda una serie de factores, de condiciones, de posibilidades de crisis que sólo pueden examinarse estudiando las relaciones concretas en las que se dan, a saber: la competencia de capitales y el crédito.)

Se niega la *sobreproducción de mercancías* pero se reconoce, en cambio, la *sobreproducción de capital*. Ahora bien, el capital está formado por mercancías o, cuando consiste en dinero, tiene que volver a convertirse en mercancías de una u otra clase, para poder funcionar como capital. ¿Qué significa, entonces, *sobreproducción de capital*? Significa, simplemente, sobreproducción de masas de valor destinadas a crear plusvalía o, si nos fijamos en el contenido material, sobreproducción de mercancías destinadas a la reproducción; es decir, reproducción *en una escala demasiado grande*, lo que vale tanto como decir, llanamente, sobreproducción.

Esto, a su vez, significa, pura y simplemente, que se produce demasiado con fines de *enriquecimiento* o que se destina una parte demasiado grande del producto, no para ser consumido como renta, sino *para producir más dinero*, para ser acumulado; no para cubrir las necesidades privadas de su poseedor, sino para suministrarle la riqueza social abstracta de la sociedad: dinero y mayor poder sobre el trabajo ajeno, más capital. Esto es lo que, por un lado, están diciendo esos economistas (aunque Ricardo lo niegue). Y, por otro, ¿cómo explican la sobreproducción de las mercancías? La explican diciendo que la producción no está suficientemente desarrollada y diversificada, que determinados productos aún no se producen en cantidades suficientes. Es evidente que no pueden referirse al consumo industrial, pues el fabricante que produce exceso de telas, necesariamente, aumenta su demanda de hilados, de maquinaria, de trabajo, etc. Se refieren, por tanto, al consumo privado: se produce demasiada tela y demasiado pocas naranjas. Primero, obviaron el dinero para poder ignorar la separación entre compra y venta. Ahora niegan el capital, al convertir a los capitalistas en personas que tan sólo realizan la operación M - D - M y que producen para el consumo individual y no como capitalistas, es decir, con afán de enriquecimiento, revirtiendo parte de la plusvalía en capital. De modo que la admisión de que puede haber *demasiado capital* sólo puede significar una cosa: que se consume y sólo puede consumirse, en las condiciones actuales, una parte demasiado pequeña de la renta. (Para Sismondi, las crisis son una desproporción entre producción y consumo).

¿Por qué el fabricante de telas exige del agricultor que consuma más telas o éste pide que aquél consuma más trigo? ¿Por qué el fabricante de telas no gasta una parte mayor de su renta, de su plusvalía, en telas y el agricultor, en trigo? Cada uno, por su cuenta, contestará que sus necesidades de capital (más allá de los límites de su consumo) se lo impiden. Pero si se les pregunta a todos simultáneamente, no lo reconocerán así.

(Aquí, hacemos totalmente caso omiso del elemento de las crisis, que responde al hecho de que las mercancías se reproducen más baratas de lo que se producen. De ahí depreciación de las mercancías que se hallan en el mercado.)

Todas las contradicciones de la producción burguesa estallan colectivamente en las crisis generales del mercado mundial, y en las crisis especiales (*especiales*, por su contenido y extensión), sólo de un modo disperso, aislado, unilateral.

La sobreproducción tiene como condición, especialmente, la ley general de producción del capital, que consiste en producir a tono con las fuerzas productivas (es decir, la posibilidad de explotar el mayor volumen posible de trabajo, con un volumen dado de capital) sin preocuparse de los límites establecidos por el mercado o por las necesidades solventes, y llevar a cabo esto mediante la ampliación constante de la reproducción y la acumulación, es decir, mediante la constante retroversión del ingreso en capital, mientras que, de otra parte, la masa de los productores sigue ateniéndose necesariamente a la medida media de las necesidades y a la base de la producción capitalista.

(*Teorías sobre la plusvalía*, Segunda Parte, XVII.6.7.8. 9.10.11.12.13 y 14 “Teoría de la acumulación de Ricardo. Crítica de ella. (Desarrollo de las crisis, partiendo de la forma fundamental del capital)”)

La explicación por el subconsumo no es más que una tautología

Es una perogrullada decir que las crisis surgen de la falta de consumo solvente o de consumidores capaces de pagar. El sistema capitalista no conoce ninguna clase de consumo que no sea solvente, si se exceptúan los pobres de misericordia y los “granujas”. Que las mercancías sean invendibles significa únicamente que no se han encontrado compradores capaces de pagar por ellas, y por tanto consumidores (ya que las mercancías, en última instancia, se compran con vistas al consumo productivo o individual). Pero si se quiere dar a esta tautología una apariencia de fundamentación profunda diciendo que la clase obrera recibe una parte demasiado exigua de su propio producto, y que por ende el mal se remediaría no bien recibiera aquélla una fracción mayor de dicho producto, no bien aumentara su salario, pues, bastará con observar que invariablemente las crisis están precedidas siempre, precisamente, por un período en que el salario sube de manera general y la clase obrera obtiene realmente una porción mayor de la parte del producto anual destinada al consumo. Desde el punto de vista de estos caballeros del “sencillo” (!) sentido común, esos períodos, a la inversa, deberían conjurar las crisis. Parece, pues, que la producción capitalista implica condiciones que no dependen de la buena o mala voluntad, condiciones que sólo toleran momentáneamente esa prosperidad relativa de la clase obrera, y siempre en calidad de pájaro agorero de la crisis

(*El Capital, Libro Segundo*, Sección Tercera, IV. “El cambio dentro del sector II. Medios de vida necesarios y artículos de lujo”.

Las contradicciones internas de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia

Veámos en la sección primera de este libro que la tasa de ganancia expresa siempre la tasa de plusvalía más bajo de lo que es. Ahora hemos visto que incluso una cuota ascendente de plusvalía tiende a expresarse en una tasa de ganancia decreciente. La tasa de ganancia sólo podría ser igual a la tasa de plusvalía si c [capital constante] = 0, es decir, si el capital se invirtiese íntegramente en salarios. Una cuota decreciente de ganancia sólo expresa una cuota decreciente de plusvalía cuando la proporción entre el valor del capital constante y la cantidad de fuerza de trabajo que lo pone en movimiento permanezca invariable, o cuando ésta aumente en proporción al valor del capital constante.

[...]

La baja de la tasa de ganancia y la acumulación acelerada sólo son diferentes expresiones del mismo proceso en la medida en que ambas expresan el desarrollo de la fuerza

productiva. Por su parte, la acumulación acelera el descenso de la tasa de ganancia, en tanto con ella está dada la concentración de los trabajos en gran escala y, por consiguiente, una más alta composición del capital. Por otra parte, la baja de la tasa de ganancia acelera, a su vez, la concentración del capital y su centralización mediante la expropiación de los capitalistas menores, mediante la expropiación del último resto de productores directos a los cuales aún les queda algo que expropiar. De esa manera se acelera, por otro lado, la acumulación, con arreglo a su masa, aunque con la tasa de ganancia disminuya la tasa de la acumulación. Por otra parte, en tanto la tasa de valorización del capital global, la tasa de ganancia, es el acicate de la producción capitalista (así como la valorización del capital es su único objetivo), su baja torna más lenta la formación de nuevos capitales autónomos, apareciendo así como una amenaza para el desarrollo del proceso capitalista de producción, promueve la sobreproducción, la especulación, las crisis y el capital superfluo, además de la población superflua. Por consiguiente, aquellos economistas que, como Ricardo, consideran como absoluto el modo capitalista de producción, sienten aquí que ese modo de producción se crea una barrera a sí mismo, por lo cual atribuyen esa limitación no a la producción, sino a la naturaleza (en la teoría de la renta). Pero lo importante de su horror a la tasa decreciente de ganancia es la sensación de que el modo capitalista de producción halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera que nada tiene que ver con la producción de la riqueza en cuanto tal, y esta barrera peculiar atestigua la limitación y el carácter solamente histórico y transitorio del modo capitalista de producción; atestigua que éste no es un modo de producción absoluto para la producción de la riqueza, sino que, por el contrario, llegado a cierta etapa, entra en conflicto con el desarrollo ulterior de esa riqueza.

[...]

... el supuesto de que parte Ricardo, a saber, el de que la ganancia industrial (más el interés) empieza absorbiendo la plusvalía íntegra, es falso, tanto históricamente como desde el punto de vista de los conceptos. Es más bien el progreso de la producción capitalista el que: 1º asigna al capitalista industrial y comercial la ganancia íntegra de primera mano, para que ellos la distribuyan, y 2º el que reduce la renta del suelo al remanente que queda después de cubrir la ganancia. Sobre esta base capitalista se desarrolla luego, a su vez, la renta del suelo, que constituye una parte de la ganancia (es decir, de la plusvalía considerada como producto del capital total), pero no la parte específica del producto que el capitalista se embolsa.

Suponiendo la existencia de los medios de producción necesarios, es decir de una suficiente acumulación de capital, la creación de plusvalor no halla otro obstáculo que la población obrera si está dada la tasa del plusvalía, es decir el grado de explotación del trabajo, y ningún otro obstáculo que el grado de explotación del trabajo si está dada la población obrera. Y el proceso capitalista de producción consiste esencialmente en la producción de plusvalía, representada en el plusproducto, o en la parte alícuota de las mercancías producidas en la cual el trabajo impago se halla objetivado. Nunca hay que olvidar que la producción de esta plusvalía y la reconversión de una parte de la misma en capital, o sea la acumulación, constituye una parte integrante de esta producción de la plusvalía es el objetivo directo y el motivo determinante de la producción capitalista. Por eso jamás hay que presentarla como lo que no es, es decir como una producción que tiene por objetivo directo el disfrute o la creación de medios de disfrute para los capitalistas. Al suponer esto se prescinde por entero de su carácter específico, que se presenta en toda su figura medular interna.

[...]

Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. Divergen no sólo en cuanto a tiempo y lugar, sino también conceptualmente. Unas sólo están limitadas por la fuerza productiva de la sociedad, mientras que las otras sólo lo están por la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero esta capacidad no está determinada por la fuerza absoluta de producción ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo sobre la base de relaciones antagónicas de distribución, que reduce el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo solamente modificable dentro de límites más o menos estrechos. Además está limitada por el impulso de acumular, de acrecentar el capital y producir plusvalía en escala ampliada. Esto es una ley para la producción capitalista, dada por las constantes revoluciones en los métodos

mismos de producción, la desvalorización de capital existente, vinculada con ellas de manera constante, la lucha competitiva generalizada y la necesidad de mejorar la producción y de expandir su escala, sólo como medio de mantenerse y so pena de sucumbir. Por ello hay que expandir constantemente el mercado, de modo que sus vinculaciones y las condiciones que las regulan asuman cada vez más la figura de una ley natural independiente de los productores, se tornen cada vez más incontrolables. La contradicción interna trata de compensarse por expansión del campo externo de la producción. Pero cuanto más se desarrolla la fuerza productiva, tanto más entra en conflicto con la estrecha base en la cual se fundan las relaciones de consumo. Sobre esta base plena de contradicciones no es en modo alguno una contradicción el que el exceso de capital esté ligado a un creciente exceso de población; pues aunque combinando ambos aumentaría el volumen del plusvalía producida, también aumentaría con ello la contradicción entre las condiciones en las cuales se produce esa plusvalía, y las condiciones en que se realiza.

Dada determinada tasa de la ganancia, la masa de la ganancia siempre dependerá de la magnitud del capital adelantado. Pero la acumulación está determinada por la parte de dicha masa que se reconvierte en capital. Sin embargo, esa parte, puesto que es igual a la ganancia menos el rédito consumido por el capitalista, no sólo dependerá del valor de dicha masa, sino también de la baratura de las mercancías que el capitalista puede comprar con ella en parte, de las mercancías que entran en su consumo, en su rédito, y en parte de las que entran en su capital constante. (En este caso se supone al salario como dado.)

La masa del capital que el obrero pone en movimiento, y cuyo valor conserva y hace reaparecer en el producto en virtud de su trabajo, es totalmente diferente del valor que aquél agrega. Si la masa del capital es = 1.000 y el trabajo agregado = 100, el capital reproducido será = 1.100. Si la masa es = 100 y el trabajo agregado = 20, el capital reproducido será = 120. La tasa de ganancia será en el primer caso = 10 %, y en el segundo = 20 %. Y sin embargo puede acumularse más a partir de 100 que a partir de 20. Y así avanza la corriente del capital (al margen de su desvalorización por acrecentamiento de la fuerza productiva) o su acumulación en relación con la pujanza que ya posee, y no en relación con el nivel de la tasa de ganancia. Una elevada tasa de ganancia, en la medida en que se base en una elevada tasa de plusvalía es posible si la jornada laboral es muy prolongada, a pesar de ser improductivo el trabajo; es posible porque las necesidades de los obreros son sumamente exiguas, y por consiguiente muy bajo el salario medio, aunque el trabajo sea improductivo. El bajo nivel del salario corresponderá a la falta de energía de los obreros. En este proceso el capital acumula con lentitud, a pesar de la elevada tasa de ganancia. La población está estancada, y el tiempo de trabajo que cuesta el producto es grande, aunque el salario pagado al obrero sea pequeño.

La tasa de ganancia disminuye no porque se explote menos al obrero, sino porque en general se emplea menos trabajo en relación con el capital empleado. Si, tal como se ha demostrado, coincide un descenso en la tasa de ganancia con el aumento en la masa de la ganancia, el capitalista se apropiará de una parte mayor de producto anual del trabajo bajo la categoría de capital (como reposición de capital consumido), y de una parte relativamente menor bajo la categoría de ganancia. De ahí la fantasía del cura Chalmers, en el sentido de que cuanto menor sea la parte del producto anual que los capitalistas gasten como capital, tanto mayores serán las ganancias que engullan; a cuyos efectos acude en su auxilio la iglesia estatal, velando por el consumo, en lugar de la capitalización, de una gran parte del plusproducto. El cura confunde la causa y el efecto. Por lo demás, la masa de la ganancia, incluso si la tasa es menor, también aumenta con la magnitud del capital desembolsado. Sin embargo, esto condiciona al mismo tiempo la concentración del capital, puesto que ahora las condiciones de producción imponen el empleo masivo de capital. Asimismo condiciona su centralización, es decir que los capitalistas grandes devoren a los pequeños, y la descapitalización de estos últimos. Se trata una vez más, sólo que elevada a la segunda potencia, de la escisión entre las condiciones de trabajo y los productores, entre quienes se cuentan aún estos pequeños capitalistas, ya que para ellos su propio trabajo todavía tiene importancia, en general, el trabajo del capitalista se halla en proporción inversa a la magnitud de su capital, es decir al grado en el cual es capitalista. Esta escisión entre las condiciones de trabajo, por una parte, y los productores, por la otra, es lo que constituye el concepto del capital: se inaugura con

la acumulación originaria (libro I, cap. XXIV), aparece luego como proceso constante en la acumulación y concentración del capital y se manifiesta aquí, finalmente, como centralización de capitales ya existentes en pocas manos y descapitalización de muchos (que bajo esta forma modificada se presenta ahora la expropiación). Este proceso pronto provocaría el colapso de la producción capitalista, si no operasen constantemente tendencias contrarias con un efecto descentralizador, junto a la fuerza centrípeta.

(*El Capital*, Libro Tercero, Sección Tercera, XV.1. “Desarrollo de las contradicciones internas de la ley”)

Los factores que contrarrestan la baja de la tasa de beneficio

Con referencia a la fuerza de trabajo empleada, el desarrollo de la fuerza productiva vuelve a manifestarse en dos aspectos: primero, en el aumento del plustrabajo, es decir en la abreviación del tiempo de trabajo necesario que se requiere para la reproducción de la fuerza de trabajo. Segundo, en la disminución de la cantidad de fuerza de trabajo (número de obreros) que se emplea, en general, para poner en movimiento un capital dado.

Ambos movimientos no sólo corren parejos, sino que se condicionan recíprocamente, son manifestaciones en las que se expresa una misma ley. Sin embargo, influyen en sentido opuesto sobre la tasa de ganancia. La masa global de la ganancia equivale a la masa de ganancia de la plusvalía; la cuota de ganancia = p / C = plusvalía / capital invertido. Pero la plusvalía, en tanto suma global, está determinada en primer lugar por su tasa, pero en segunda instancia por la masa del trabajo simultáneamente empleado con esa tasa, o lo que es lo mismo, por la magnitud del capital variable. En un sentido aumenta uno de los factores, la tasa del plusvalía, en el otro disminuye (relativa o absolutamente) el otro factor, el número de obreros. En tanto el desarrollo de la fuerza productiva hace disminuir la parte retribuida del trabajo empleado, acrecienta la plusvalía porque acrecienta su tasa, pero en la medida en que hace disminuir la masa global del trabajo empleado por un capital dado, hace disminuir el factor del número por el cual se multiplica la tasa de plusvalía para obtener su masa. Dos obreros que trabajan 12 horas diarias, no pueden producir la misma masa de plusvalía que 24 obreros que sólo trabajan 2 horas cada cual, inclusive si pudiesen vivir del aire, por lo cual no tendrían que trabajar en absoluto para sí mismos. Por eso, en este aspecto, la compensación de la mengua en el número de obreros mediante el incremento del grado de explotación del trabajo encuentra ciertos límites insuperables; por lo tanto puede ciertamente obstaculizar la baja de la tasa de ganancia, pero no anularla.

Por consiguiente, con el desarrollo del modo capitalista de producción disminuye la tasa de la ganancia, mientras que su masa aumenta al aumentar la masa del capital empleado. Dada la tasa, la masa absoluta en que aumenta el capital dependerá de la magnitud actual del mismo. Pero, por otra parte, dada esta magnitud, la relación en la cual aumenta, la tasa de su crecimiento, depende de la tasa de ganancia. El incremento de la fuerza productiva (que, por lo demás, y como ya se indicara, siempre corre paralelo a la desvalorización del capital existente) sólo puede hacer aumentar directamente la magnitud de valor del capital si incrementa, por elevación de la tasa de ganancia, la parte de valor del producto anual que se reconvierte en capital. En la medida en que entra en consideración la fuerza productiva del trabajo, esto sólo puede ocurrir (ya que esa fuerza productiva nada tiene que ver directamente con el valor del capital existente) en tanto de ese modo se eleve la plusvalía relativa o se reduzca el valor del capital constante, es decir que se abaraten las mercancías que entran en la reproducción de la fuerza de trabajo o en los elementos del capital constante. Pero ambas cosas implican una desvalorización del capital existente, y ambas cosas corren parejas con la reducción de capital variable respecto al capital constante. Ambas cosas provocan la baja en la tasa de ganancia, y ambas enlentece esa baja. Además, en tanto un aumento en la tasa de ganancia causa un aumento en la demanda de trabajo influye sobre el aumento de la población obrera y, por ende, del material explotable que convierte el capital en tal capital.

Pero el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo contribuye, indirectamente, al acrecentamiento del valor de capital existente, al hacer aumentar el volumen y la variedad de los valores de uso en los que se presenta el mismo valor de cambio, y que constituyen el sustrato material, los elementos materiales, del capital, los objetos materiales en los que consiste directamente el capital constante, y cuando menos indirectamente el capital variable. Con el mismo trabajo se crean más cosas que pueden ser transformadas en capital, al margen de su valor de cambio. Cosas que pueden servir para absorber trabajo adicional, es decir también plus-trabajo adicional, y de esa manera constituir capital adicional. La masa de trabajo que puede comandar el capital no depende de su valor, sino de la masa de materias primas y auxiliares, de la maquinaria y de los elementos del capital fijo, de los medios de subsistencia que componen ese capital, cualquiera que sea el valor de todos esos componentes. Al aumentar de esa manera la masa del trabajo empleado, y en consecuencia también del plus-trabajo, también aumenta el valor del capital reproducido y la plusvalía nueva que le ha sido adicionada.

Pero estos dos factores comprendidos en el proceso de acumulación no sólo deben considerarse simplemente en su posición yacente, como lo hace Ricardo, los mismos implican una contradicción que se manifiesta en tendencias y manifestaciones contradictorias. Las fuerzas impulsoras antagónicas operan a la vez unas contra otras.

Simultáneamente con los estímulos para el aumento real de la población obrera, emanados del aumento en la parte del producto social global que actúa como capital, operan las fuerzas impulsoras que crean una sobrepoblación solamente relativa.

Simultáneamente con la baja de la tasa de la ganancia aumenta la masa de los capitales, y corre parejas con ella una desvalorización del capital ya existente que contiene esta baja y da un impulso acelerado a la acumulación de valor de capital.

Simultáneamente con el desarrollo de la capacidad productiva se eleva cada vez más la composición del capital, disminuye relativamente la parte variable con respecto a la parte constante.

Estas diversas influencias se hacen sentir, ora de manera más yuxtapuesta en el espacio, ora de manera más sucesiva en el tiempo, el conflicto entre las fuerzas impulsoras antagónicas se desahoga periódicamente mediante crisis. Éstas siempre son sólo soluciones violentas momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por el momento el equilibrio perturbado.

Expresada de una manera totalmente general, la contradicción consiste en que el modo capitalista de producción implica una tendencia al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, con prescindencia del valor y de la plusvalía encerrada en él, y haciendo abstracción asimismo de las relaciones sociales dentro de las cuales se efectúa la producción capitalista; mientras que, por otra parte, tiene como finalidad la conservación del valor de capital existente y su valorización en medida extrema (es decir, el acrecimiento constantemente acelerado de ese valor). Su carácter específico está orientado hacia el valor existente de capital en cuanto medio para la mayor valorización posible de dicho valor. Los métodos mediante los cuales lo logra incluyen: disminución de la tasa de ganancia, desvalorización del capital ya existente y desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo a cota de las fuerzas productivas ya producidas.

La desvalorización periódica del capital ya existente, que es un medio inmanente al modo capitalista de producción para contener la baja en la tasa de ganancia y para acelerar la acumulación de valor de capital mediante la formación de capital nuevo, perturba las condiciones dadas dentro de las cuales se lleva a cabo el proceso de circulación y reproducción del capital, por lo cual está acompañada por paralizaciones súbitas y crisis del proceso de producción.

La disminución relativa del capital variable con respecto al constante, que corre parejas con el desarrollo de las fuerzas productivas, incentiva el crecimiento de la población obrera, mientras crea permanentemente una sobrepoblación artificial. La acumulación del capital, considerada con arreglo al valor, resulta enlentecida por la disminución de la tasa de ganancia, para acelerar aun más la acumulación del valor de uso, mientras que ésta, a su vez, imprime un movimiento acelerado a la acumulación con arreglo al valor.

La producción capitalista tiende constantemente a superar estos límites que le son immanentes, pero sólo lo consigue en virtud de medios que vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en escala aun más formidable.

El *verdadero límite* de la producción capitalista lo es *el propio capital*; es este: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, con motivo y objetivo de la producción, que la producción sólo es producción para el capital, y no a la inversa, que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital, en beneficio de la sociedad de los productores. Los límites dentro de los cuales únicamente puede moverse la conservación y valorización del valor de capital, las que se basan en la expropiación y empobrecimiento de la gran masa de los productores, esos límites entran, por ello, constantemente en contradicción con los métodos de producción que debe emplear el capital para su objetivo, y que apuntan hacia un aumento ilimitado de la producción, hacia la producción como fin en sí mismo, hacia un desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales del trabajo. El medio empleado (desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales) entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente. Por ello, si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre esta su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción.

(*El Capital*, Libro Tercero, Sección Tercera, XV. 2. “Conflicto entre la expansión de la producción y la valorización”)

De la sobreacumulación de capital a su desvalorización parcial

Con la baja de la tasa de ganancia aumenta el mínimo de capital requerido en manos del capitalista individual para un empleo productivo del trabajo; es el capital requerido tanto para su explotación en general, como para que el tiempo de trabajo empleado sea el tiempo de trabajo necesario para la producción de las mercancías, esto es, no sobrepase el promedio del tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas. Y al mismo tiempo aumenta la concentración, porque, más allá de determinados límites, un gran capital con una tasa pequeña de ganancia acumula con mayor rapidez que un capital pequeño con una gran tasa de ganancia. Por su parte, esta creciente concentración provoca a su vez, llegado cierto nivel, una nueva baja de la tasa de ganancia. Ello hace que el grueso de los pequeños capitales fragmentarios se vea lanzado a los carriles de la aventura: la especulación, las estafas crediticias y accionarias, las crisis. Lo que ha dado en llamarse la plétora del capital siempre se refiere fundamentalmente a la plétora de aquel capital para el cual la baja en la tasa de la ganancia no resulta compensada por su masa (y éstos son siempre los exponentes del capital recientes, de nueva creación) o a la plétora que estos capitales incapaces de por sí para una acción autónoma pone a disposición de los grandes ramos de los negocios en la forma del crédito. Esta plétora del capital surge de las mismas circunstancias que producen una sobrepoblación relativa, por lo cual es un fenómeno complementario de este último, a pesar de hallarse situados ambos en polos opuestos: el capital desocupado por un lado, y la población obrera desocupada por el otro.

Por ello, la sobreproducción de capital, y no de mercancías individuales pese a que la sobreproducción de capital siempre implica la sobreproducción de mercancías, no significa otra cosa que la sobreacumulación de capital. Para entender qué significa esta sobreacumulación (su examen detallado se realiza más adelante) no hay más que suponerla absoluta. ¿Cuándo sería absoluta la sobreproducción del capital? ¿Más exactamente, una sobreproducción que no se extienda a este, aquel o a un par de terrenos importantes de la producción, sino que fuese absoluta en sus propias dimensiones, es decir que englobase todos los terrenos de la producción?

Tendríamos una sobreproducción absoluta de capital en cuanto el capital adicional para los fines de la producción capitalista fuese = 0. Pero la finalidad de la producción capitalista es la valorización del capital, es decir la apropiación de plus-trabajo, la producción de plusvalía, de

ganancia. Por lo tanto, apenas hubiese aumentado el capital en una relación para con la población obrera en la cual no pudiesen ampliarse ni el tiempo absoluto de trabajo que proporciona esa población, ni el tiempo relativo de plus trabajo (de cualquier modo, esta última ampliación no sería practicable en el caso de que la demanda de trabajo fuese tan intensa, es decir con una tendencia al aumento de los salarios); es decir, si el capital acrecido sólo produjera la misma masa o incluso una masa menor de plusvalía que antes de su crecimiento, entonces tendría lugar una sobreproducción absoluta de capital; es decir que el capital incrementado $C + \Delta C$ no produciría mayor ganancia, o incluso produciría una ganancia menor, que el capital C antes de su incremento en ΔC . En ambos casos también se verificaría una intensa y repentina baja en la tasa general de ganancia, pero esta vez a causa de una modificación en la composición del capital que no se debería al desarrollo de la fuerza productiva, sino a un aumento en el valor dinerario del capital variable (a causa del aumento salarial) y a la correspondiente merma de la proporción entre el plus trabajo y el trabajo necesario.

En la realidad, las cosas se presentarían de tal modo que una parte del capital se hallaría total o parcialmente inactivo (porque para poder valorizarse primeramente tendría que desplazar de su posición al capital que ya se halla en funciones), mientras que la otra parte, a causa de la presión del capital desocupado o semiocupado, se valorizaría a una tasa más baja de la ganancia. Para ello resultaría indiferente que una parte del capital adicional ocupase el lugar del capital antiguo, pasando éste a ocupar un lugar en el capital adicional. Siempre tendríamos por un lado la antigua suma de capital, y por el otro la suma adicional. La baja en la tasa de ganancia estaría acompañada en este caso por una disminución absoluta en la masa de ganancias, puesto que bajo nuestros supuestos no sería posible aumentar la masa de la fuerza de trabajo empleada ni acrecentar la tasa de plusvalía, es decir que tampoco podría incrementarse la masa de la plusvalía. Y la masa disminuida de ganancias debería calcularse sobre un capital global aumentado. Pero suponiendo también que el capital ocupado prosiguiese valorizándose con la antigua tasa de ganancia, es decir que la masa de ganancias permanecería constante, seguiría calculándose aún sobre un capital global acrecentado, y también esto implica una baja de la tasa de ganancia. Si un capital global de 1.000 arrojaba una ganancia de 100, y luego de su aumento a 1.500 también arroja solamente 100, en el segundo caso 1.000 ya sólo rendirán $66 \frac{2}{3}$. La valorización del antiguo capital habría disminuido en forma absoluta. Bajo las nuevas circunstancias, el capital = 1.000 no rendiría más ganancia que antes un capital = $666 \frac{2}{3}$.

Pero resulta claro que esta desvalorización efectiva del capital primitivo no podría producirse sin una lucha, que el capital adicional C no podría actuar como capital sin lucha alguna. La tasa de ganancia no disminuiría a causa de la competencia resultante de la sobreproducción de capital. Sino que, por el contrario, ahora se desencadenaría la lucha competitiva, porque la disminución de la tasa de ganancia y la sobreproducción de capital emanan de las mismas circunstancias. Los antiguos capitalistas actuantes dejarían más o menos en barbecho la parte de ΔC que se hallara en sus manos, para no desvalorizar ellos mismos su capital originario y no reducir su lugar dentro del campo de la producción, o la emplearían para desplazar, incluso con pérdidas momentáneas, la inactividad del capital adicional hacia los nuevos intrusos y, en general, hacia sus competidores.

La parte de ΔC que se encontrara en nuevas manos trataría de ocupar su sitio a expensas del antiguo capital y de lograrlo en parte dejando inactiva una parte del antiguo capital, obligándolo a cederle el antiguo lugar, y hasta ocupando el sitio del capital adicional sólo parcialmente ocupado o desocupado por completo.

En todos los casos debería verificarse una inactivación del antiguo capital, en su condición de capital, en tanto deba funcionar y valorizarse como capital. La lucha de la competencia decidiría qué parte resultaría especialmente afectada por esta inactivación. Mientras todo marcha bien, la competencia, tal como se revela en la nivelación de la tasa general de ganancia, actúa como una cofradía práctica de la clase capitalista, de modo que ésta se reparte comunitariamente, y en proporción a la magnitud de la participación de cada cual, el botín colectivo. Pero cuando ya no se trata de dividir ganancias sino de dividir pérdidas, cada cual trata de reducir en lo posible su participación en las mismas, y de endosársela a los demás. La pérdida es inevitable para la clase. Pero la cantidad que de ella ha de corresponderle a cada

cual, en qué medida ha de participar en ella, se torna entonces en cuestión de poder y de astucia, y la competencia se convierte a partir de ahí en una lucha entre hermanos enemigos. Se hace sentir entonces el antagonismo entre el interés de cada capitalista individual y el de la clase de los capitalistas, del mismo modo que antes se imponía prácticamente la identidad de esos intereses a través de la competencia.

¿Cómo se habría de dirimir este conflicto, pues, y restablecer las condiciones correspondientes al movimiento “sano” de la producción capitalista? La manera de llegar a esta componenda ya se halla contenida en el simple planteamiento del conflicto que se trata de dirimir. La misma incluye el poner en barbecho y hasta aniquilar una parte de capital por el monto de valor de todo el capital adicional C , o siquiera por una porción de ese monto. Pese a que tal como surge ya de la exposición del conflicto la distribución de esa pérdida no se extiende en modo alguno de manera uniforme a los diferentes capitales particulares, sino que en una lucha competitiva se decide de qué manera se distribuyen las pérdidas, en forma sumamente desigual y diversa, según las ventajas particulares o las posiciones ya conquistadas, de modo que un capital resulta inactivado, otro aniquilado, un tercer capital sólo experimenta pérdidas relativas o sólo sufre una desvalorización transitoria, etcétera.

Pero, en todo caso, el equilibrio se restablecerá mediante la inmovilización e incluso la destrucción de capital en mayor o menor proporción. Esto se extendería en parte a la sustancia material del capital; es decir que una parte de los medios de producción, capital fijo y circulante, no funcionaría, no operaría como capital; se paralizaría una parte de las empresas productivas iniciadas. Si bien, en este aspecto, el tiempo ataca y deteriora todos los medios de producción (con excepción del suelo), en este caso se verificaría, como consecuencia de la paralización funcional, una destrucción real mucho más intensa de medios de producción. Sin embargo, el efecto principal en este aspecto sería que esos medios de producción dejaran de actuar como medios de producción; una destrucción más breve o más prolongada de su función en cuanto medios de producción.

La destrucción principal y con el carácter más agudo tendría lugar con relación al capital, en tanto posee atributos de valor, con relación a los *valores* de capital. La parte del valor de capital que sólo se encuentra en la forma de asignaciones sobre futuras participaciones en la plusvalía, en la ganancia de hecho, como meros títulos de deuda sobre la producción bajo diversas formas, resulta desvalorizada de inmediato con la disminución de las entradas sobre las cuales está calculada. Una parte del oro y de la plata acuñados se halla inactiva, no funciona como capital. Una parte de las mercancías que se encuentran en el mercado sólo puede llevar a cabo su proceso de circulación y reproducción en virtud de que sus precios se contraen enormemente, es decir por desvalorización del capital que representa. De la misma manera, los elementos del capital fijo resultan más o menos desvalorizados. A ello se suma que determinadas relaciones presupuestas de precios condicionan el proceso de reproducción, y que en virtud de ello este proceso, a causa de la baja general de los precios, entra en un estado de paralización y desequilibrio. Esta perturbación y estancamiento paralizan la función del dinero como medio de pago, función dada simultáneamente con el desarrollo del capital y basada en aquellas relaciones presupuestas de precios, interrumpen en cien puntos la cadena de las obligaciones de pago en determinados plazos, resultan intensificados aun por el consiguiente colapso del sistema crediticio desarrollado al mismo tiempo que el capital y conducen, de esta manera, a violentas y agudas crisis, súbitas desvalorizaciones forzadas y un estancamiento y perturbación reales del proceso de reproducción, y con ello a una mengua efectiva de la reproducción.

(*El Capital*, Libro Tercero, Sección Tercera, XV.3. “Exceso de capital y exceso de población”)

La crisis crea las condiciones de la recuperación

Pero al mismo tiempo habrían entrado en juego otras fuerzas impulsoras. La paralización de la producción habría dejado inactiva una parte de la clase obrera, y con ella habría colocado a la parte ocupada en situaciones en las cuales tendría que tolerar una rebaja de su salario, incluso por debajo del término medio, operación ésta que para el capital tiene exactamente el mismo efecto que si se hubiese aumentado la plusvalía relativa o absoluta manteniéndose el salario medio. La era de prosperidad habría favorecido los matrimonios entre obreros y disminuido la proporción en que se diezma su descendencia, circunstancias que, por mucho que puedan implicar un aumento real de la población, no suponen en cambio un aumento de la población realmente trabajadora, aunque en la relación entre lo obreros y el capital actúan exactamente como si hubiese aumentado el número de los obreros efectivamente en funciones. Por su parte, la baja de precios y la lucha de la competencia hubiesen dado a todos los capitalistas un incentivo para hacer descender el valor individual de su producto global por debajo de su valor general mediante la utilización de nuevas máquinas, de nuevos métodos perfeccionados de trabajo, de nuevas combinaciones, es decir para acrecentar la fuerza productiva de una cantidad de trabajo dada, hacer disminuir la relación entre el capital variable y el constante, y con ello liberar obreros, en suma, para crear una sobrepoblación artificial. Además, la desvalorización de los elementos del capital constante sería, de por sí, un elemento que implicaría la elevación de la tasa de ganancia. La masa del capital constante empleado habría aumentado con respecto al variable, pero el valor de dicha masa podría haber disminuido. El estancamiento verificado en la producción habría preparado una ulterior ampliación de la misma, dentro de los límites propios del capitalismo.

Y de este modo se reanudaría nuevamente el círculo vicioso. Una parte del capital desvalorizada por paralización funcional, recuperaría su antiguo valor. Por lo demás, se recorrería nuevamente el mismo círculo vicioso con condiciones de producción ampliadas, con un mercado expandido y con una fuerza productiva acrecentada.

Pero incluso bajo el supuesto extremo del que partimos, la sobreproducción absoluta de capital no es una sobreproducción absoluta en general, no es una sobreproducción absoluta de medios de producción. Sólo es una sobreproducción de medios de producción en la medida en que éstos *funcionan como capital*, y por consiguiente deben implicar, en relación con su valor, acrecentado al acrecentarse su masa, una valorización de dicho valor, deben generar un valor adicional.

Pero, no obstante, sería sobreproducción, porque el capital sería incapaz de explotar el trabajo con un grado de explotación condicionado por el desarrollo “sano”, “normal” del proceso de producción capitalista, con un grado de explotación que acrecienta por lo menos la masa de la ganancia con el crecimiento de la masa del capital empleado, es decir, que excluye el hecho de que la tasa de ganancia disminuya en la misma medida en que aumenta el capital, o incluso que la tasa de ganancia disminuya más rápidamente de lo que crece el capital.

Una sobreproducción de capital jamás significa otra cosa que una sobreproducción de medios de producción (medios de trabajo y medios de subsistencia) que puedan actuar como capital, es decir que puedan ser empleados para la explotación del trabajo con un grado de explotación dado, pues la disminución de ese grado de explotación por debajo de un determinado punto provoca perturbaciones y paralizaciones del proceso de producción capitalista, crisis y destrucción de capital. No constituye una contradicción el que esta sobreproducción de capital esté acompañada por una sobrepoblación relativa más o menos grande. Las mismas circunstancias que han elevado la fuerza productiva del trabajo, aumentado la masa de los productos mercantiles, expandido los mercados, acelerado la acumulación del capital, tanto respecto a su masa como a su valor, y rebajado la tasa de ganancia, las mismas circunstancias han generado una sobrepoblación relativa y la generan constantemente, una sobrepoblación de obreros que el capital excedente no emplea a causa del bajo grado de explotación del trabajo con el cual únicamente podría empleársela, o cuando menos a causa de la baja tasa de ganancia que arrojaría en caso de un grado de explotación dado.

Si se envía capital al exterior, ello no ocurre porque sea absolutamente imposible ocuparlo en el interior. Sucede porque en el exterior puede ocupárselo con una tasa más elevada de ganancia. Pero éste es un capital absolutamente excedentario para la población obrera

ocupada y para el país dado en general. Existe como tal junto a la población relativamente excedentaria, y ello sólo constituye un ejemplo de cómo ambos coexisten y se condicionan recíprocamente.

Por otra parte, la baja de la tasa de ganancia, vinculada con la acumulación, provoca necesariamente una lucha competitiva. La compensación de la mengua de la tasa de ganancia mediante el incremento de la masa de la ganancia sólo tiene validez para el capital global de la sociedad y para los grandes capitalistas, sólidamente instalados. El nuevo capital adicional, que funciona en forma autónoma, no se encuentra con ninguna de esta clase de condiciones supletorias, debe luchar por conquistarlas, y de este modo la baja en la tasa de ganancia suscita la lucha de competencia entre los capitales, y no a la inversa. Sin embargo, esta lucha competitiva se halla acompañada por un transitorio aumento salarial y una temporaria disminución de la tasa de ganancia, mengua que deriva de ese aumento. Otro tanto se manifiesta en la sobreproducción de mercancías, en el abarrotamiento de los mercados. Puesto que el fin del capital no es la satisfacción de las necesidades, sino la producción de ganancias, y puesto que sólo logra esta finalidad en virtud de métodos que regulan el volumen de la producción con arreglo a la escala de la producción, y no a la inversa, debe producirse constantemente una escisión entre las restringidas dimensiones del consumo sobre bases capitalistas y una producción que tiende constantemente a superar esa barrera que le es inmanente. Por lo demás, el capital se compone de mercancías, y por ello la sobreproducción de capital implica la sobreproducción de mercancías. De ahí el curioso fenómeno de que los mismos economistas que niegan la sobreproducción de mercancías, admitan la de capital. Si se dice que dentro de los diversos ramos de la producción no se da una sobreproducción general, sino una desproporción, ello no significa sino que, dentro de la producción capitalista, la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción se establece como un proceso constante a partir de la desproporcionalidad, al imponérsele aquí la relación de la producción global, como una ley ciega, a los agentes de la producción, y no sometiénndose a su control colectivo como una ley del proceso de producción captada por su intelecto asociado, y de ese modo dominada. Además, de esa manera se exige que países en los cuales el modo capitalista de producción no está desarrollado, hayan de consumir y producir en un grado adecuado a los países del modo capitalista de producción. Si se dice que la sobreproducción es sólo relativa, ello es totalmente correcto, pero ocurre que todo el modo capitalista de producción es sólo un modo de producción relativo, cuyos límites no son absolutos, pero que sí lo son para él, sobre su base. ¿Cómo, de otro modo, podría faltar la demanda de las mismas mercancías de que carece la masa del pueblo, y cómo sería posible tener que buscar esa demanda en el extranjero, en mercados más distantes, para poder pagar a los obreros del propio país el promedio de los medios de subsistencia imprescindibles? Porque sólo en este contexto específico, capitalista, el producto excedentario adquiere una forma en la cual su poseedor sólo puede ponerlo a disposición del consumo en tanto se reconvierta para él en capital. Por último, si se dice que, en última instancia, los capitalistas sólo tienen que intercambiar entre sí sus mercancías y comérselas, se olvida todo el carácter de la producción capitalista, y se olvida asimismo que se trata de la valorización del capital, y no de su consumo. En suma, todos los reparos contra las manifestaciones palpables de la sobreproducción (manifestaciones éstas que no se preocupan por tales reparos) apuntan a señalar que los límites de la producción *capitalista* no son limitaciones de la *producción en general*, y por ello tampoco lo son de este modo específico de producción, el capitalista. Pero la contradicción de este modo capitalista de producción consiste precisamente en su tendencia hacia el desarrollo absoluto de las *fuerzas* productivas, la cual entra permanentemente en conflicto con las *condiciones* específicas de producción dentro de las cuales se mueve el capital, y que son las únicas dentro de las cuales puede moverse. No se producen demasiados medios de subsistencia en proporción a la población existente; por el contrario. Se producen demasiado pocos para satisfacer decente y humanamente al grueso de la población.

No se producen demasiados medios de producción para ocupar a la parte de la población capaz de trabajar; por el contrario. En primer lugar, se produce una parte demasiado grande de la población que de hecho no es capaz de trabajar, que por sus circunstancias se ve reducida a la explotación del trabajo ajeno o a ejecutar trabajos que sólo pueden considerarse tales dentro de un modo miserable de producción. En segundo lugar, no se producen suficientes

medios de producción como para que toda la población capaz de trabajar pueda hacerlo bajo las condiciones más productivas, es decir como para que su tiempo absoluto de trabajo resulte abreviado por la masa y la eficacia de capital constante empleado durante el tiempo de trabajo.

Pero periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y de subsistencia como para hacerlos actuar en calidad de medios de explotación de los obreros a determinada tasa de ganancia. Se producen demasiadas mercancías para poder realizar el valor y la plusvalía contenidos o encerrados en ellas, bajo las condiciones de distribución y consumo dadas por la producción capitalista y reconvertirlo en nuevo capital, es decir para llevar a cabo este proceso sin explosiones constantemente recurrentes.

No se produce demasiada riqueza. Pero periódicamente se produce demasiada riqueza en sus formas capitalistas antagónicas.

La limitación del modo capitalista de producción se manifiesta en lo siguiente:

1° En el hecho de que el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo genera, en el caso de la baja de la tasa de ganancia, una ley que en cierto punto se opone con la mayor hostilidad al propio desarrollo de esa fuerza productiva, por lo cual hay que superarla constantemente por medio de crisis.

2° En el hecho de que la apropiación de trabajo no retribuido y la proporción entre ese trabajo no retribuido y el trabajo objetivado en general o, expresado en términos capitalistas, que la ganancia y la proporción entre esa ganancia y el capital empleado, es decir, determinado nivel de la tasa de ganancia, decidan acerca de si se debe expandir o restringir la producción, en lugar de ser lo decisivo a este respecto la relación entre la producción y las necesidades sociales, las necesidades de los seres humanos socialmente desarrollados. Por ello surgen limitaciones para la producción, ya en un punto de expansión de la misma que, a la inversa, bajo el otro supuesto aparecería como sumamente insuficiente. La producción se detiene no allí donde esa detención se impone en virtud de la satisfacción de las necesidades, sino donde lo ordena la producción y realización de ganancias.

Si disminuye la tasa de ganancia, por una parte se pone en tensión el capital para que el capitalista individual, mediante la utilización de mejores métodos, etc., pueda hacer disminuir el valor individual de sus distintas mercancías por debajo de su valor social medio y, de este modo, con un precio de mercado determinado, obtener una ganancia extraordinaria, por el otro lado se producen estafas y especulaciones y un fomento general de las mismas, mediante empeñosos ensayos de nuevos métodos de producción, nuevas inversiones de capital, nuevas aventuras para asegurarse alguna ganancia extraordinaria, independiente del promedio general y que se eleve por encima de éste.

La tasa de ganancia, es decir el incremento proporcional de capital es especialmente importante para todas las derivaciones nuevas del capital que se agrupan de manera autónoma. Y en cuanto la formación de capital cayese exclusivamente en manos de unos pocos grandes capitales definitivamente estructurados, para los cuales la masa de la ganancia compensara la tasa de la misma, el fuego que anima la producción se habría extinguido por completo. En ese caso, la producción se adormecería. La tasa de ganancia es la fuerza impulsora en la producción capitalista, y sólo se produce lo que se puede producir con ganancia y en la medida en que pueda producirse con ganancia. De ahí el temor de los economistas ingleses a la disminución de la tasa de ganancia. El hecho de que la mera posibilidad inquiete a Ricardo, demuestra precisamente su profunda comprensión de las condiciones de la producción capitalista. Lo que se le reprocha es el hecho de que, al considerar la producción capitalista, se despreocupe de los "hombres" y sólo tenga en cuenta el desarrollo de las fuerzas productivas, cualquiera que sea el precio que por él se pague en materia de sacrificios en hombres y valores de capital es precisamente lo que tiene de importante. El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social es la misión histórica y la justificación del capital. Precisamente con él crea inconscientemente las condiciones materiales para una forma de producción superior. Lo que desasosiega a Ricardo es que la tasa de ganancia acicate y condición de la producción capitalista, así como impulsora de la acumulación, se vea puesta en peligro por el propio desarrollo de la producción. Y en este caso, la proporción cuantitativa lo es todo. De hecho ello se basa en algo más profundo, que Ricardo no vislumbra. Aquí se revela de una manera puramente económica, es decir desde el punto de vista burgués, dentro de los límites de la

comprensión capitalista, desde el punto de vista de la propia producción capitalista, su limitación, su carácter relativo, el hecho de no ser un modo de producción absoluto, sino solamente un modo de producción histórico, correspondiente a cierta época de desarrollo limitado de las condiciones materiales de la producción.

(*El Capital*, Libro Tercero, Sección Tercera, XV. 3. “Exceso de capital y exceso de población”)

La productividad y el empleo

Puesto que el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo ocurre de manera muy diferente en diversos ramos de la industria, y no sólo difiere en cuanto al grado en que se produce sino que, a menudo, transcurre en sentido opuesto, resulta que la masa de la ganancia media (= plusvalía) debe hallarse muy por debajo del nivel que cabría sospechar con arreglo al desarrollo de la fuerza productiva en los ramos más avanzados de la industria. El hecho de que el desarrollo de la fuerza productiva en los diversos ramos de la industria transcurra no sólo en muy distintas proporciones sino a menudo en sentido opuesto, se origina no sólo en la anarquía de la competencia y en el carácter peculiar del modo de producción burgués. La productividad del trabajo también se halla ligada a condiciones naturales que a menudo rinden menos en la misma proporción en que la productividad, en tanto depende de condiciones sociales, aumenta. De ahí que se produzca un movimiento opuesto en esas diferentes esferas, progreso en un caso y retroceso en otro. Piénsese, por ejemplo, en la sola influencia de las estaciones, de la cual depende la parte inmensamente mayor de todas las materias primas, el agotamiento de bosques, yacimientos carboníferos, minas de hierro, etcétera.

Si bien la parte circulante del capital constante, las materias primas, etc., aumenta constantemente, en cuanto a su masa, en relación con la fuerza productiva del trabajo, no es éste el caso del capital fijo, edificios, maquinaria, instalaciones de iluminación, calefacción, etc. Pese a que con el aumento de volumen la máquina se encarece de manera absoluta, se abarata relativamente. Si cinco obreros producen diez veces la cantidad de mercancías que producían antes, no por ello se decuplica el desembolso de capital fijo; a pesar de que el valor de esta parte del capital constante aumenta con el desarrollo de la fuerza productiva, dista mucho de hacerlo en la misma proporción. Ya hemos destacado en muchas ocasiones la diferencia en la relación entre capital constante y variable, tal como se expresa en el caso de la baja de la tasa de ganancia, y de la misma relación tal como se presenta con el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, con referencia a la mercancía individual y a su precio.

(El valor de la mercancía está determinado por el tiempo global de trabajo, pasado y vivo, que entra en ella. Pues el acrecentamiento de la productividad del trabajo consiste, precisamente, en que disminuye la proporción de trabajo vivo y aumenta la participación del trabajo pretérito, pero ello de tal suerte que disminuya la suma global del trabajo que hay en la mercancía, es decir, de modo que el trabajo vivo disminuya en más de lo que aumenta el trabajo pretérito. El trabajo pretérito encarnado en el valor de una mercancía (la porción de capital constante) consiste en parte en el desgaste de capital constante fijo, en parte en el capital constante circulante materias primas y auxiliares que entró por completo en la mercancía. La parte de valor emanada de las materias primas y auxiliares debe reducirse con [el aumento de] la productividad del trabajo, puesto que esa productividad con relación a esas materias se revela, precisamente, en el hecho de que el valor de las mismas ha disminuido. En cambio, lo característico en el aumento de la fuerza productiva del trabajo es precisamente que la parte fija del capital constante experimenta un incremento muy intenso, y por ende también la parte de valor del mismo que se transfiere a las mercancías en virtud del desgaste. Para que un nuevo método de producción pueda acreditarse entonces como un acrecentamiento real de la productividad, debe transferir a la mercancía individual una parte adicional de valor, por desgaste de capital fijo, menor de lo que es la parte de valor deducible que se ahorra como consecuencia de la disminución de trabajo vivo, en una palabra, que debe reducir el valor de la mercancía. Obviamente debe hacerlo, incluso si, tal como ocurre en casos aislados, además de la

parte adicional de desgaste del capital fijo entra en la formación de valor de la mercancía una parte de valor adicional por el incremento o el encarecimiento de las materias primas o auxiliares. Todos los recargos de valor deben ser más que compensados por la disminución de valor que se origina merced a la reducción del trabajo vivo.

Esta disminución de la cantidad global de trabajo que entra en la mercancía parece ser, según esto, la característica esencial del incremento en la fuerza productiva del trabajo, cualesquiera que sean las condiciones sociales bajo las cuales se produce. En una sociedad en la cual los productores regulan su producción según un plan trazado de antemano, y hasta en la producción mercantil simple, la productividad del trabajo también se mediría forzosamente según ese patrón de medida. Pero, ¿cuál es la situación en el caso de la producción capitalista?

Supongamos que un ramo determinado de la producción capitalista produjese una pieza normal de su mercancía bajo las siguientes condiciones: el desgaste de capital fijo por pieza asciende a $1/2$ chelín o marco; en materias primas y auxiliares entran $17\frac{1}{2}$ chelines; en salarios, 2 chelines, y con una tasa de plusvalía del 100 % la plusvalía asciende a 2 chelines; el valor global es = 22 chelines o marcos. Supongamos, para simplificar, que en este ramo de la producción el capital tiene la composición media del capital social, es decir que el precio de producción de la mercancía coincide con su valor, y la ganancia del capitalista coincide con la plusvalía obtenida. Entonces el precio de costo de la mercancía es = $1/2 + 17\frac{1}{2} + 2 = 20$ chelines, la tasa de ganancia media $2 / 20 = 10\%$ y el precio de producción de cada mercancía igual a su valor, o sea = 22 chelines o marcos.

Supongamos que se invente una máquina que reduzca a la mitad el trabajo vivo requerido para cada pieza, pero que en cambio triplique la parte de valor de que está compuesta por el desgaste del capital fijo. Entonces la cuestión se presenta de la siguiente manera: desgaste = $1\frac{1}{2}$ chelines, materias primas y auxiliares, como antes, $17\frac{1}{2}$ chelines, salario 1 chelín, plusvalía 1 chelín, total 21 chelines o marcos. La mercancía ha rebajado ahora 1 chelín en su valor, la nueva máquina ha acrecentado decididamente la fuerza productiva del trabajo. Pero para el capitalista, las cosas se presentan de este modo: su precio de costo es ahora de $1\frac{1}{2}$ chelines por desgaste, $17\frac{1}{2}$ chelines de materias primas y auxiliares y 1 chelín de salario, total 20 chelines, como antes. Puesto que la tasa de ganancia no se modifica sin más en virtud de la nueva máquina, debe percibir un 10 % por encima del precio de costo, lo que significa 2 chelines, el precio de producción ha quedado, pues, inalterado, = 22 chelines, pero 1 chelín por encima del valor. Para una sociedad que produce bajo condiciones capitalistas, la mercancía no se ha abaratado, la máquina nueva no constituye mejora alguna. Por consiguiente, el capitalista no tiene interés en introducir la nueva máquina. Y puesto que en virtud de su introducción simplemente despojaría de todo su valor a su maquinaria actual, no desgastada aún, la convertiría en mera chatarra, es decir sufriría una pérdida positiva, se cuidará mucho de cometer esta estupidez, para él utópica.

Por consiguiente, para el capital la ley del incremento de la fuerza productiva del trabajo no tiene validez incondicionada. Para el capital, esa fuerza productiva se incrementa no cuando se economiza en general en materia de trabajo vivo, sino sólo cuando se economiza en la parte *retribuida* del trabajo vivo más de lo que se adiciona en materia de trabajo pretérito, tal como ya se ha insinuado sucintamente en el libro Primero, Capítulo XIII, 2, [“Transferencia de valor de la maquinaria al producto”]. Aquí, el modo capitalista de producción cae en una nueva contradicción. Su misión histórica es el desarrollo sin miramientos, impulsado en progresión geométrica, de la productividad del trabajo humano. Pero se torna infiel a esa misión no bien se opone al desarrollo de la productividad, frenándolo, como sucede en este caso. Con ello demuestra nuevamente que se torna decrepito y que, cada vez más, está sobreviviéndose a sí mismo.)

En la competencia, el mínimo creciente de capital que, con el aumento de la fuerza productiva, va haciéndose necesario para la actividad exitosa de una empresa industrial autónoma, se presenta de la siguiente manera: apenas el nuevo y más oneroso equipamiento de la empresa se ha introducido de manera generalizada, en lo sucesivo los capitales menores se ven excluidos de la actividad. Sólo en los comienzos de los inventos mecánicos en las diversas esferas de producción pueden actuar en ellas, en forma autónoma, capitales más reducidos. Por otro lado, empresas sumamente grandes, con una proporción extraordinariamente elevada de

capital constante, como por ejemplo los ferrocarriles, no arrojan la tasa media de ganancia, sino solamente una parte de la misma, un interés. De otro modo, la tasa general de ganancia disminuiría más aun. En cambio en este caso un gran acopio de capital halla, bajo la forma de acciones, un campo directo de actividad.

El crecimiento del capital, es decir la acumulación del capital, sólo implica una disminución de la tasa de ganancia en la medida en que con ese crecimiento se verifiquen las modificaciones antes consideradas en la relación entre los componentes orgánicos del capital. Sin embargo, a pesar de las constantes transformaciones diarias del modo de producción, ora esta parte del capital global, ora aquella, mayor o menor, prosigue acumulando durante ciertos lapsos y sobre la base de determinada relación media de dichos componentes, de modo que su crecimiento no implica un cambio orgánico, ni tampoco las causas de la baja en la tasa de ganancia. Esta constante expansión del capital, es decir también de la producción, sobre la base del antiguo método de producción, que prosigue tranquilamente mientras que al mismo tiempo se instauran ya los métodos nuevos, es, a su vez, una de las causas por las cuales la tasa de ganancia no disminuye en la misma medida en la cual aumenta el capital global de la sociedad.

(El Capital, Libro Tercero, Sección Tercera, XV.4. “Notas complementarias”)

La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones capitalistas

El aumento del número absoluto de obreros, a pesar de la disminución relativa del capital variable, adelantado en salarios, no ocurre en todas las ramas de la producción, ni acaece de manera uniforme en todas ellas. En la agricultura, la disminución del elemento del trabajo vivo puede ser absoluta.

Por lo demás, sólo es una necesidad del modo capitalista de producción el que el número de asalariados aumente en forma absoluta, a pesar de su disminución relativa. Para ese modo de producción las fuerzas de trabajo ya se tornan superfluas no bien deja de ser necesario ocuparlas de 12 a 15 horas diarias. Un desarrollo de las fuerzas productivas que redujese el número absoluto de los obreros, es decir que de hecho capacitase a la nación entera para llevar a cabo su producción global en un lapso más reducido, provocaría una revolución, pues dejaría fuera de circulación a la mayor parte de la población. En esto se manifiesta una vez más la limitación específica de la producción capitalista, y el hecho de que la misma no es en modo alguno una forma absoluta para el desarrollo de las fuerzas productivas y para la generación de riqueza sino que, por el contrario, llegado a cierto punto entra en colisión con ese desarrollo. Esta colisión se manifiesta parcialmente en crisis periódicas, que surgen del hecho de tornarse superflua ora esta parte de la población obrera, ora aquella, en su antiguo modo de ocupación. La limitación de la producción capitalista es el tiempo excedentario de los obreros. El tiempo excedentario absoluto que gana la sociedad, no le incumbe en modo alguno. El desarrollo de la fuerza productiva sólo es importante para ella en la medida en que incrementa el tiempo de plustrabajo de la clase obrera, y no en la medida en que reduce en general el tiempo de trabajo para la producción material; de esta manera, se mueve dentro de una antítesis.

Hemos visto que la creciente acumulación del capital entraña también una concentración creciente de él. Crece así la potencia del capital, la sustantivación de las condiciones sociales de producción personificada en el capitalista frente a los productores reales. El capital se presenta cada vez más como un poder social cuyo funcionario es el capitalista y que ya no guarda relación posible alguna con lo que pueda crear el trabajo de un individuo aislado, sino como una fuerza social enajenada, autonomizada, que se opone en cuanto cosa a la sociedad, y en cuanto poder del capitalista a través de esa cosa. La contradicción entre el poder social general en que se convierte el capital, y el poder privado de los capitalistas individuales sobre esas condiciones sociales de producción se desarrolla de manera cada vez más clamorosa e implica la disolución de esa relación, al implicar al mismo tiempo la transformación de las condiciones de producción para convertirlas en condiciones de producción generales, colectivas, sociales. Esta transformación está dada por el desarrollo de las

fuerzas productivas bajo la producción capitalista y por la manera en la cual se lleva a cabo este desarrollo.

No hay capitalista que emplee voluntariamente un nuevo método de producción, por mucho más productivo que sea o por mucho que incremente la tasa de la plusvalía, en cuanto el mismo reduzca la tasa de ganancia. Pero cualquiera de estos nuevos métodos de producción abarata las mercancías. Por ello el capitalista las vende originariamente por encima de su precio de producción, y acaso por encima de su valor. Se embolsa la diferencia existente entre sus costos de producción y el precio de mercado de las restantes mercancías, producidas con costos de producción más elevados. Puede hacerlo porque el promedio del tiempo de trabajo socialmente requerido para la producción de estas mercancías es mayor que el tiempo de trabajo requerido con el nuevo método de producción. Su procedimiento de producción se halla por encima del promedio del procedimiento social. Pero la competencia lo generaliza y lo somete a la ley general. Se inicia entonces el descenso de la tasa de ganancia quizá primeramente en esta esfera de la producción, nivelándose luego con las otras, el cual es total y absolutamente independiente de la voluntad del capitalista.

A este respecto cabe observar aún que la misma ley rige asimismo en aquellas esferas de producción cuyo producto no entra directa ni indirectamente en el consumo del obrero o en las condiciones de producción de sus medios de subsistencia; es decir, también en aquellas esferas de producción en las que ningún abaratamiento de las mercancías puede hacer aumentar la plusvalía relativa, abaratar la fuerza de trabajo. (Sin embargo, en todos estos ramos el abaratamiento del capital constante puede elevar la tasa de ganancia aunque se mantenga sin cambios la explotación del obrero.) En cuanto el nuevo método de producción comienza a difundirse, con lo cual queda efectivamente suministrada la prueba de que estas mercancías pueden producirse más baratas, los capitalistas que trabajan bajo las antiguas condiciones de producción deben vender su producto por debajo de su precio de producción completo porque el valor de esa mercancía ha disminuido, y el tiempo de trabajo que requieren para la producción se halla por encima del tiempo de trabajo socialmente necesario. En una palabra, y esto se presenta como un efecto de la competencia, deben instaurar asimismo el nuevo método de producción, en el cual ha disminuido la proporción entre el capital variable y el capital constante.

Todas las circunstancias que hacen que el empleo de la maquinaria abarate el precio de las mercancías producidas con ella, siempre se limitan a la reducción de la cantidad de trabajo absorbido por una mercancía individual; pero en segundo término a la reducción de la parte de desgaste de la maquinaria, cuyo valor entra en la mercancía individual. Cuanto menos rápido sea el desgaste de la maquinaria, tanto mayor será el número de mercancías entre las cuales se distribuya ese desgaste y tanto mayor será la cantidad de trabajo vivo que reemplace hasta su término de reproducción. En ambos casos aumentan la cantidad y el valor del capital constante fijo con respecto al variable.

“A igualdad de todas las demás condiciones, la capacidad de una nación de ahorrar parte de sus ganancias varía con la tasa de ganancia, siendo grande cuando ésta es elevada, y menor cuando es baja; pero cuando declina la tasa de ganancia, no todo lo demás permanece igual... Una baja tasa de ganancia se halla comúnmente acompañada por una rápida tasa de acumulación, en relación con el número de habitantes, como en Inglaterra... y una tasa elevada de ganancia por una tasa de acumulación tanto más baja, en relación con el número de la población.” Ejemplos: Polonia, Rusia, India, etc. (Richard Jones, *An Introductory Lecture on Political Economy*, Londres, 1833, p. 50 y ss.) Jones destaca, con razón, que a pesar de la baja en la tasa de la ganancia, aumentan los *inducements and faculties to accumulate* [alicientes y posibilidades de acumular]. En primer lugar, a causa del crecimiento de la sobrepoblación relativa. Segundo, porque con el aumento de la productividad del trabajo aumenta la masa de los valores de uso representados por el mismo valor de cambio, es decir los elementos materiales del capital. Tercero, porque se multiplican los ramos de la producción. Cuarto, por el desarrollo del sistema crediticio, de las sociedades por acciones, etc., y la concomitante facilidad para transformar dinero en capital sin convertirse uno mismo en capitalista industrial. Quinto, el crecimiento de las necesidades y del afán de enriquecerse. Sexto, la creciente inversión masiva de capital fijo, etcétera.

Tres hechos fundamentales de la producción capitalista:

1º Concentración de los medios de producción en pocas manos, en virtud de lo cual dejan de aparecer como propiedad de los trabajadores directos, convirtiéndose, en cambio, en potencias sociales de la producción. Aunque primeramente lo hagan como propiedad privada de los capitalistas. Estos son *trustees* [fideicomisarios] de la sociedad burguesa, pero se embolsan todos los frutos de esta misión fideicomisaria.

2º Organización del trabajo mismo como trabajo social: mediante la cooperación, división del trabajo y combinación del trabajo con las ciencias naturales.

El modo capitalista de producción deroga la propiedad privada y el trabajo privado en esos dos sentidos, aunque lo hace bajo formas antagónicas.

3º Implantación del mercado mundial.

La ingente fuerza productiva, en proporción a la población, que se desarrolla dentro del modo capitalista de producción, y el crecimiento, aunque no en la misma proporción, de los valores de capital (no sólo de su sustrato material), que crecen con mucha mayor celeridad que la población, contradice a la base que, en relación con el crecimiento de la riqueza, se torna cada vez más estrecha para la cual opera esta inmensa fuerza productiva, y a las relaciones de valorización de este capital en expansión. De ahí las crisis.

(*El Capital, Libro Tercero, Sección Tercera, XV.4. "Notas complementarias"*)

El papel del crédito en la producción capitalista

Las observaciones generales que hasta ahora hemos podido hacer con respecto al sistema de crédito son las siguientes:

I. Necesidad del sistema de crédito como vehículo para compensar las tasas de ganancia o para el movimiento de esta compensación, sobre la que descansa toda la producción capitalista.

II. Disminución de los gastos de circulación.

1) Uno de los gastos principales de circulación es el dinero mismo, en cuanto valor de por sí. De tres modos se economiza el dinero por medio del crédito:

a) Haciendo que desaparezca en una gran parte de las transacciones.

b) Acelerando la circulación de los medios circulantes¹. Esto coincide en parte con lo que diremos en 2). Por una parte, la aceleración a que nos referimos tiene carácter técnico; es decir, permaneciendo idénticos el volumen y la cantidad de los actos de circulación de mercancías que sirven de vehículo al consumo, con una masa menor de dinero o de signos monetarios se realiza el mismo servicio. Esto se halla relacionado con la técnica del sistema bancario. Por otra parte, el crédito acelera la velocidad de la metamorfosis de las mercancías y, por tanto, la velocidad de la circulación del dinero.

c) Sustituyendo el dinero-oro por el papel-moneda.

2) Aceleración por medio del crédito de las distintas fases de la circulación o de la metamorfosis de las mercancías y también de la metamorfosis del capital y, por tanto, aceleración del proceso de reproducción en general. (Por otro lado, el crédito permite desdoblarse con un mayor intervalo entre sí los actos de la compra y la venta, sirviendo por tanto de base a la especulación.) Contracción del fondo de reserva, lo que puede enfocarse desde dos puntos de

¹ "El promedio de la circulación de billetes del Banco de Francia era, en 1812, 106.538,000 francos y en 1818, 101.205,000 francos, mientras que la circulación en dinero, la masa total de las entradas y los pagos ascendió en 1812, a 2,837.712,000 francos y en 1818 a 9,665.030,000 francos. Por consiguiente, la proporción entre la circulación operada en Francia en 1812 y en 1818 era de 3 a 1. El gran regulador del ritmo de la circulación es el crédito. Así se explica por qué una presión violenta sobre el mercado de dinero coincide generalmente con una circulación plena" (*The Currency Theory Reviewed*; etc. p. 65). "Entre septiembre de 1833 y septiembre de 1843 se fundaron en Gran Bretaña cerca de 300 bancos que emitían billetes propios; esto trajo como consecuencia una reducción de 2 1/2 millones en la circulación de billetes, que era, a fines de septiembre de 1833, de 36.035,244 libras esterlinas y de 33.518,544 libras a fines de septiembre de 1843" (ob. cit., p. 53). "La acción maravillosa de la circulación escocesa le permite realizar con 100 libras esterlinas la misma cantidad de operaciones de dinero que en Inglaterra requieren 420 libras" (ob. cit., p. 55; esto último se refiere solamente al aspecto técnico de la operación).

vista: de una parte, como disminución de los medios circulantes; de otra parte, como restricción de la parte del capital que ha de existir siempre en forma de dinero².

III. Creación de sociedades anónimas. Y, como consecuencia de ello:

1) Extensión en proporciones enormes de la escala de la producción y de las empresas inasequibles a los capitales individuales. Al mismo tiempo, se convierten en empresas sociales algunas empresas que antes se hallaban regentadas por el gobierno.

2) El capital, que descansa de por sí sobre un régimen social de producción y presupone una concentración social de medios de producción y fuerzas de trabajo, adquiere así directamente la forma de capital de la sociedad (capital de individuos directamente asociados) por oposición al capital privado, y sus empresas aparecen como empresas sociales por oposición a las empresas privadas. Es la supresión del capital como propiedad privada dentro de los límites del mismo régimen capitalista de producción.

3) Transformación del capitalista realmente en activo en un simple gerente, administrador de capital ajeno, y de los propietarios de capital en simples propietarios, en simples capitalistas de dinero. Aun cuando los dividendos que perciben incluyan el interés y el beneficio de empresario, es decir, la ganancia total (pues el sueldo del gerente es, o debe ser, un simple salario para remunerar un cierto tipo de trabajo calificado cuyo precio regula el mercado de trabajo, como el de otro trabajo cualquiera), esta ganancia total sólo se percibe ahora en forma de interés, es decir, como simple remuneración de la propiedad del capital, separada por entero de la función que desempeña en el proceso real de reproducción, lo mismo que esta función se halla separada, en la persona del gerente, de la propiedad del capital. La ganancia aparece así (y ya no solamente una parte de ella, el interés, que deriva su justificación de la ganancia del prestatario) como simple apropiación de trabajo ajeno sobrante, emanada de la transformación de los medios de producción en capital, es decir, de su enajenación con respecto al verdadero productor, de su antagonismo como propiedad ajena frente a todos los individuos que intervienen realmente en la producción, desde el gerente hasta el último jornalero. En las sociedades anónimas, la función aparece separada de la propiedad del capital y el trabajo aparece también, por tanto, completamente separado de la propiedad sobre los medios de producción y sobre el trabajo sobrante. Este resultado del máximo desarrollo de la producción capitalista constituye una fase necesaria de transición hacia la reversión del capital a propiedad de los productores, pero ya no como propiedad privada de productores aislados, sino como propiedad de los productores asociados, como propiedad directa de la sociedad. Y es, de otra parte, una fase de transición hacia la transformación de todas las funciones del proceso de reproducción aún relacionadas hasta aquí con la propiedad del capital en simples funciones de los productores asociados, en funciones sociales.

Antes de seguir adelante, debemos registrar esto, que tiene importancia desde el punto de vista económico. Puesto que aquí la ganancia reviste exclusivamente la forma del interés, esta clase de empresas sólo son posibles siempre y cuando que arrojen simples intereses, siendo ésta una de las causas que contienen el descenso de la cuota general de ganancia, ya que estas empresas, en las que el capital constante guarda una proporción tan desmedida con el capital variable, no entran necesariamente en la compensación de la tasa general de ganancia.

(Desde que Marx escribió lo que antecede, se han desarrollado, como es sabido, nuevas formas de empresas industriales que representan la segunda y la tercera potencia de las sociedades anónimas. La rapidez diariamente creciente con que hoy puede aumentarse la producción en todos los campos de la gran industria choca con la lentitud cada vez mayor de la expansión del mercado para dar salida a esta producción acrecentada. Lo que aquella produce en meses apenas es absorbido por éste en años. Añádase a esto la política arancelaria con que cada país industrial se protege frente a los demás y especialmente frente a Inglaterra, estimulando además artificialmente la capacidad de producción interior. Las consecuencias son: superproducción general crónica, precios bajos, tendencia de las ganancias a disminuir e incluso a desaparecer, en una palabra, la tan cacareada libertad de competencia ha llegado al final de su carrera y se ve obligada a proclamar por sí misma su manifiesta y escandalosa bancarrota. La

² “Antes de la creación de los bancos, la suma de capital necesaria para que pudiese funcionar el medio circulante era, desde luego, mayor de lo que exigía la circulación real de mercancías” (*Economist*, 1845. p. 238).

proclama a través del hecho de que no hay ningún país en que los grandes industriales de una determinada rama no se asocien para formar un consorcio cuya finalidad es regular la producción. Un comité se encarga de señalar la cantidad que cada establecimiento ha de producir y de distribuir en última instancia los encargos recibidos. En algunos casos han llegado a formarse incluso consorcios internacionales, por ejemplo, entre la producción siderúrgica de Inglaterra y de Alemania. Pero tampoco esta forma de socialización de la producción ha sido suficiente. El antagonismo de intereses entre las distintas empresas rompía con harta frecuencia los diques del consorcio y volvía a imponerse la competencia. Para evitar esto se recurrió, en aquellas ramas en que el nivel de producción lo consentía, a concentrar toda la producción de una rama industrial en una gran sociedad anónima con una dirección única. Esto se ha hecho ya en los Estados Unidos en más de una ocasión: en Europa, el ejemplo más importante de esto, hasta ahora, es el *United Alkali Trust*, que ha puesto toda la producción británica de sosa en manos de una sola empresa. A los antiguos propietarios de las distintas minas (más de treinta) se les indemnizaron sus inversiones en acciones de la nueva sociedad, al precio tasado, con un total de 5 millones de libras esterlinas, que representan el capital fijo del trust. La dirección técnica de la explotación sigue en manos de los que venían manejándola, pero la dirección de los negocios se concentra ahora en manos de la gerencia general. El capital circulante (*floating capital*), que asciende sobre poco más o menos a un millón de libras esterlinas, ha sido suscrito por el público. Capital total, por tanto: 6 millones de libras esterlinas. Así, pues, en esta rama, base de toda la industria química, la competencia ha sido sustituida en Inglaterra por el monopolio, preparándose así del modo más halagüeño la futura expropiación por la sociedad en su conjunto, por la nación, *F. E.*)

Esto equivale a la supresión del régimen de producción capitalista dentro del propio régimen de producción capitalista y, por tanto, a una contradicción que se anula a sí misma y aparece *prima facie* como simple fase de transición hacia una nueva forma de producción. Su modo de manifestarse es también el de una contradicción de ese tipo. En ciertas esferas implanta el monopolio y provoca, por tanto, la injerencia del Estado. Produce una nueva aristocracia financiera, una nueva clase de parásitos en forma de proyectistas, fundadores de sociedades y directores puramente nominales: todo un sistema de especulación y de fraude con respecto a las fundaciones de sociedades y a la emisión y al tráfico de acciones. Es una especie de producción privada, pero sin el control de la propiedad privada.

IV. Prescindiendo del sistema de las acciones (que representa una abolición de la industria privada capitalista a base del propio régimen capitalista y que va destruyendo la industria privada a medida que se extiende y se asimila nuevas ramas de producción), el crédito brinda al capitalista individual, o a quien pasa por capitalista, un poder absoluto dentro de ciertos límites de disposición sobre capital ajeno y propiedad ajena, que es también, por tanto, un poder de disposición sobre trabajo ajeno³. La facultad de disponer de capital social, no de capital propio, le permite disponer también de trabajo social. Es el mismo capital que se posee realmente o en opinión del público el que sirve de base exclusiva para la superestructura del crédito. Y esto es aplicable especialmente al comercio al por mayor, por cuyas manos pasa la mayor parte del producto social. Desaparecen aquí todos los criterios y todos los fundamentos explicativos que aún eran más o menos válidos dentro del régimen capitalista de producción. Lo que el comerciante al por mayor dedicado a la especulación arriesga es la propiedad social y *no su misma propiedad*. No menos absurda resulta ahora la frase según la cual el capital nace del ahorro, pues lo que este especulador exige es, precisamente, que *otros ahorren para él*. (Del mismo modo que Francia, últimamente, ha ahorrado y reunido mil quinientos millones de

³ Véanse, por ejemplo, en el Times [ver. 3, 5 y 7 de diciembre de 1857] las listas de quiebras de un año de crisis como el de 1857 y compárese el patrimonio propio de los quebrados con el volumen de sus deudas. “El poder adquisitivo de quienes poseen capital y crédito excede con mucho, en verdad, de todo lo que pueden imaginarse quienes no tienen el menor conocimiento práctico de lo que son los mercados especulativos”. (Tooke, *Inquiry into the Currency Principle*, p. 79). “El hombre que tenga fama de poseer suficiente capital para la marcha normal de sus negocios y disfrute de un buen crédito en su rama de operaciones puede, si abriga una idea optimista en cuanto a la coyuntura ascendente del artículo en que trabaja y las circunstancias le favorecen en los comienzos y en el transcurso de su especulación, llevar a cabo compras de un volumen verdaderamente enorme en comparación con su capital!” (I. c., p. 137). Los fabricantes, los comerciantes, etc., hacen todos ellos negocios que rebasan considerablemente los límites de su capital... Hoy día, el capital puede considerarse mucho más como la base sobre que descansa un amplio crédito que como el límite de las operaciones de cambio de un negocio comercial cualquiera” (*Economist* 1847. p. 1333).

francos para los estafadores del canal de Panamá. Todo el escándalo del canal de Panamá aparece descrito con toda precisión en estas páginas, veinte años antes de producirse. *F. E.*) A la otra frase, la de la abstinencia, viene a darle ahora un bofetón en la cara el lujo, convertido también en instrumento de crédito. Ideas que aún podían tener un sentido en una fase menos avanzada de la producción capitalista, pierden ahora toda su razón de ser. Los triunfos y los fracasos conducen por igual a la centralización de los capitales y, por tanto, a la expropiación en la escala más gigantesca. La expropiación se extiende aquí desde el productor directo hasta el modesto y mediano capitalista. Esta expropiación constituye el punto de partida del régimen capitalista de producción; el llevarla a cabo es su meta; se trata, en última instancia, de expropiar a todos los individuos de los medios de producción, los cuales, al desarrollarse la producción social, dejan de ser medios y productos de la producción privada para convertirse en medios de producción puestos en manos de productores asociados, en producto social de éstos y que, por tanto, sólo pueden ser propiedad social suya. Pero, dentro del sistema capitalista, esta expropiación se presenta bajo una forma antagónica, como la apropiación de la propiedad social por unos cuantos, y el crédito da a estos pocos individuos el carácter cada vez más marcado de simples aventureros. La propiedad existe aquí bajo forma de acciones, cuyo movimiento y cuya transferencia son, por tanto, simple resultado del juego de la Bolsa, donde los peces chicos son devorados por los tiburones y las ovejas por los lobos bursátiles. El sistema de las acciones entraña ya la antítesis de la forma tradicional en que los medios sociales de producción aparecen como propiedad individual; pero, al revestir la forma de la acción, siguen encuadrados dentro del marco capitalista, por consiguiente, este sistema, en vez de superar el antagonismo entre el carácter de la riqueza como riqueza social y como riqueza privada, se limita a imprimirle una nueva forma.

Las fábricas cooperativas de los obreros mismos son, dentro de la forma tradicional, la primera brecha abierta en ella, a pesar de que, donde quiera que existen, su organización efectiva presenta, naturalmente, y no puede por menos de presentar, todos los defectos del sistema existente. Pero dentro de estas fábricas aparece abolido el antagonismo entre el capital y el trabajo, aunque, por el momento, solamente bajo una forma en que los obreros asociados son sus propios capitalistas, es decir, emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo. Estas fábricas demuestran cómo al llegar a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas materiales productivas y de formas sociales de producción adecuadas a ellas, del seno de un régimen de producción surge y se desarrolla naturalmente otro nuevo. Sin el sistema fabril derivado del régimen capitalista de producción no se hubieran podido desarrollar las fábricas cooperativas, y mucho menos sin el sistema de crédito, fruto del mismo régimen de producción. El sistema de crédito, base fundamental para la gradual transformación de las empresas privadas capitalistas en sociedades anónimas capitalistas, constituye también el medio para la extensión paulatina de las empresas cooperativas en una escala más o menos nacional. Las empresas capitalistas por acciones deben ser consideradas, al igual que las fábricas cooperativas, como formas de transición entre el régimen capitalista de producción y el de producción asociada; la única diferencia es que en un caso el antagonismo aparece abolido negativamente, mientras que en el otro caso aparece abolido en sentido positivo.

Hasta aquí hemos examinado el desarrollo del sistema de crédito (y la abolición de la propiedad del capital que este sistema lleva implícita) con referencia principalmente al capital industrial. En los capítulos siguientes estudiaremos el crédito con referencia al capital a interés como tal, tanto la acción que ejerce sobre este capital, como la forma que aquí reviste, para lo cual habremos de consignar aún unas cuantas observaciones específicamente económicas.

Pero antes, diremos lo siguiente:

Si el sistema de crédito aparece como la palanca principal de la superproducción y del exceso de especulación en el comercio es pura y simplemente, porque el proceso de reproducción, que es por su propia naturaleza un proceso elástico, se ve forzado aquí hasta el máximo, y se ve forzado porque una gran parte del capital social es invertido por quienes no son sus propietarios, los cuales lo manejan, naturalmente, con mayor desembarazo que los propietarios, ya que éstos, cuando actúan personalmente, tantean de un modo metódico los límites y las posibilidades de su capital privado. No hace más que destacarse así el hecho de que la valorización del capital basada en el carácter antagónico de la producción capitalista sólo

consiente hasta cierto punto su libre y efectivo desarrollo, pues en realidad constituye una traba y un límite inmanentes de la producción, que el sistema de crédito se encarga de romper constantemente⁴. Por consiguiente, el crédito acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas y la instauración del mercado mundial, bases de la nueva forma de producción, que es misión histórica del régimen de producción capitalista implantar hasta un cierto nivel. El crédito acelera al mismo tiempo las explosiones violentas de esta contradicción, que son las crisis, y con ellas los elementos para la disolución del régimen de producción vigente.

La doble característica inmanente al sistema de crédito: de una parte, el desarrollar los resortes de la producción capitalista, el enriquecimiento mediante la explotación del trabajo ajeno, hasta convertirlos en el más puro y gigantesco sistema de juego y especulación, reduciendo cada vez más el número de los contados individuos que explotan la riqueza social y, de otra parte, el establecer la forma de transición hacia un régimen de producción nuevo. Esta dualidad es la que da a los principales portavoces del crédito, desde Law hasta Issac Pereire, esa agradable fisonomía mixta de estafadores y de profetas.

(*El Capital*, Libro Tercero, Sección Quinta, XXVII)

Crédito y crisis (anexo)

La característica de este ciclo industrial es que el mismo ciclo, una vez dado el primer impulso, no tiene más remedio que reproducirse periódicamente⁵. Al ceder la tensión, la producción cae por debajo de la fase alcanzada en el ciclo anterior y para la que ahora existe la base técnica. En tiempos de prosperidad (del período intermedio) sigue desarrollándose sobre esta base. En el período de superproducción y especulación, pone en tensión hasta el máximo las fuerzas productivas hasta rebasar con mucho los límites capitalistas del proceso de producción.

La escasez de medios de pago que se produce en el período de crisis es algo que se comprende por sí mismo. La convertibilidad de las letras de cambio sustituye a la metamorfosis directa de las mercancías, tanto más cuanto que precisamente en estos períodos aumenta el número de las casas comerciales que trabajan simplemente a crédito. Y una legislación bancaria ignorante y al revés, como la de 1844-45, puede contribuir a acentuar todavía más la crisis.

En un sistema de producción en que toda la trama del proceso de reproducción descansa sobre el crédito, cuanto éste cesa repentinamente y sólo se admiten los pagos al contado, tiene que producirse inmediatamente una crisis, una demanda violenta y en tropel de medios de pago. Por eso, a primera vista, la crisis aparece como una simple crisis de crédito y de dinero. Y en realidad, sólo se trata de la convertibilidad de las letras de cambio en dinero. Pero estas letras representan en su mayoría compras y ventas reales, las cuales, al sentir la necesidad de extenderse ampliamente, acaban sirviendo de base a toda la crisis. Pero, al lado de esto, hay una masa inmensa de estas letras que sólo representan negocios de especulación, que ahora se ponen

⁴ Th. Chalmers [*On Political Economy*, etc., Londres, 1832]

⁵ (Como ya hemos hecho nota en otro pasaje, se ha operado aquí un viraje desde la última gran crisis general. La forma aguda del proceso periódico con su ciclo de diez años que hasta entonces venía observándose parece haber cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de opresión sin solución alguna. Aunque tal vez se trate simplemente de una mayor duración del ciclo. En la infancia del comercio mundial, de 1815 a 1847, pueden observarse sobre poco más o menos crisis de cinco años; de 1847 a 1867, los ciclos son, resultante, de diez años; ¿estaremos tal vez en la fase preparatorio de un nuevo ciclo mundial de una vehemencia inaudita? Hay algunos indicios de ello. Desde la última crisis general de 1867, se han producido grandes cambios. El gigantesco desarrollo de los medios de comunicación (navegación transoceánica de vapor, ferrocarriles, telégrafo eléctrico, Canal de Suez) han creado por primera vez un verdadero mercado mundial. Inglaterra, país que antes monopolizaba la industria, tiene hoy a su lado una serie de países industriales competidores; en todos los continentes se han abierto zonas infinitamente más extensas y variadas a la inversión capital europea sobrante, lo que le permite distribuirse mucho más y hacer frente con más facilidad a la superespeculación local. Todo esto contribuye a eliminar o amortiguar fuertemente la mayoría de los antiguos focos de crisis y las ocasiones de crisis. Al mismo tiempo, la concurrencia del mercado interior cede ante los *carteles* y los *trusts* y en el mercado exterior se ve limitada por los aranceles protectores de que se rodean todos los grandes países con excepción de Inglaterra. Pero, a su vez, estos aranceles protectores no son otra cosa que los armamentos para la campaña general y final de la industria que decidirá de la hegemonía en el mercado mundial. Por donde cada uno de los elementos con que se hace frente a la repetición de las antiguas crisis lleva dentro de sí el germen de una crisis futura mucho más violenta *F.E.*)

al desnudo y explotan como pompas de jabón; además, especulaciones montadas sobre capitales ajenos, pero fracasadas; finalmente, capitales-mercancías depreciadas o incluso invendibles o un reflujó de capital ya irrealizable. Y todo este sistema artificial de extensión violenta del proceso de reproducción no puede remediarse, naturalmente, por el hecho de que un banco, el Banco de Inglaterra, por ejemplo, entregue a los especuladores, con sus billetes, el capital que les falta y compre todas las mercancías depreciadas por sus antiguos valores nominales. Por lo demás, aquí todo aparece al revés, pues en este mundo hecho de papel no se revelan nunca el precio real y sus factores, sino solamente barras, dinero metálico, billetes de banco, letras de cambio, títulos y valores. Y esta inversión se pone de manifiesto sobre todo en los centros en que se condensa todo el negocio de dinero del país, como ocurre en Londres; todo el proceso aparece como algo inexplicable, menos ya en los centros mismos de producción.

Por lo demás, en lo que se refiere a la superabundancia del capital industrial que se revela en las crisis, hay que observar lo siguiente: el capital-mercancías es de por sí, al mismo tiempo, capital-dinero, es decir, una determinada suma de valor expresada en el precio de las mercancías. Como valor de uso, es una determinada cantidad de determinados objetos útiles, de los cuales existe plétora en el momento de la crisis. Pero como capital-dinero de por sí, como capital-dinero potencial, se halla sometido a un proceso constante de expansión y contracción. En vísperas de la crisis y ya dentro de ella, se produce una contracción del capital-mercancías en su calidad de capital dinero potencial. Éste representa para su poseedor y los acreedores de éste (así como también en cuanto garantía de las letras de cambio y los préstamos) menos capital-dinero que en el momento en que se compró y en que se celebraron las operaciones de descuento y las pignoraciones basadas en él. Si es esto lo que se quiere decir cuando se afirma que el capital-dinero de un país disminuye en los tiempos de crisis, vale tanto como decir que han bajado los precios de las mercancías. Por lo demás, esta bancarrota de los precios no hace más que compensar su anterior inflación.

(*El Capital*, Libro Tercero, Sección Quinta XXX “Capital-dinero y capital efectivo”)

La ley más importante de la economía capitalista

[...] la plusvalía efectiva está determinada por la proporción entre el plustrabajo y el trabajo necesario, o por la proporción entre la parte del capital (la parte de trabajo objetivado) que se intercambia por trabajo vivo y la parte de trabajo objetivado por la cual es sustituida. Pero la plusvalía, bajo la forma del beneficio, se mide por el valor total del capital presupuesto al proceso de producción. La *tasa del beneficio* depende pues (supuestos la misma plusvalía, *la misma proporción de plustrabajo con respecto al trabajo necesario*) de la proporción entre la parte del capital que se intercambia por trabajo vivo y la parte que existe bajo la forma de materias primas y medios de producción. Cuanto menos sea, pues, la parte intercambiada por trabajo vivo, tanto menor será la del beneficio. En la misma proporción, pues, en que en el proceso de producción el capital en cuanto capital ocupe un espacio mayor con relación al trabajo inmediato, cuanto más crezca pues el plusvalor relativo (la fuerza creadora de valor, propia del capital) tanto más *caerá la tasa del beneficio*.

[...]

Es ésta, en todo respecto, la ley más importante de la moderna economía política y la esencial para comprender las relaciones más dificultosas. Es, desde el punto de vista histórico, la ley más importante. Es una ley que, pese a su simplicidad, hasta ahora nunca ha sido comprendida y, menos aun, expresada conscientemente.

[...]

A partir de cierto momento el desenvolvimiento de las fuerzas productivas se vuelve un obstáculo para el capital; por tanto la relación del capital se torna en una barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo. El capital, es decir el trabajo asalariado, llegado a este punto entra en la misma relación con el desarrollo de la riqueza social de las fuerzas productivas que el sistema corporativo, la servidumbre de la gleba y la esclavitud, y, en su calidad de traba, se le elimina necesariamente. Con ello se quita la última figura servil

asumida por la actividad humana, la del trabajo asalariado por un lado y el capital por el otro, y este despojamiento mismo es el resultado del modo de producción adecuado al capital; las condiciones materiales y espirituales para la negación del trabajo asalariado y del capital, las cuales son ya la negación de formas precedentes de producción social, son a su vez resultados del proceso de producción característico del capital. En agudas contradicciones, crisis, convulsiones, se expresa la creciente inadecuación del desarrollo productivo de la sociedad a sus relaciones de producción hasta hoy vigentes. La violenta aniquilación de capital, no por circunstancias ajenas al mismo, sino como condición de su autoconservación, es la forma más contundente en que se le advierte que se vaya y que deje lugar a un estadio superior de producción social.

[...]

Estas contradicciones, *of course*, tienen como resultado estallidos, crisis, en los que la anulación momentánea de todo trabajo y la destrucción de gran parte del capital lo hacen volver violentamente al punto en el cual está en condiciones de emplear a cabalidad sus fuerzas productivas sin suicidarse por ello. Con todo, estas catástrofes regularmente recurrentes tienen como resultado su repetición en mayor escala, y por último el derrocamiento violento del capital.

(*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Tercera Sección, “El capital que rinde ganancia. Interés. Beneficio. (Costos de producción etc.)”)

La solución a las crisis, el socialismo (anexo)

Mas si de esto se desprende que la división en clases tiene cierta justificación histórica, ésta vale sólo para un determinado tiempo, para determinadas condiciones sociales. La división en clases se basó en la insuficiencia de la producción, y será barrida por el pleno despliegue de las fuerzas productivas modernas. La supresión de las clases sociales tiene efectivamente como presupuesto un grado de desarrollo histórico en el cual sea un anacronismo, cosa anticuada, no ya la existencia de tal o cual clase dominante, sino el dominio de clase en general, es decir, las diferencias de clase mismas. Tiene, pues, como presupuesto un alto grado de desarrollo de la producción en el cual la apropiación de los medios de producción y de los productos por una determinada clase social (y con ella el poder político, el monopolio de la instrucción y la dirección intelectual por dicha clase) se haya hecho no sólo superflua, sino también un obstáculo económico, político e intelectual para el desarrollo. A este punto hemos llegado ya. Mientras la bancarrota política e intelectual de la burguesía es ya apenas un secreto para ella misma, su bancarrota económica se repite regularmente cada diez años. En cada crisis se ahoga la sociedad bajo la exuberancia de sus propias fuerzas productivas y de sus productos, inutilizables unas y otros, y se encuentra perpleja ante la absurda contradicción de que los productores no tengan nada que consumir precisamente porque faltan consumidores. La fuerza expansiva de los medios de producción rompe las ataduras que les pone el modo de producción capitalista. Su liberación de esas ataduras es el único presupuesto de un desarrollo ininterrumpido, del progreso cada vez más rápido de las fuerzas productivas, y, por tanto, de un aumento prácticamente ilimitado de la producción misma. Pero eso no es todo. La apropiación social de los medios de producción elimina no sólo la actual inhibición artificial de la producción, sino también el positivo despilfarro y la destrucción de fuerzas productivas y productos que son hoy día compañeros inevitables de la producción y alcanzan su punto culminante en las crisis. Esa apropiación social pone además a disposición de la comunidad una masa de medios de producción y de productos al eliminar el insensato desperdicio del lujo de las clases actualmente dominantes y de sus representantes políticos. La posibilidad de asegurar a todos los miembros de la sociedad, gracias a la producción social, una existencia que no sólo resulte del todo suficiente desde el punto de vista material, sino que, además de ser más rica cada día, garantice a todos su plena y libre formación y el ejercicio de todas sus disposiciones físicas e intelectuales, existe hoy por vez primera, incipientemente, pero existe.

Con la toma de posesión de los medios de producción por la sociedad se elimina la producción mercantil y, con ella, el dominio del producto sobre el productor. La anarquía en el seno de la producción social se sustituye por la organización consciente y planeada. Termina la lucha por la existencia individual. Con esto el hombre se separa definitivamente, en cierto sentido, del reino animal, y pasa de las condiciones de existencia animales a otras realmente humanas. El cerco de las condiciones de existencia que hasta ahora dominó a los hombres cae ahora bajo el dominio y el control de éstos, los cuales se hacen por vez primera conscientes y reales dueños de la naturaleza, porque y en la medida en que se hacen dueños de su propia asociación. Los hombres aplican ahora y dominan así con pleno conocimiento real las leyes de su propio hacer social, que antes se les enfrentaban como leyes naturales extrañas a ellos y dominantes. La propia asociación de los hombres, que antes parecía impuesta y concedida por la naturaleza y la historia, se hace ahora acción libre y propia. Las potencias objetivas y extrañas que hasta ahora dominaron la historia pasan bajo el control de los hombres mismos. A partir de ese momento harán los hombres su historia con plena conciencia; a partir de ese momento irán teniendo predominantemente y cada vez más las causas sociales que ellos pongan en movimiento los efectos que ellos deseen. Es el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad.

La misión histórica del proletariado moderno consiste en llevar a cabo esa acción liberadora del mundo.

(*Anti-Dühring*, Engels, Sección Tercera, II, “Cuestiones teóricas”)

El capitalismo es la primera forma económica con capacidad de desarrollo mundial. Una forma que tiende a extenderse por todo el ámbito de la Tierra y a eliminar a todas las demás formas económicas; que no tolera la coexistencia de ninguna otra. Pero es también la primera que no puede existir sola, sin otras formas económicas de qué alimentarse, y que al mismo tiempo que tiene la tendencia a convertirse en forma única, fracasa por la incapacidad interna de su desarrollo. Es una contradicción histórica viva en sí misma. Su movimiento de acumulación es la expresión, la solución constante y, al propio tiempo, la graduación de la contradicción. A una cierta altura de la evolución, esta contradicción sólo podrá resolverse por la aplicación de los principios del socialismo; de aquella forma económica que es, al propio tiempo, por naturaleza, una forma mundial y un sistema armónico, porque no se encaminará a la acumulación, sino a la satisfacción de las necesidades vitales de la humanidad trabajadora misma y a la expansión de todas las fuerzas productivas del planeta.

(*La acumulación del capital*, Rosa Luxemburg, XXXI, “Aranceles protectores y acumulación”)

Léxico de nombres propios y de los principales términos

Acumulación: Proceso de transformación de una fracción de la plusvalía en capital adicional. La otra parte la consume la clase capitalista.

Apologistas: por oposición a los fisiócratas y a los economistas clásicos que hacían obra científica, Marx denomina economistas vulgares a aquellos que se contentaban con las apariencias. Los peores para él eran los apologistas que no buscaban comprender el capitalismo sino justificarlo: Malthus, Say...

Capital: relación social característica del modo de producción capitalista que permite la creación de valor mediante la explotación del trabajo. El capital recorre un ciclo ($D - M - P - M' - D'$). Aparece, pues, tanto bajo la forma de capital-dinero (cantidad de moneda D necesaria para la compra de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, cantidad superior de moneda D' después de la venta de los productos), tanto bajo la forma capital-mercancía (M , capital constante y capital variable necesarios para el proceso de producción; M' , bien o servicio resultante del proceso de producción), tanto como capital productivo (P , en el momento en que el trabajo es aplicado a los medios de producción). La crisis es la interrupción de la reproducción del capital en un punto, o en numerosos, del ciclo.

Capital constante: conjunto de mercancías que sirven de medios de producción, producto de la naturaleza o del trabajo pretérito. En el proceso de producción sólo se transfiere su propio valor a la nueva mercancía (c).

Capital variable: conjunto de la fuerza de trabajo asalariada empleada por el capital para crear mercancías (v). La fuerza de trabajo sirve para crear mercancías (bienes o servicios) de un valor superior al avanzado por el capital ($D' - D$).

Capitalismo: modo de producción que domina las formaciones sociales contemporáneas. Está basado en la producción de plusvalía y opone a la clase capitalista y a la clase obrera. Una sociedad capitalista no es la encarnación pura del modo de producción (por ejemplo, hay otras producciones y otras clases sociales), pero no puede explicarse sin recurrir a su teoría.

Composición orgánica del capital: relación entre el “trabajo muerto” o capital constante y el “trabajo vivo” o capital variable (c/v). Tiende a aumentar y, por tanto, a hacer bajar la tasa de ganancia: $p/(c+v) = (p/v) / (c/v+1)$.

Explotación: extorsión de sobretrabajo de los explotados por los explotadores en una sociedad dividida en clases. El producto social se divide en dos partes, una parte retorna a sus productores, un sobreproducto va a parar a manos de la clase dominante. En el caso del capitalismo, la extorsión del sobreproducto (en este caso plusvalía) resulta sobretodo de las relaciones económicas: los capitalistas poseen los medios de producción y compran la fuerza de trabajo de los proletarios que no poseen medios de producción.

Malthus (Thomas): cura y economista (1766-1834) que parte de la circulación y no de la producción. Preconizaba el alza de precios de los medios de subsistencia y la baja de los precios de los artículos de lujo para absorber la sobreproducción de capital. Predicaba también la castidad a los obreros para reducir su familia y, por tanto, el paro.

Mercancía: producto capitalista. Presenta dos aspectos: el valor de uso y el valor de cambio. Bajo el primero es un bien o servicio que responde a una necesidad social, sea la que sea; bajo el segundo, es un bien o servicio que se vende a cambio de dinero.

Mill (James): historiador y economista (1773-1836) que afirmaba que el equilibrio entre la demanda y la oferta, entra la producción y el consumo, entre las ventas y las compras, sería la regla.

Mill (John Stuart): hijo del anterior, capitalista, filósofo y economista (1806-1973) que formuló la “ley de la oferta y la demanda”: “*si la demanda aumenta, el valor sube*” (*Principios de economía política*, 1848).

Moneda o dinero: Equivalente general, forma bajo la cual el valor de cambio de las mercancías aparece como puro valor. Sirve de “medida de valores” (para medir el valor), de

“instrumento de circulación” (para efectuar las compras: $D - M$), como “instrumento de pago” (bajo la forma de crédito puede también circular) y como instrumento para conservar el valor (para ahorrar o tesorizar). Para Marx, la cantidad de moneda depende ante todo de los precios y del ritmo de los intercambios.

Plusvalía o plusvalor: forma del sobreproducto en el modo de producción capitalista (pl). Es el excedente del tiempo de trabajo sobre el tiempo necesario para la producción de las mercancías consumidas por los trabajadores asalariados; es, por tanto, la diferencia entre la creación de nuevo valor y el valor de la fuerza de trabajo utilizada.

Precio: expresión indirecta del valor en moneda. El precio de mercado corresponde a las oscilaciones debidas a la oferta y la demanda del precio de producción.

Precio de producción resultado de la tendencia a la perecuación de la tasa de ganancia entre ramas de composición orgánica diferente. Es la suma del capital constante, del capital variable y de la ganancia media. El total de los precios de producción es la suma de los valores, el total de las ganancias es la suma de las plusvalías.

Ricardo (David): capitalista y economista (1772-1823). Marx lo consideraba como el más gran economista clásico. Ricardo descubrió que los precios de las mercancías giraban alrededor del tiempo de trabajo que era necesario para producirlas, pero no distinguió entre trabajo abstracto y trabajo concreto, entre trabajo y fuerza de trabajo. Se mantuvo encerrado en una visión reductora de la moneda.

Salario: precio de mercado de la fuerza de trabajo e ingreso del proletario. Está determinado por el valor de la fuerza de trabajo que corresponde al valor de las mercancías que entran en el consumo de la clase obrera.

Say (Jean-Baptiste): capitalista y economista (1767-1832). Rompió con los economistas clásicos explicando el valor por la utilidad. Para él, toda producción creaba mercados mediante los ingresos que generaba.

Smith (Adam): preceptor, filósofo y economista (1723-1790). Esbozó la explicación del valor por el tiempo de trabajo, justificando el juego del mercado y, a escala internacional, el libre cambio.

Tasa de explotación o tasa de plusvalía o tasa de plusvalor: relación entre el sobretrabajo y el trabajo necesario, entre la plusvalía y el capital variable (pl/v). La tasa de explotación puede aumentar si el capitalista hace trabajar más tiempo o más intensamente (plusvalía absoluta) o, para el conjunto de los capitalistas, si las ganancias de productividad obtenidas en la producción de las mercancías consumidas por los trabajadores asalariados permiten bajar el salario sin disminuir su poder adquisitivo (plusvalía relativa).

Tasa de ganancia: relación entre la plusvalía social y el capital social avanzado, o sea $pl / (c+v)$. Depende de la tasa de explotación y de la composición orgánica del capital. La tendencia a la baja de la tasa de ganancia es la expresión de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción capitalistas.

Valor: encarnación del trabajo abstracto. Se manifiesta como valor de cambio. Se mide por el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de la mercancía, tanto el “trabajo vivo” ($v+pl$) como el trabajo materializado o “muerto” (c).

En cuadernos de formación marxista:

- A noventa años de El Manifiesto Comunista, León Trotsky
- A propósito de las "25 Tesis" del camarada Ernest Mandel sobre la "revolución mundial", Stéphane Just, 1976
- Bases económicas del marxismo
- Contra Lacan
- El Capital, Volumen I, Carlos Marx (extractado por Otto Rühle)
- El Gobierno Obrero y Campesino, Stéphane Just, 1971
- El Manifest del Partit Comunista, Marx i Engels (Prefaci "Noranta anys del Manifest, Trotski)
- El marxisme i la nostra època, Trotski, 1939
- El marxismo y nuestra época, León Trotsky
- El marxismo y su método
- El nuevo curso, León Trotsky
- Estalinismo e izquierdismo, Stéphane Just
- La crisis, Marx
- La huelga general y la cuestión del poder, Stéphane Just, 1980
- Las nacionalizaciones. Stéphane Just, 1981
- Las tres fuentes del marxismo. La obra histórica de Marx. Karl Kautsky, 1907
- Lenin: El imperialismo, fase superior del capitalismo (extractos), 2ª edición
- Los marxistas y los sindicatos
- Marx y las crisis del modo de producción capitalista, S. Just
- Materiales Conferencia Nacional de militantes por el Gobierno Obrero, Stéphane Just, 1972
- Prefacio a "Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista", Stéphane Just
- Prefacio a Los marxistas contra la autogestión, Stéphane Just, 1973
- Problemas de la vida cotidiana, León Trotsky



**Edita: Germinal – núcleo en
defensa del marxismo**

Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org

Para ponerte en contacto con nosotros: germinal_1917@yahoo.es

Cuadernos de formación marxista
